Christian Jacq

Nefertiti y Akenatón

Ediciones Martínez Roca, S.A.

Traducción de F. García-Prieto

Cubierta: Jordi Ribas
Ilustración: Arte Egipcio, Pintura / Agencia INDEX

Título original: *Néfertiti et Akhénaton*

Enric Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-2294-8
Depósito legal B. 40.450-1997
Fotocomposición de Pacmer, S. A., Alcolea, 106-108, 08014 Barcelona
Impreso por Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

EL MISTERIO AKENATÓN

El 17 de noviembre de 1714, un jesuita, el padre Claude Sicard, se encuentra explorando el emplazamiento de Tunah al-Gebel, en el Medio Egipto, a más de doscientos kilómetros al sur de El Cairo. El lugar es impresionante, mágico. El cielo azul, el desierto, los cálidos colores de un otoño muy benigno crean un clima sin igual. Tunah al-Gebel es una ciudad de los muertos, un mundo de silencio y de paz profunda, donde no subsisten más que tumbas de la época grecorromana, abandonadas desde hace mucho tiempo al viento y a unas cuantas familias árabes que han instalado en ellas su domicilio.

Ante Claude Sicard se extiende una inmensidad desértica, bordeada por una colina. De pronto, algo atrae su atención, una cosa sorprendente, una especie de piedra grabada que brilla bajo el sol. El jesuita se acerca. No se había equivocado. Se trata, en efecto, de una obra del antiguo Egipto, pero una obra verdaderamente extraña. Su estética difiere mucho de todo cuanto el viajero ha visto hasta ahora. Los personajes -un rey, una reina y una princesa- tienen el cuerpo y el rostro deformados. La escena representa una ofrenda a un curioso sol, del que brotan rayos que terminan en manos.

Sin saberlo, Claude Sicard ha encontrado un testimonio esencial del reinado del faraón Akenatón y su esposa Nefertiti. Lo que tiene ante sus ojos es una de las «estelas fronterizas» que señalaban los límites de la ciudad del sol, Aketatón, la nueva capital fundada por la pareja real.

Sin embargo, la ciudad del sol divino, Atón, no se encuentra en este lugar, sino al otro lado del Nilo, en la orilla oriental, a sesenta y siete kilómetros al sur de la importante ciudad de Minieh y a cuarenta kilómetros de las tumbas de Beni Hassan, en Al-Amarna.[1]

Los emplazamientos arqueológicos del Medio Egipto, muy poco visitados y de un acceso relativamente difícil, forman parte de los paisajes más extraordinarios del mundo. Permiten percibir la realidad geográfica de Egipto, con el Nilo nutricio, sus islotes abundantes en caza, los campos cultivados y los acantilados desérticos, donde fueron excavadas las moradas de eternidad de aquellos que, tras verse justificados ante el tribunal del otro mundo, pueden recrear su mirada en la quietud del valle.

Al-Amarna no es una excepción a la regla. «Este inmenso circo de montañas redondas que se encuentran en torno al Nilo -escribe Bernand Pierre describiendo el lugar-, ese fuerte que se extiende dentro del anfiteatro, ese palmeral verde que se extiende varios kilómetros a lo largo del río, y detrás del cual se ocultan poblados construidos en adobe, todo esto compone uno de los paisajes más puros y más bellos de Egipto».

Al-Amama se presenta como un mundo cerrado, rodeado por alturas difíciles de franquear, atravesadas por algunos uadis. El lugar se repliega sobre sí mismo, con una sola abertura: el Nilo. Abertura vital, puesto que el río es la principal vía de circulación, por la que bogan un gran número de embarcaciones, transportando hombres, animales, géneros alimenticios y materiales diversos. No lejos de allí, se encuentran las canteras de alabastro. Enfrente, la ciudad sagrada del dios Thot, Hermópolis.

Visto desde arriba, el lugar recuerda el jeroglífico que figura dos colinas entre las cuales sale el sol. Dicho jeroglífico se lee *akhet,* «región de luz», y forma la primera palabra que compone el

nombre egipcio de la ciudad, Aketatón, «la región de luz del dios Atón». La coincidencia es demasiado manifiesta para deberse al azar. Los antiguos buscaban siempre una armonía en él. En este caso, se trataba de una ciudad entera, más aún, de una capital consagrada al culto del sol. Por lo tanto, el territorio de este último debía corresponder, simbólica y geográficamente, a la concepción religiosa de esta «región de luz» de la que proviene toda vida. El conjunto de Al-Amarna constituye un jeroglífico, una palabra de Dios, y hay que descifrarla como tal.

El visitante que se dirige hoy a Al-Amama se expone a sufrir una cruel decepción. Espera, sin duda, tener la ocasión de admirar los templos, palacios y quintas que formaron la ilustre capital de una pareja real cuya fama traspasó los siglos y cuyo destino nos sigue pareciendo tan fascinante como misterioso.

Pero la ciudad santa de Nefertiti y Akenatón ya no existe. Ha desaparecido casi por completo. Sus escasos vestigios sólo atraen hoy la atención de los especialistas. Reinan en ellas el desierto, el silencio y la ausencia. Entre el Nilo y los acantilados, una inmensa llanura, vacía, árida, casi dolorosa.

También Nefertiti y Akenatón fueron, en cierto modo, eliminados de la historia, puesto que el faraón herético no figura en las listas reales. El descubrimiento de Sicard permaneció mucho tiempo aislado. Jean-François Champollion no identificó a Akenatón durante su célebre viaje de 1828-1829. Hubo que esperar a mediados del siglo xix para que se formulase una hipótesis exacta, la de que el extraño monarca formó parte de la XVIII Dinastía y reinó entre Amenofis III y Horemheb.

Las excavaciones realizadas a finales del siglo xix, tanto en Al-Amarna como en Karnak, fueron decisivas para situar a Akenatón en el lugar que le correspondía en la sucesión de los reinados y permitieron exhumar un material a partir del cual se reconstruyó su aventura. El egiptólogo inglés Petrie empezó a excavar en el emplazamiento de la antigua Aketatón en 1891.

Gracias a él, se hizo posible trazar el plano de ciertos edificios, precisar la situación de los principales barrios. De la ciudad arrasada, partían sendas en dirección a las estelas fronterizas y a las tumbas excavadas en el acantilado. En estas últimas, se encontraron escenas e inscripciones que, pese a su mediocre estado de conservación, proporcionaron informaciones esenciales. Desde aquella fecha y hasta el presente, se han sucedido numerosas campañas de excavaciones para intentar arrancar el más pequeño indicio a las devastadas ruinas.

La historia de Akenatón y Nefertiti no es fácil de escribir. No abundan los datos que pueden tenerse como seguros. La duración del reinado, diecisiete años, forma parte de esas certezas. Pero ¿qué edad tenía el rey al subir al trono? Según parece, dieciséis como mínimo y veinticuatro como máximo.

Las fechas del reinado continúan siendo objeto de controversia: de 1377 a 1360 según Redford, de 1364 a 1347 según Trigger y sus colaboradores, autores de una reciente historia social del antiguo Egipto, y de alrededor de 1353 a alrededor de 1336 para Yoyotte y Vernus en su trabajo de síntesis sobre los faraones... Y eso que me limito a citar tres hipótesis.

La cronología egipcia no es continua. Cada vez que un rey sube al trono, se comienza de nuevo por el año 1. Además, en función del fenómeno de la «corregencia», las épocas de dos reinados pueden superponerse. Antes de la Época Tardía, nos faltan puntos de referencia para fijar una cronología absoluta. Por ello, a pesar de numerosos y detallados estudios, resulta imposible situar con mayor precisión el reinado de Akenatón, que gobernó Egipto hacia mediados del siglo XIX a. de C. (más bien con anterioridad). Por ello hemos elegido para describirlo el método más egipcio, esto es, un recorrido del año 1 a año

Se ha hablado tanto de Akenatón y Nefertiti que podría pensarse que su expediente científico está terminado, con unas bases bien establecidas. La realidad es muy distinta. Esta obra es

mi segundo libro de síntesis sobre el tema, y me he visto obligado a modificar radicalmente un cierto número de los juicios y conclusiones que formulé hace solamente una docena de años.

¿Quiénes fueron realmente Nefertiti y Akenatón? ¿Se rebelaron contra los sacerdotes de Amón? ¿Fueron unos revolucionarios? ¿Quisieron crear una religión nueva y una nueva sociedad? ¿Inventaron el monoteísmo?

La documentación en la que me baso se compone de textos -religiosos, administrativos y diplomáticos- y de múltiples obras de arte, que van desde un coloso real hasta un modesto dibujo sobre un cascote de piedra calcárea. Este material, aunque fragmentario y con frecuencia enigmático, permite obtener algunos datos precisos, dignos de confianza. Sería poco honrado, sin embargo, ocultar que la manera de proceder a una reconstrucción de la vida de Nefertiti y Akenatón depende en parte de la visión personal del investigador y plantea interrogantes desde muchos puntos de vista. No olvidemos que, a diferencia de Grecia o de Roma, no hubo historiadores en el antiguo Egipto. El dato escueto, las fechas, el día del nacimiento o la muerte de los reyes no interesaban a los antiguos egipcios. Concebían la historia como una fiesta ritual, no como una sucesión de acontecimientos. El relato de las «guerras» del faraón, por ejemplo, se construye siempre, en todas las épocas, sobre el mismo modelo, ya que simbolizan la victoria del orden sobre el caos. Probablemente, algunas de ellas nunca tuvieron lugar. Sólo en los períodos más tardíos aparecen detalles concretos, más enraizados en el mundo material. No ocurre así en la época de Akenatón. Además, dado que el rey orientó su reinado hacia una reforma religiosa, los textos y las representaciones se refieren sobre todo a esta última. Lo sagrado, como sucede siempre en Egipto, es el valor primordial. Así lo comprobamos al estudiar la documentación, y no hay que olvidarlo jamás al interpretarla.

Vistas las cosas desde esta perspectiva, la pareja real alcanzó perfectamente su objetivo. Precisamente, el tema sobre el que estamos más informados y que podemos describir mejor es la religión de Atón.

¿Nos está permitido esperar el descubrimiento de nuevos documentos sobre Akenatón y su tiempo? Siempre caben los milagros en egiptología. Recientemente se extrajeron de ciertos pilonos del templo de Karnak, en particular del pilono noveno, levantado por Horemheb, miles de pequeños bloques, muchos de ellos decorados y con unas dimensiones medias de cincuenta y dos por veintiséis centímetros. Los grabados que aparecen en un buen número de dichos bloques, cuya denominación científica es *talatates,* se refieren a los primeros años del reinado, no menos enigmáticos que los últimos. Su estudio, que está lejos de haber terminado, aportó ya algunas luces sobre la manera en que Nefertiti y Akenatón organizaron su reino. Por ejemplo, se encontraron en Karnak más de cuarenta y cinco mil pequeños bloques, que son otras tantas piezas de un rompecabezas gigantesco, del que sólo se ha logrado recomponer una parte muy pequeña, debido a que los primeros descubridores de talatates cometieron errores lamentables.

¿Aparecerán algún día las momias de Nefertiti y Akenatón, cuyo examen permitiría penetrar muchos misterios? ¿Se exhumarán textos o monumentos con inscripciones que daten de las últimas fases de sus reinados? ¿O tendremos que contentarnos con lo que el tiempo y los hombres han respetado?

Expondré en este libro los hallazgos de la investigación, pero no eludiré los numerosos problemas que se mantienen en toda su integridad. Sin duda planteará tantas preguntas como respuestas aporte. No obstante, el expediente «Nefertiti y Akenatón» es lo bastante elocuente y nutrido para soportar una visión histórica, que hará revivir, en la medida de lo posible, la epopeya de una pareja consagrada al sol divino.

1
¿A FAVOR O EN CONTRA DE AKENATÓN?

Desde el momento en que hicieron su aparición en la historia, Akenatón y Nefertiti no han dejado de suscitar pasiones contradictorias. Phil Glass, uno de los mejores adeptos a la música llamada «repetitivo», acaba de escribir una ópera en la que Akenatón, comparado a Einstein y Gandhi, aparece como un revolucionario, que creó una ciudad ideal y trastocó nuestra concepción del mundo. El autor pertenece a una tradición egiptológica pro Akenatón, que Weigall ilustraba ya en estos términos: «Akenatón nos expuso, hace tres mil años, el ejemplo de lo que debía ser un esposo, un padre, un hombre honesto, de lo que debía sentir un poeta, enseñar un predicador, perseguir un artista, creer un sabio y pensar un filósofo. Al igual que otros grandes señores, lo sacrificó todo a sus ideales y su vida mostró hasta qué punto sus principios eran impracticables».

Se ha insistido mucho igualmente sobre la ternura, la bondad y la dulzura del rey. H. de Campigny piensa que esa actitud se explica por un acontecimiento ocurrido durante la infancia de Akenatón: «A los ocho años, Akenatón vio a los soldados de su padre, el faraón Amenofis III,[2] amontonar ante éste, siguiendo la sangrienta costumbre de la época, las manos cortadas a los enemigos vencidos y caídos en la batalla. El espectáculo conmovió al pequeño, y el olor característico le removió hasta tal punto que le hizo sentirse mal. Más tarde, cuando relataba este recuerdo de

su infancia, confesaba que el simple pensamiento de la guerra evocaba en su memoria el olor a cadáver».

Este testimonio tendría una importancia capital si no fuera por el hecho de que se trata de una pura invención, del principio al fin. Que yo sepa, no existe ningún documento egipcio que dé constancia de la anécdota.

Para el americano Breasted, «Akenatón era un hombre ebrio de divinidad, cuyo espíritu respondía con una sensibilidad y una inteligencia excepcionales a las manifestaciones de Dios en él.... un espíritu que tuvo la fuerza precisa para diseminar ideas que sobrepasaban los límites de la comprensión de su época y de los tiempos futuros».

Weigall, autor de un libro sobre Akenatón, dice que fue «el primer hombre a quien Dios se reveló como la fuente de un amor universal, exenta de pasiones, y de una bondad que no conoce restricciones».

Se podría componer así una verdadera letanía favorable al rey y a la experiencia amarniana. Pero hay que reconocer que, con mucha frecuencia, estos panegíricos rozan con el papanatismo y prescinden por completo de la documentación.

Ahora bien, la corriente en contra de Akenatón es todavía más potente y más segura de sí misma, hasta el punto de inducir en ciertos eruditos una especie de histeria vengadora. Según Lefébure, Akenatón era una mujer disfrazada de hombre. El egiptólogo francés pensaba en Acencheres, hija de un rey Horus del que no se ha encontrado ningún rastro. Para Marlette, uno de los pioneros de la egiptología francesa, el faraón herético no fue otro que un prisionero castrado que las tropas egipcias se habían traído del Sudán. Llegado al poder por vías tortuosas, el desdichado se había vuelto loco.

B.D. Redford, autor de la obra «científica» más reciente sobre Akenatón y Nefertiti, se muestra enemigo encarnizado del rey. En su opinión, este último no era, en el mejor de los casos,

más que un poeta. Dotado de una inteligencia escasa, enamorado de sí mismo, nulo en lo que se refiere a la política internacional, perezoso y reinando sobre una corte corrompida, Akenatón se comportó como un soberano totalitario, que negaba la libertad individual y fue el campeón de un poder universal, exigiendo una sumisión absoluta. Arrastrado por su pasión, el acérrimo adversario de Akenatón le acusa de locura por la simple razón de que hacía celebrar las ceremonias rituales bajo el sol, insoportable en Egipto de marzo a noviembre.[3]

Claude Traunecker, autor de trabajos muy notables sobre la época amarniana, califica la experiencia de Akenatón de «lamentable fracaso». Ciertos egiptólogos acusan incluso al faraón maldito de haber provocado la decadencia y la caída del Egipto ramessida, es decir, de unos hechos ocurridos cerca de trescientos años después de su muerte...

Dado que esta corriente apasionada en contra de Akenatón no se apoya en ninguna base seria, los adversarios del rey han tratado de encontrar argumentos indiscutibles. ¿No habrá sido Akenatón un gran perturbado? No faltaron eruditos para afirmar que la mezcla de sangre egipcia y asiática resultó perjudicial para el faraón, que fue un hombre tan refinado como degenerado. ¿Acaso no se observa, al mirar los retratos del rey, su extraño cráneo, sus labios gruesos, su pelvis excesivamente ancha, su vientre hinchado?

El egiptólogo francés Alexandre Maret nos ofrece esta descripción abrumadora: «Amenofis IV[4] era un adolescente de talla mediana, de osamenta endeble y formas redondas afeminadas. Los escultores de la época nos han legado fielmente ese cuerpo de andrógino de senos protuberantes, caderas demasiado anchas, muslos demasiado torneados, que le dan un aspecto equívoco y enfermizo. La cabeza no es menos singular, suavemente ovalada, con los ojos un poco oblicuos, una nariz larga y fina, la protuberancia de un labio inferior prominente, el cráneo redondo y

hundido, inclinándose hacia delante como si el cuello fuese demasiado débil para soportarlo».

Por su parte, el egiptólogo alemán Erman nos proporciona un testimonio que él juzga decisivo. «El joven rey, que estaba físicamente enfermo, como se ve en sus retratos, era sin la menor duda un espíritu inquieto. Llevó a cabo sus reformas desde el principio con un celo excesivo, que forzosamente tenia que perjudicarle.»

Los científicos modernos han llevado su minuciosidad hasta el punto de interrogar a los médicos para identificar con el máximo de certidumbre la supuesta enfermedad de Akenatón. Según se dice, se trataba del «síndrome de Fröhlich», que el egiptólogo inglés Aldred expone en estos términos: «Los hombres que padecen esta enfermedad muestran frecuentemente una corpulencia análoga a la de Akenatón. Las partes genitales permanecen sin envoltura y pueden estar tan rodeadas de grasa que no sean visibles. La adiposidad se reparte de distinta manera según los casos, pero se da, sin embargo, una distribución de la grasa típicamente femenina, sobre todo en las zonas del pecho, el abdomen, el pubis, los muslos y las nalgas». La voz del enfermo no muda, sus órganos genitales se mantienen en el estadio infantil y es incapaz de procrear, experimentando incluso aversión por los niños.

Pese a toda su genialidad, Akenatón no fue, en opinión de estos autores, más que un hombre enfermo, cuyo psiquismo exacerbado se expresaba en visiones místicas. En otras palabras, un personaje romántico y apasionado, que se sobreponía de vez en cuando a su oscuro mal y se refugiaba en una religiosidad que le hundía poco a poco en el fanatismo.

No se ha encontrado la momia de Akenatón. Por lo tanto, esos juicios médicos se basan exclusivamente en los análisis de las representaciones del rey, creadas por los artistas egipcios que trabajaban bajo las órdenes del faraón.

No olvidemos que las famosas características del rey, de las que hablan todos los observadores, son igualmente visibles, aunque a veces en un grado menor, en su esposa Nefertiti, en los miembros de su misma familia, los signatarios de la corte e incluso los funcionarios de menor rango.

¿Hay que deducir que una verdadera epidemia se abatió sobre el conjunto de la corte de Akenatón y que el síndrome de Fröhlich se extendió a una velocidad fulgurante? ¿No sería mejor buscar en otra dirección y admitir que los artistas, por orden del rey, crearon voluntariamente tipos artísticos que ahora nos parecen extraordinarios porque no comprendemos su intención?

Las observaciones de Jean Servier me parecen muy 'juiciosas: «Los egiptólogos anglosajones deploran el aspecto enfermizo de Amenofis IV y su débil constitución. Tiene el rostro delgado, pero sensual, dicen, los hombros caídos, las caderas demasiado anchas para un hombre, y el vientre abultado ya... Además, los asuntos del Imperio no le inspiran ningún interés. Para sus colegas franceses, el príncipe es un idealista generoso, pero que se halla absorto en sus sueños, que carece de amplitud de miras, lo que evidentemente tenía que provocar su caída. A nadie parece haberle llamado la atención el rostro tranquilo del soberano, como bañado en la luz suave de las certidumbres al fin descubiertas. Nadie ha pensado en que el busto en gres de Amenofis IV, que en otro tiempo se alzaba en Karnak, abre una vía que volverá a emprender, muchos siglos más tarde, el arte greco-búdico. Quizá el problema no resida en saber si un faraón del siglo xix antes de nuestra era podría haber sido en la actualidad un jugador de críquet, haber remado en el equipo de Cambridge u Oxford o si hubiera estado en su lugar en el banco de los ministros durante una de las repúblicas francesas».

Las alabanzas y las críticas ponen de manifiesto el mismo desconcierto del mundo científico frente a la experiencia amarniana. Yo encuentro todos esos juicios excesivos y sumarios.

Simplifican una realidad que es, sin la menor discusión, compleja. Y sobre todo, olvidan el contexto egipcio. ¿Por qué empeñarse en juzgar a Nefertiti y Akenatón en función de nuestras concepciones modernas de la política y la religión? ¿Por qué obstinarse en encajarles a toda costa en los esquemas racionalistas heredados de la historia reciente y formular contra ellos críticas desde las alturas de una vanidad contemporánea que no tiene ninguna razón de ser?

Con los elementos de que disponemos y sin ocultar las numerosas zonas de sombra que subsisten, debidas a las lagunas de nuestra información, intentaremos ahora captar el genio propio de esta época, considerada como excepcional, y de este reinado, en apariencia extraño.

2

EL PADRE DE AKENATÓN, AMENOFIS III, Y LA CIVILIZACIÓN TEBANA

Nacimiento del hijo de un rey

El futuro Akenatón nació probablemente en el palacio de Malgatta, en la orilla oeste de Tebas. Me veo obligado a escribir «probablemente» porque ningún texto menciona el acontecimiento. Los nacimientos físicos no interesaban a los redactores de los anales. Sólo cuenta la coronación, en la medida en que constituye un acto sagrado.

No obstante, la hipótesis es en extremo verosímil, puesto que el palacio había sido construido por orden de Amenofis III para servir de residencia a la familia real. La elección del lugar es interesante: la orilla oeste, y no la orilla este, donde se alza la ciudad-templo de Karnak, en la que reina el dios Amón. El faraón parece alejarse deliberadamente del dominio de los sacerdotes de Amón, para habitar un palacio suntuoso, en la orilla en que la diosa del «Bello Occidente» acoge a las almas en su camino hacia el otro mundo.

El lugar no tenía nada de triste ni de severo. Al contrario, jardines floridos rodeaban el palacio de Malgatta, que, de acuerdo con los escasos vestigios que se conservan, deleitaban la mirada. Todo en él era lujo y encanto. La decoración, de un refinamiento extremo, cantaba las maravillas de la naturaleza. Pinturas murales

y suelos ornamentados mostraban aves, peces, vegetales. Dicho de otro modo, cantaban la belleza de la obra del Creador.

Cuando nace Akenatón, no está destinado a reinar. Teóricamente, el trono está reservado a su hermano mayor. Sin embargo, el rey no tiene por qué elegir a su sucesor en el seno de su propia familia, ni siquiera entre la casta de los nobles o de los altos signatarios.

El segundo hijo de Amenofis III pasará una infancia feliz en ese palacio de ensueño, donde podrá primero contemplar, y luego comprender la manifestación terrestre del Creador, a través de la magnificencia de la naturaleza. Una infancia tranquila, ya que Amenofis III reina sobre un Egipto fabulosamente rico, que goza de un verdadero apogeo. El rey ha recogido la herencia de los poderosos monarcas que crearon el «Imperio Nuevo», en cuyo transcurso el país de los faraones se convirtió en la primera potencia del mundo mediterráneo y en el faro de la civilización. El prestigio de las «Dos Tierras», formadas por el Alto y el Bajo Egipto, es considerable. En el interior, el país disfrutaba de un equilibrio sereno, gracias al cual la creación artística recibe un extraordinario impulso. Una economía bien administrada ha hecho de Egipto un país próspero y feliz. El pensamiento religioso alcanza una profundidad extrema, inspirando la mano de los arquitectos, los pintores y los escultores, hasta hacerla parecer con frecuencia la mano de un dios. Las ceremonias sagradas revisten un fasto sin precedentes. Las recepciones de la corte están marcadas por el sello de una elegancia refinada.

Sin embargo, Amenofis III no tiene buena prensa entre ciertos egiptólogos, que le consideran como el tipo perfecto del déspota oriental, lascivo, regalón, perezoso. Ávido de los placeres más materiales, sólo pensaba, según ellos, en distraerse y pasaba la mayor parte de su tiempo comiendo u organizando suntuosas partidas de caza, de un coste muy elevado.

Esta descripción poco halagadora no se basa en elementos sólidos. Se ha descubierto, por ejemplo, que la famosa caza del león estaba investida de un carácter ritual y que el rey cazador intentaba sojuzgar las fuerzas caóticas y domeñar la bestia, es decir, el mundo de los instintos.

La corte de Amenofis III no da la impresión de estar formada por una camarilla de juerguistas, siempre sumidos en su embriaguez. Al contrario, da pruebas de una dignidad que concuerda con el país más grande del mundo y concede un lugar considerable a la teología y al simbolismo.

Hay en ella hombres de rara calidad, como el maestro de obras Amenhotep, hijo de Hapu, o los arquitectos Suti y Hor, o Beki, el director de los graneros, que son pensadores excepcionales. Las estelas y las estatuas han conservado el testimonio de su experiencia espiritual, de una intensidad notable. A la floración de los textos sagrados, se añade un deslumbrador programa arquitectónico, que hace del reinado de Amenofis III uno de los instantes más luminosos de la aventura humana. Piénsese, por ejemplo, en el tercer pilono de Karnak, en el palacio sur de Medinat Habu, en el templo de Soleb en el Sudán, en el templo de regeneración de la orilla oeste (del que sólo subsisten los colosos de Memnon) y, por último, en una de las maravillas más perfectas del arte egipcio, el templo de Luxor.

En todas partes, la misma claridad de la piedra, la misma pureza de la forma. En todas partes, una fuerza sutil que ha dejado de ser esclava del tiempo. La armonía de este arte refleja la de un reino cuya serenidad continúa resplandeciendo en sus obras.

La política exterior de Amenofis III

La civilización del Nuevo Imperio descansa en gran parte sobre la actitud de los faraones con respecto al mundo exterior y a los principales países vecinos, algunos de los cuales suponen amenazas en potencia.

Tebas se ha convertido en el símbolo del poderío y la independencia de Egipto. De Tebas parte el movimiento de liberación que inspira a los ejércitos egipcios el deseo de expulsar al invasor hicso. Pero la obsesión de una invasión por el norte perdura. Reyes como Tutmés III y Amenofis II organizan campañas y desfiles militares, incluso en Asia, para demostrar a los posibles promotores de disturbios que el ejército egipcio está perfectamente organizado y no tolerará ninguna tentativa de agresión.

El Egipto de Amenofis III es un estado soberano, dotado de unas fuerzas armadas tan importantes que ningún país, ni siquiera los gobernados por «grandes reyes», como el de Babilonia o el de Mitanni, se atreverían a atacarlo. La doctrina del «ministerio» egipcio de asuntos exteriores no ha variado desde comienzos del Nuevo Imperio: el asiático es el agresor; Egipto no hará más que defenderse. Su territorio forma un santuario confinado en sus fronteras, las franjas del Delta al norte, la primera catarata al sur. Para proteger mejor el país, se han creado zonas tampones, situadas bajo protectorado egipcio. Al sur, se extiende Nubia, verdadera provincia, controlada por el faraón con mano de hierro. Al noreste, hay un mosaico de pequeños reinos, mucho más difíciles de mantener bajo tutela. También de allí puede venir el peligro.

Los textos religiosos indican que el dios Amón permite al faraón reinar sobre los países extranjeros. Están teológicamente sometidos a Egipto. Si sus habitantes se rebelasen, quebrantarían la ley y se convertirían en la «abominación de la luz divina».

Hacia 1380 a. de C., Egipto posee un Imperio que se extiende desde las costas sirias hasta el Oronte y desde Nubia hasta la tercera catarata. Las buenas relaciones con Mitanni y Babilonia se mantienen.

En su correspondencia con el rey de Babilonia, Dusratta, Amenofis III no emplea el egipcio, sino la lengua babilónica. Se trata a la vez de una forma de cortesía muy refinada y de una práctica mágica. Las palabras de los dioses, los jeroglíficos, están reservados al uso «interior» de los egipcios y no deben ser empleadas en una correspondencia diplomática de carácter profano.

Amenofis III maniobra con destreza para no ofender la susceptibilidad de sus interlocutores. Por ejemplo, durante los preparativos para el matrimonio de su hija con el rey de Babilonia, aplica los principios del derecho babilónico, y no los del derecho egipcio.

No considera la violencia y la represión como un buen medio para mantener la paz en sus Estados. Prefiere ejercer una vigilancia discreta, dejando a los pueblos en libertad para practicar su religión y sus costumbres.

Retengamos un hecho capital: la manera en que Amenofis III lleva su política exterior conduce a numerosos contactos religiosos y sociales entre Egipto y las comarcas vecinas. Se da un verdadero «intercambio de dioses», un encuentro, a veces fraternal, entre ideologías más o menos complementarias. Las razas y las creencias aprenden a vivir sin enfrentarse.

Egipto se abre al mundo, y el mundo se abre a Egipto. Este clima tan particular no será ajeno al nacimiento de la religión atoniana.

A pesar de los brillantes éxitos que jalonan su reinado, Amenofis 111 chocó con un problema delicado: el progresivo aumento de la potencia militar de los hititas. El rey Subbiluliuma se hace cargo en 1370 de los destinos del pueblo hitita. Desde el

principio se apresura a reforzar sus ejércitos, y la rigidez de su carácter no le inclina precisamente a una entente cordial.

Subbiluliuma tiene espíritu de conquistador. Ha concebido grandes ambiciones para su país y quiere crear una nación fuerte, capaz de desarrollar una política de conquista territorial. ¿Por qué los hititas no han de romper el equilibrio del mundo en provecho propio?

Su rey espera apenas para asestar un gran golpe. Seguro de sus fuerzas, provoca abiertamente al faraón invadiendo el país de Mitanni, aliado tradicional de Egipto.

Lo lógico hubiera sido esperar una reacción violenta e inmediata por parte de éste. Sin embargo, Amenofis no interviene de modo directo. Rechaza el comienzo de una era de conflictos sangrientos y prefiere firmar un pacto de no-agresión con los hititas. Ese contrato moral precisa que, a partir de ahora, ambos pueblos respetarán las fronteras establecidas y que no se procederá a otras operaciones militares.

Los aliados de Egipto no salen de su estupor. No alcanzan a comprender por qué las poderosas fuerzas egipcias no han aplastado en su embrión el peligro hitita. Los príncipes sirios permanecen fieles a Amenofis III, pero el rey de Babilonia, sintiéndose inquieto, prefiere acercarse a Subbiluliuma. Tal vez su pueblo sea el que reine mañana sobre el mundo.

Indecisos, algunos de los notables locales empiezan a practicar un doble juego: mientras afirman su fidelidad inquebrantable a Egipto, no se oponen a las intrigas hititas.

Un hombre conserva la lucidez en medio de una situación que empieza a degradarse y a volverse confusa: Ribbadi de Biblos. Profundamente apegado al pensamiento y a la civilización egipcios, denuncia los tejemanejes de los hititas, que, evitando el enfrentamiento directo, prefieren comprar conciencias, infiltrar informadores, acordar alianzas secretas y atizar la discordia.

Debidamente advertido, Amenofis III no erradica esta situación. Sin duda está convencido de que los hititas no se atreverán a sobrepasar ciertos límites y que sus ardores guerreros, pronto apagados por el prestigio de Egipto, se limitarán a unas cuantas acciones sin trascendencia.

Todos estos acontecimientos afectan de cerca al joven Akenatón. Vive su génesis y asiste a las lentas modificaciones de la situación diplomática de su país. Simple observador, no sabe todavía que esas circunstancias exteriores a Egipto ejercerán una gran influencia sobre su destino.

Amenofis III no se enfrenta únicamente con problemas diplomáticos. Existe también en el interior de Egipto una fuente de conflictos.

En efecto, en el centro de la civilización de Amenofis III, se alza la inmensa y opulenta ciudad de Tebas. Prodigiosamente rica, administra con provecho los tributos de guerra traídos del extranjero por los reyes conquistadores que precedieron al faraón actual.

Tebas, gran centro religioso, ornamentada con templos magníficos, no se contenta con orientar la vida espiritual de Egipto. Rige también su vida económica. Ciudad cosmopolita, acoge a mercaderes y comerciantes extranjeros, favorece los intercambios comerciales y, día tras día, contribuye a la expansión material de la «Dos Tierras». Menfis y Heliópolis, las antiguas capitales que conservan todavía un cierto renombre desde el punto de vista religioso, se desdibujan detrás de Tebas la Magnífica, que, uno tras otro, los faraones de la XVIII Dinastía no han dejado de embellecer.

Con la fortuna, nace el deseo de poder. Un problema latente cobra poco a poco proporciones inquietantes. Tebas es la ciudad santa del dios Amón, «El Oculto». Divinidad secundaria durante el Antiguo Imperio y el Imperio Medio, Amón se ha convertido durante el Imperio Nuevo en el dios nacional. Su gran sacerdote,

encargado de cumplir su voluntad, reina sobre una casta eclesiástica muy jerarquizada, en la que se incluye un clero dirigente, formado por los «Padres Divinos» y los «Profetas de Amón».

Estos signatarios disponen de bienes propios y de riquezas considerables, constituidas por tierras, materias primas de todo tipo, rebaños, etc. Su fortuna la administra un personal importante, entre el que figuran escribas, obreros y campesinos.

Cuando el faraón nombra al gran sacerdote, pronuncia estas palabras: *Eres gran sacerdote de Amón. Sus tesoros y sus guerreros quedan colocados bajo tu sello. Eres el jefe de su templo.*

Durante el reinado de Tutmés I (1530-1520), los sacerdotes de Amón parecen ocuparse únicamente de las cuestiones religiosas. El rey, cuyas órdenes no se discuten, conserva la exclusiva de la política estatal. Ostenta el poder administrativo y sólo confía en sus colaboradores más íntimos. De hecho, no existe ningún punto de divergencia entre el rey y el gran sacerdote de Amón.

Pero al clero tebano no le agrada en absoluto el verse obligado a permanecer en la sombra. Su influencia va en aumento, hasta que consigue salir de su reserva gracias a un verdadero golpe de estado. En efecto, sirviéndose del oráculo del dios en provecho propio, nombra un nuevo rey. Durante una ceremonia celebrada en Karnak, la estatua de Amón se inclina ante un joven, que asciende así al trono con el nombre de Tutmés III.

Las repercusiones del acontecimiento son considerables. Esta vez, el clero de Amón adquiere una verdadera importancia política. Los sacerdotes se evaden del estricto campo religioso, decididos a intervenir de manera directa en la marcha de los asuntos del país.

El gran sacerdote Hapuseneb incremento más aún el impacto temporal del clero tebano. Director de los trabajos, piensa que le corresponde dirigir el conjunto de los cuerpos eclesiásticos de

Egipto. Jefe de todos los templos, controla la vida interior del reino y vela para que la ideología tebana se mantenga ampliamente extendida.

Hapuseneb se comporta como un verdadero monarca. Considerando que el rey Tutmés III no le manifiesta la sumisión suficiente, le aparta del trono. En su lugar, nombra a una reina faraón, la célebre Hatshepsut, que no cesará de demostrar a su protector respeto y confianza.

Hacer y deshacer reyes... El clero de Amón participa en el gobierno de Egipto por intermedio de su gran sacerdote.

No obstante, Tutmés III consigue reconquistar el trono. Sería de esperar una reacción violenta por parte del joven soberano, privado durante algún tiempo del poder, pero eso supondría razonar en términos de política contemporánea. El rey no tiene por qué compartir su función con el gran sacerdote, ni siquiera por qué consultarle. El faraón nombra a ese alto dignatario, lo mismo que a todos los demás. Por lo tanto, le basta con colocar a la cabeza del clero tebano a uno de sus amigos, Menkheperreseneb.

Tutmés III es un conductor de hombres genial. Sabe elegir a sus colaboradores. Lleva una política exterior espectacular. Sale con frecuencia al extranjero y somete numerosos territorios a la obediencia egipcia. De sus expediciones, se trae riquezas, que confía al gran sacerdote de Amón para su administración.

De esta forma, el propio faraón asegura plenamente la dirección del Estado, mientras que se acrecienta el esplendor y la fortuna de Tebas y sus sacerdotes.

Hacia 1445, es Meri quien se convierte en gran sacerdote. Sus funciones se equiparan a las de un verdadero jefe de empresa. Completamente absorto en las tareas administrativas, Meri es el director de la «Doble Casa del Oro», director de la «Doble Casa de la Plata», director de los campos, director de los graneros de

Amón, director de los rebaños de Amón. Primer funcionario del Imperio, Meri es en realidad un administrador.

A la muerte de Meri, Tutmés IV (1425-1408) nombra como gran sacerdote a un hombre elegido por él, Amenemhet. De unos sesenta años, es hijo de un maestro artesano, encargado de la fabricación de las sandalias en el templo de Atón.

Tras una larga carrera, consagrado al servicio de su dios, el nuevo gran sacerdote no alberga apenas ambiciones personales. Se dedica a la teología y a la práctica del culto. Para él, el faraón es el jefe supremo del Imperio, de acuerdo con las normas de Egipto. El gran sacerdote de Amón debe plegarse a sus directrices.

Al comienzo de su reinado, Amenofis III conserva su autoridad sobre el conjunto de los cultos y los cleros. El de Tebas no es una excepción a la regla, pese a seguir siendo el más importante de Egipto.

Una estela nos informa de que el gran sacerdote Ptahmose ha sido «nombrado por el Amo del Doble País [el faraón] para ejecutar los designios de Egipto» y que es «Director de todos los trabajos del rey». ¿Cuál es la realidad cotidiana que se oculta detrás de estas frases? ¿Puede el gran sacerdote de Amón tomar decisiones por su propia cuenta u oponerse al poder real?

En la época de Amenofis III, de ningún modo. El monarca dispone de medios para forzarle a la obediencia. Sin embargo, mucho más avanzada la historia egipcia, un gran sacerdote de Amón, cediendo al extremo de la tentación política, se hará coronar rey en Tebas.

En el periodo que nos ocupa, la dirección de los asuntos del país permanece exclusivamente en manos del rey. Sería excesivo afirmar que el clero de Amón constituye un Estado dentro del Estado. Pero no se puede negar que algunos sacerdotes se sienten atraídos por el poder temporal y que la preeminencia de su señor Amón, reconocido como dios del Imperio, les concede un estatuto privilegiado.

¿Existieron conflictos declarados entre el faraón y el clero tebano? Ningún texto se hace eco de ellos. No olvidemos que el rey de Egipto es un rey-dios. La salvaguardia del país depende de su persona, simbólica y metafísica. El clero de Amón, como los demás cuerpos estatales, le está sometido teológico y realmente. Sólo la debilidad de un monarca puede modificar esta realidad y dejar libre curso a las ambiciones individuales.

3

LA MADRE DE AKENATON, TIYI, REINA DE EGIPTO

Todos aquellos a quienes obsesiona el aspecto físico de Akenatón se esfuerzan por encontrar una justificación racional para sus chocantes deformidades. ¿No estará la explicación en el origen no egipcio de Akenatón?

Tal teoría halló una confirmación aparente cuando se estudiaron con atención los retratos de la madre de Akenatón, la reina Tiyi.[5]

Para algunos eruditos, se trata indiscutiblemente de la fisonomía de una extranjera, tal vez una semita. La reina muestra con frecuencia un rostro grave, de rasgos duros, casi cerrados. Da la impresión muy clara de ser una «mujer de cabeza», con ideas firmes y una voluntad de hierro. Tiyi no se parece en nada a esas damas encantadoras cuya belleza sabían evocar tan bien los pintores y dibujantes de la XVIII Dinastía. Nada en su personalidad se debe al deseo de seducir o convencer sirviéndose de una delicada feminidad.

Pero nada demuestra tampoco que la reina Tiyi haya sido de origen extranjero. Se sabe con certeza que era hija de Yuya y de Tuiu,[6] una pareja que desempeñaba funciones religiosas y que -hecho capital- no era de sangre real. *El nombre de su padre es Yuya* -dice el texto grabado en un escarabajo para conmemorar las bodas reales-, *el nombre de su madre es Tuiu. Tiyi es la esposa del poderoso rey, Amenofis III, cuya frontera está en Karoy [Sudán] y cuya frontera del norte está en el Naharina [Irak].*

Yuya, el padre de la reina, ostentaba el título de «Padre Divino» y ocupaba el cargo de sacerdote del dios Min. A esas dignidades de orden religioso se añadía una responsabilidad militar, puesto que Yuya estaba encargado del cuerpo de carros. La madre de la reina, Tuiu, era «Superiora del harén de Min» y «Superiora del harén de Amón», dos cargos de rango difíciles, pero la convertían en una dama de rango muy elevado.

No cabe duda de que Tuiu, que llevaba también el poético título de «Ornamento Real», era auténticamente egipcia. Gracias a sus funciones religiosas, tenía acceso a los apartamentos privados del palacio y vivía, pues, en la intimidad de los más altos personajes de la corte, conociendo al dedillo las reglas de la etiqueta.

Se ha dicho de Yuya que quizá fuese un príncipe sirio educado en suelo egipcio. Una hipótesis reciente, de carácter sensacionalista, identifica incluso a Yuya con el José de la Biblia. Bien adaptado a su nuevo país, encontró en él una esposa de valía, que le ganó su admisión definitiva en la sociedad de los grandes signatarios del reino. Los análisis más recientes tienden a rechazar esta tesis y a demostrar que era originario de la ciudad egipcia de Ajmin, en el Alto Egipto, y que hizo una carrera religiosa y administrativa bastante brillante, dentro de un marco estrictamente egipcio.

Se puede, pues, afirmar sin la menor duda el origen egipcio de Tiyi y su pertenencia a una familia noble, bien introducida en la corte y gozando a los ojos del rey de una excelente reputación.

No obstante, el matrimonio de Amenofis III y Tiyi constituye un acontecimiento insólito, por lo menos a nuestros ojos. El gran rey, en lugar de elegir por esposa a una mujer de sangre real, eleva a la dignidad de reina a una joven que, sin ser de rango despreciable, no pertenece a su entorno próximo. Los padres de Tiyi fueron colmados de riquezas y honrados como personajes importantes. La decisión del faraón supone para ellos una verdadera bendición, que les aseguró la fortuna y la consideración.

¿Por qué fue elegida la futura reina de Egipto en una familia no vinculada a la corona? Ante lo extraño de la situación, algunos egiptólogos supusieron que Yuya y Tuiu no eran más que los padres adoptivos de Tiyi. Mas, en ese caso, ¿por qué se habían de silenciar sus posibles títulos de nobleza?

En sentido contrario, se pensó que el matrimonio era una especie de desafío lanzado al gran sacerdote de Amón, un escándalo con respecto a las reglas habituales. Tal opinión deriva de una visión romántica de Egipto, una visión que carece de todo valor. El faraón no tiene la menor obligación de rendir cuentas a ningún clero. Simplemente, da la impresión de que, al casarse con una mujer de origen modesto, Amenofis III deroga la costumbre que preconiza al rey la unión con una mujer de sangre real. Ahora bien, gracias a su matrimonio, Tiyi se convierte en soberana de pleno derecho. Uno de sus hijos será el faraón legítimo.

Proclamada «Gran heredera, Hija real, Hermana real, Esposa real», Tiyi es reconocida como reina, con todos los poderes y todos los deberes que confiere este cargo a la cabeza del Estado y al lado del faraón.

Personalidad sobresaliente de la historia egipcia, Tiyi no es una reina sin relieve, que se mantenga discretamente a la sombra de su omnipotente marido. Desde el principio de su «reinado», se afirma como una mujer de gobierno, que participa en las grandes decisiones políticas y, en ciertos casos, incluso las provoca.

Tiyi toma parte en todas las ceremonias oficiales, en todas las fiestas, y acompaña a su marido en sus viajes a través del país. Detalle sorprendente, aparece siempre al lado del rey en las manifestaciones públicas en que la corte de Egipto exhibe su esplendor.

Cierto que Egipto no fue nunca misógino ni relegó exclusivamente a la mujer a las actividades domésticas. Las mujeres egipcias accedían a las más altas funciones, y su condición social era con frecuencia muy notable. Hubo un linaje de damas

muy grandes, que representaron un papel decisivo en el gobierno del país. Fueron reinas tebanas las que iniciaron el movimiento de liberación que, después de expulsar al invasor hicso, dio nacimiento al Imperio Nuevo. Tiyi pertenece a este linaje. Es la compañera de Amenofis III y trata los asuntos de Estado con una eficacia que nadie pone en duda. El poder de la reina se manifiesta de la manera más patente cuando se hace construir un templo en el Sudán. Desempeñando el papel de una «maestra de obras», ensalza el ejercicio de realeza mediante la construcción tradicional del templo.

Poseemos una prueba excepcional de la influencia de la reina y de su competencia. El rey Dusratta de Mitanni envía una carta a Amenofis IV, el nuevo soberano, donde se lee esta asombrosa declaración: *Todas las palabras que he intercambiado con tu padre, las conoce tu madre, Tiyi. Nadie más que ella las conoce, y las podrás conocer por ella... Desde el comienzo de mi realeza y durante todo el tiempo en que Amenofis III, tu padre, continuó escribiendo, escribió sin cesar a propósito de la paz. No había ninguna otra cosa sobre la cual me escribiese sin cesar. Tiyi... conoce todas las palabras de tu padre, que me escribía constantemente. Es a Tiyi, tu madre, a quien debes interrogar sobre todo lo que se refiere al tema* (Cartas Amarna EA 28 y 29).

Imposible indicar más claramente que la reina Tiyi estaba informada de los «expedientes» más importantes y que, en ciertos casos, era la única en soportar tan pesada carga.

Tiyi compartió con su hijo los secretos de que era depositaria. Fue ella, por lo tanto, quien expuso al faraón la situación interna de Egipto y el estado de las relaciones internacionales, de acuerdo con sus puntos de vista. Cierto que Akenatón no ignoraba todo eso y que se había forjado ya sus opiniones propias, pero su madre le aportó «complementos de información» de un valor inestimable.

La reina Tiyi contribuye de manera decisiva a la formación del pensamiento político de Akenatón. Tiyi tiene ideas precisas sobre el porvenir de su país. Ante todo, no desea que Egipto se encierre en sí mismo. Las «Dos Tierras» son ricas, su civilización más exuberante que nunca. Los dioses colman de beneficios al pueblo que les venera. Pero la reina no se contenta con esa felicidad, cuyas bases le parecen a veces frágiles. Impulsada por su afición a los vastos horizontes, actúa en el sentido de una expansión a la vez económica y religiosa. Abre Egipto a las influencias exteriores y procura crear un Estado cosmopolita, donde los pueblos aprendan a conocerse sin confundirse. Gracias especialmente a los intercambios comerciales, es posible ofrecer a los distintos países puntos de comparación y modos de comprensión, mientras que Egipto continuará siendo el centro y el foco luminoso del mundo.

En el aspecto religioso, Tiyi hizo evolucionar de modo extraordinario las ideas de su tiempo. Su hermano Aanen desempeñó cargos fuera de lo común. Una estatuilla conservada en el museo de Turín nos informa de que era «Gran Vidente» en Heliópolis y «Segundo profeta de Amón». Esta doble función confiere a Aanen un estatuto muy excepcional. Por una parte, se halla inserto en la todopoderosa jerarquía tebana y, gracias a su rango, conoce sus mecanismos. Por otra parte, pertenece al clero heliopolitano, relegado a segundo rango por el poderío creciente de los sacerdotes de Amón.

Gracias a ese lazo familiar, Tiyi está perfectamente informada de los pensamientos expresados por los miembros de las dos comunidades religiosas. Admira los grandes principios de la teología solar, tan apreciados por Heliópolis, y vigila con atención el desarrollo de la ambición tebana.

Es probable que la reina dispusiese de observadores en todos los puntos neurálgicos de la sociedad egipcia, figurando entre ellos Aaren, que fue uno de los personajes clave de este periodo.

¿Se contentó el hermano de la reina con disfrutar de las prerrogativas de un gran dignatario o se convirtió en uno de los defensores de la antigua religión solar, a la que se ve reaparecer poco a poco durante el reinado de Amenofis III? Tiyi compartía esta concepción de lo sagrado, en que la divinidad se expresaba de la manera más directa bajo la forma del sol. Favoreció al clero de la antigua ciudad santa de Heliópolis, restableciendo el equilibrio que se había perdido en favor de los sacerdotes de Amón, que conservaron, sin embargo, su preeminencia.

Este reequilibrio sutil y modesto se desarrolló sin ningún conflicto. Durante una ceremonia, en el momento de montar en una barca llamada *Esplendor de Atón,* la reina Tiyi proclamó ante los miembros de la corte su inclinación a la mística solar. El dios Atón recibió así oficialmente la confirmación de la adhesión de la pareja real. ¿Por qué habían de preocuparse los sacerdotes de Amón? Se trataba de un acontecimiento sin importancia, que confirmaba simplemente el papel teológico y espiritual representado desde siempre por la reina de Egipto.

Esta última, en efecto, encarna a Maat, el orden, la armonía del mundo, la regla eterna que los humanos tienen el deber de respetar. Es también Hater, la diosa del cielo, el ojo del sol, la fuerza cósmica en que resucita cada mujer. Con Tiyi, no existe todavía una «religión atoniana». Sólo una tendencia a promover una corriente muy antigua de ideas, que, por lo demás, comparte con su marido, Amenofis III.

El futuro Akenatón no pudo ser indiferente al clima religioso de la corte real. La fuerte personalidad de sus padres representó un papel determinante en la evolución de la suya propia, sobre todo a partir del momento en que se produjo el acontecimiento que decidiría su destino: la muerte de su hermano mayor.

Amenofis III y Tiyi juzgaron a su segundo hijo capaz de acceder al trono de Egipto. Tomaría el nombre de Amenofis IV,

inscribiendo su reino en la continuidad del de su padre, para gloria del dios Amón.

4

LAS PREMISAS DEL CULTO DE ATÓN Y LA EDUCACIÓN DE UN REY

El mundo de lo sagrado es la base de la civilización egipcia. Las formas de expresión adoptadas para dar cuenta del mismo son, pues, esenciales. Cada faraón, en el curso de su reinado, elige un «programa» sagrado, que insiste sobre uno u otro aspecto de lo divino.

El dios Atón constituirá el centro del pensamiento de Akenatón, que descubrió su existencia durante su educación en el palacio. ¿Fue Atón una «invención» de la época de Amenofis III o se hallaba ya presente en el panteón tradicional?

El faraón Amenofis II, cuyo reinado se inició a mediados del siglo XV antes de Cristo y duró alrededor de veinticinco años, nació en Menfis, la ciudad sagrada del dios Ptah. En su protocolo, añadió el título de «Dios regente de Heliópolis», expresando así su interés por la antigua capital de Egipto. Heliópolis era sobre todo el centro teológico más antiguo del país, donde había tomado cuerpo por primera vez la sabiduría egipcia.

Sensible a esta tradición primordial, Amenofis II decidió infundirle un nuevo esplendor. En consecuencia, puso en explotación las canteras de Tura y emprendió la construcción de nuevos monumentos en Menfis y Heliópolis. Con esto esperaba equilibrar la omnipotencia de Amón y sus adoradores. Por lo demás, para Amenofis II, el señor de los dioses no es Amón, sino una «ternaridad» divina llamada Amón-Ra-Atum. Y es ese dios

único en tres personas «quien pone en el corazón del rey la idea de actuar de tal modo que Egipto le sirva».[7]

En un gran himno a Amón, se evoca al dios como aquel que ha creado la humanidad, los animales, el árbol de la vida y los pastos que alimentan al ganado. Esta vinculación entre el principio creador y la naturaleza reaparecerá en los himnos a Atón, que se apropia así, por lo tanto, de ciertas características de Amón.

Tutmés IV, el sucesor de Amenofis II, vivió en el desierto una aventura asombrosa. Al final de un día de caza, se adormeció junto a la esfinge, la cual, en un sueño profético, le prometió favorecer su acceso a la realeza si la liberaba de las arenas del desierto. Tutmés obedeció sus instrucciones y, en consecuencia, no fue entronizado por el dios Amón, sino por la esfinge, íntimamente relacionada con la religión de Heliópolis.

Al elegir el nombre de «Aquel que purifica Heliópolis y regocija a Ra», Tutmés IV toma sus distancias con respecto a los sacerdotes de Amón. Su ideal religioso no se reduce al plano teórico, puesto que se concreta en medidas administrativas. El gran sacerdote de Amón deja de disponer del poder supremo sobre el conjunto de los cleros de Egipto y de ocupar la función de visir. Sin embargo, en los textos oficiales, Tutmés IV reconoce que es Amón quien concede las victorias militares e incremento la gloria del país.

Los ejemplos de Amenofis II y Tutmés IV demuestran que existía ya, antes del reinado de Akenatón, una tendencia que consistía en equilibrar los diversos cultos egipcios y en no conceder la supremacía absoluta a los ricos sacerdotes de Tebas. Amenofis III precipitó esta revolución, sobre todo en el campo de las ideas religiosas, insistiendo en la importancia del dios Atum, el primer creador, y en la riqueza simbólica del culto solar.

Un clima intelectual semejante era propicio a las mutaciones más variadas. Pero ¿por qué eligió Akenatón al dios Atón para ser, en cierto modo, el portavoz de un Egipto nuevo?

Atón no es una divinidad inédita en la religión egipcia. Desde la época de Tutmés I, se le considera como una potencia creadora, que no se reduce a la forma exterior del sol. Cuando el faraón muere, su alma inmortal se eleva hacia el cielo y se une al disco solar, el Atón, para resplandecer eternamente. *Subió al cielo* -dice un texto a propósito del faraón Amenemhet I- *y se unió al Disco, el cuerpo de Dios en comunión con Aquel que lo crea.*

Poco a poco, se empieza a concebir a Atón como el cuerpo de Ra. Rejmire, «El que conoce como el sol», compara incluso a su rey, Amenofis III, con el dios Atón «en el momento en que se revela a sí mismo». Al hacerse inseparable de la persona del faraón, Atón disfruta forzosamente de una gloria cada vez más dilatada.

Ya durante el reinado de Tutmés IV se rinde culto a Atón. En la época de Amenofis III, se conoce a un hombre que es «Intendente de la morada de Atón» y se sabe que se honra al dios incluso en el interior del recinto de Tebas. En Heliópolis y Menfis existen cleros de Atón, que reactualizan progresivamente los elementos de la antigua religión cósmica.

Está claro que Akenatón tomó del antiguo fondo egipcio la arquitectura y los símbolos de su reforma religiosa. Tutmés IV y Amenofis III, respectivamente abuelo y padre de Akenatón, tuvieron con el sol divino una relación más estrecha que los faraones precedentes. El primero, en un escarabajo conmemorativo, designa al disco solar como aquel que le ha dado la victoria en el combate: *los príncipes de Naharina, portando sus presentes, miran al rey cuando sale de su palacio, escuchan su voz como la del hijo de Nut* [el cielo]. *Lleva el arco en la mano, como heredero de Chu* [el aire luminoso]. *Si se despliega para combatir teniendo a Atón ante él, destruye las montañas, aplastando con sus pies los países extranjeros* (traducción de Doresse). La poesía cortesana se refiere al rey como «El disco en su región de luz». El palacio real es la «Morada del disco». Amenofis III recibe el nombre de «Él es el disco deslumbrante». El nombre de Atón

entra en los epítetos aplicados a una compañía del ejército y a la barca real.

Una multitud de indicios convergen en el mismo sentido: el dios Atón afirma su presencia en el pensamiento religioso ya en la época de Amenofis III.

Años de formación

¿El futuro Akenatón se educó en Menfis, al menos en parte, como otros muchos hijos del rey? Ningún documento lo precisa. Probablemente estuvo allí, puesto que la gran ciudad, bautizada con el nombre de «Balanza de las Dos Tierras», continuaba siendo uno de los mayores polos económicos y religiosos. Heliópolis, la ciudad santa del dios sol desde los tiempos más antiguos, no distaba mucho de Menfis.

Ra, Horus de la Región de Luz (Horajti), Chu, Atón... Otros tantos dioses solares que formaban parte del paisaje intelectual del joven príncipe, otras tantas formas metafísicas que atrajeron su atención más allá del culto oficial de Amón, dios del Imperio y amo de Karnak.

Un palacio como el de Malgatta significó por sí solo una enseñanza para el adolescente. Allí descubrió lo sagrado en la naturaleza y en las representaciones creadas por los artistas. El camino hacia Dios estaba allí, ante sus ojos, en las paredes donde pintores geniales habían sabido dar vida, en aquello que tienen de eterno, a la fauna y la flora.

El muchacho estudió los textos sagrados de la tradición egipcia, tan rica en experiencias espirituales. Como todo futuro rey, estaba obligado a adquirir un buen conocimiento de los jeroglíficos, tras haber sido iniciado en las ciencias sagradas. Según la ley de Maat, un faraón debía ser a la vez un científico y un sabio.

Un personaje fuera de lo común parece haber ejercido una gran influencia sobre la educación de Akenatón. Se trata de Amenhotep, hijo de Hapu. Científico prodigioso, que fue divinizado después de una larga y extraordinaria carrera al servicio de Egipto, era un arquitecto genial y un administrador de gran envergadura y gozaba de toda la confianza de Amenofis III. El rey honró a su amigo de manera poco corriente, concediéndole la autorización para construir su propio templo.

Jefe a la vez del ejército y de los escribas, Amenhotep, hijo de Hapu, se presentaba sobre todo como «Director de todos los trabajos del rey». A la cabeza de los maestros de obras, estaba considerado como un verdadero heraldo de la divinidad, como ser capaz de percibir y aplicar los designios del Creador. Por eso, de acuerdo con sus inmensas virtudes, alcanzó la edad sagrada de ciento diez años, que la tradición egipcia atribuía a los sabios.

Amenhotep, hijo de Hapu, era el símbolo viviente del ser realizado, en el que se unían la espiritualidad más viva y la potencia de la acción creadora. ¿Qué dicha para el joven príncipe conversar con este sabio entre los sabios, que conocía tan bien el corazón de la piedra como el del hombre? Durante largas veladas, en el silencio perfumado de los jardines de palacio, el futuro rey y el maestro arquitecto hablaron de lo sagrado, evocando a Hator, la vaca celeste, Anubis, el chacal que purifica el mundo, Horus, la luz de los orígenes..., todos ellos dioses que hacen referencia al único, la fuerza creadora que, a cada instante, recrea el universo y toma los mil rostros de los dioses. Amenhotep, hijo de Hapu, enseñó al hijo del rey que debía construir su vida como se edifica un templo.

El futuro Akenatón se benefició también de la enseñanza de otros preceptores, puesto que la corte de Amenofis III abundaba en seres de gran valía. Nos basta como prueba uno de los más bellos textos del periodo preamarniano, el himno compuesto por los hermanos arquitectos Suti y Hor, que, por un curioso azar, llevan los nombres de los dos dioses hermanos más célebres de la

mitología egipcia. Suti y Hor estaban encargados de dirigir las construcciones de Amón, desempeñando así uno de los más altos cargos del Estado. Ahora bien, su estela funeraria ofrece un texto que, en contra de lo que se podría esperar, no exalta al dios Amón tal como lo concebían los tebanos, sino a un curioso Amón solar, muy próximo al dios de Akenatón. Veamos algunos pasajes, a los que el futuro rey fue sin la menor duda muy sensible:

Saludar a Amón cuando se alza, en tanto que Horus, del horizonte oriental por el jefe de los trabajos, Suti, y por el jefe de los trabajos, Hor,- homenaje a ti que eres el Ra perfecto de cada día... El oro puro no es comparable a tu esplendor Cantero que se ha tallado a sí mismo, fundiste tu propio cuerpo, oh, escultor que no ha sido nunca esculpido... Todos los ojos ven gracias a ti y dejan de ver cuando tu majestad se pone. Tú pones a los seres en movimiento, tus rayos crean la mañana, abren los ojos que se despiertan... Señor único, que alcanza cada día el extremo de las tierras... (Traducción de A. Varille).

El disco solar se define como «aquel que crea a todos», con lo que quiere un estatuto de demiurgo. Recordemos, sin embargo, que Suti y Hor son servidores de Amón. Por lo tanto, oponer de manera radical la religión tradicional de Amón y la religión innovadora de Atón supondría un error total de perspectiva.

Amenofis III y Atón

Todos los indicios tienden a demostrar la existencia de un entendimiento perfecto entre Amenofis III y su hijo. Armonía psicológica y afectiva, sin duda, pero también coincidencia de puntos de vista en cuanto a la dirección de los asuntos del Estado. En cierto modo, Amenofis III pone las bases de la política que seguirá su hijo, permitiendo sobre todo que Atón y el antiguo culto solar se afirmen oficialmente con mayor vigor.

En ciertas ocasiones, Amenofis III se aleja de Tebas y de Amón, por ejemplo para una de las ceremonias más señaladas en la vida de un faraón, su «fiesta del *sed*», consistente en una serie de ritos que se desarrollan durante varios días y que están destinados a regenerar el poder mágico del rey, agostado por varios años de gobierno. Todas las divinidades de Egipto se reúnen para participar en esta resurrección del ser del faraón.

Amenofis III elige la muy lejana Soleb, en el Sudán, como marco para las festividades. Su primer arquitecto, Amenhotep, hijo de Hapu, erige allí un templo admirable, comparable al de Luxor. Lo consagra a la pareja real y a la regeneración mágica del rey.

Recordemos que el palacio del rey de Egipto, en la orilla izquierda de Tebas, está dedicado a Atón. Akenatón conservará el mismo nombre -«la casa de Faraón es esplendor de Atón»- para su residencia de la ciudad del sol. El nombre es algo esencial para un egipcio, ya que define la naturaleza profunda del ser o de la cosa que designa. Dicho de otro modo, Amenofis III pone su vida cotidiana bajo la protección del dios Atón y le manifiesta la devoción de la familia real.

Por último, ¿cómo no recordar una escena encantadora, con un trasfondo religioso evidente? Amenofis III había hecho construir un lago de recreo cerca del palacio que acabamos de evocar. Fue inaugurado durante la «Fiesta de apertura de los estanques». El rey y la reina Tiyi montaron con tal ocasión en una espléndida barca, que fue la primera en cruzar el lago. Y el nombre de esa barca era, como hemos dicho, *Esplendor de Atón, o Atón es resplandeciente.* El texto egipcio lo canta así:

Su Majestad ordenó que se excavase un lago para la gran esposa real Tiyi -que su vida sea preservada en su dominio de «Aquel que expulsa la noche». Su longitud era de tres mil setecientos codos, su anchura de setecientos codos.

En el decimosexto día del tercer mes, Su Majestad celebró la fiesta de la apertura del lago, Su Majestad se paseó por él, en la barca real «Atón brilla».

Así, mediante pinceladas sucesivas, Amenofis III aporta modificaciones cada vez más importantes a la mentalidad religiosa de su tiempo. La luz del dios Atón empieza a manifestarse.

5
¿CORREGENCIA?

Entre las instituciones políticas del antiguo Egipto, figura lo que se llama la «corregencia», es decir, el poder compartido, durante un tiempo más o menos largo, entre un faraón que va envejeciendo y el sucesor que ha elegido. Se conocen varios ejemplos, hasta el punto de que algunos se han preguntado, no sin motivo, si no se trataría de una regla, cuya mayor ventaja consistiría en asegurar la formación «sobre el terreno» del futuro soberano. El rey en ejercicio le transmitiría así su experiencia.

Durante unos meses o unos días, dos faraones no rivales se repartían las responsabilidades. Ahora bien, aunque el sucesor era siempre el «hijo», no hay que tomar el término al pie de la letra. En diversos casos, se trató de un «hijo espiritual».

Cuando Amenofis IV, el futuro Akenatón, es coronado ritualmente, ¿Amenofis III, su padre, acaba de morir o sigue vivo todavía? Dicho de otro modo, ¿hubo una corregencia entre Amenofis III y su hijo?

La cuestión ha suscitado debates interminables entre los egiptólogos. Algunos sostienen la tesis de que Amenofis IV no fue coronado hasta después de la muerte de su padre, rechazando toda posibilidad de corregencia. Tal es el caso de Redford, por ejemplo, quien afirma que Amenofis IV no figura nunca en los monumentos de su padre y que no hay más que una referencia a su existencia de príncipe, una inscripción sobre una jarra para vino encontrada en las ruinas del palacio de Malgatta. Única certidumbre: Tiyi, esposa de Amenofis III y madre de Akenatón, vivió como mínimo doce

años después de la muerte de su marido y permaneció presente, por lo tanto, al lado de su hijo, ejerciendo sobre él una influencia cuyo alcance es difícil de determinar. En consecuencia, sólo se podría hablar de corregencia, dice Redford, y aun así forzando la noción, entre madre e hijo.

En sentido contrario, se han avanzado diversos argumentos en favor de la corregencia. Una estela, procedente de una casa de Al-Amarna y conservada en el British Museum, muestra a Amenofis III sentado, en compañía de Tiyi, delante de un altar cargado de vituallas. Encima de él, el dios Atón, rodeado de rayos, sostiene una llave de vida ante la nariz del rey. El rey aparece cansado, encorvado, envejecido. Uno de sus brazos pende sobre sus rodillas. Si se admite que la imagen le representa cuando todavía estaba con vida, el documento probaría que la corregencia duró por lo menos nueve años. Pero se acepte esto o no se acepte, la escena indica que Amenofis III y Tiyi participaban en la celebración del nuevo culto.

Más demostrativa aún resulta una estatuilla que lleva los nombres de los dos faraones y el del dios Atón. Según ciertos eruditos, dado que este tipo de documento no aparece antes del año 9 del reinado de Akenatón, se deduce que Amenofis III seguía vivo nueve años después del coronamiento de su hijo.

Se puede, sin duda, añadir al expediente la representación de padre e hijo, ambos coronados, sobre la cara oriental del zócalo norte del tercer pilono de Karnak. Aldred calcula que los años 28-30 del reinado de Amenofis III corresponden al sexto año del reinado de su hijo y que el ejercicio conjunto de la soberanía duró como mínimo ocho años, tal vez más.

Los defensores de la realidad de la corregencia consideran como prueba decisiva la escena representada en un bloque procedente de Athribis, donde se ve a Amenofis III y Amenofis IV presentando juntos una ofrenda a una divinidad. Según ellos, y

debido a factores de datación, esta práctica ritual tuvo lugar después del advenimiento de Amenofis IV.

La tesis extrema milita en favor de una corregencia de doce años, basándose en una carta al rey Dusratta descubierta en los archivos de Amarna y que hace referencia al luto de la corte. Se trata claramente del fallecimiento de Amenofis III y de la segunda toma de poder de Akenatón, esta vez en solitario.

Una dificultad parece oponerse a la utilización de este documento capital. En efecto, falta el comienzo del texto, y sólo se lee: ... 2. Por lo tanto, no queda más remedio que poner una cifra antes del 2, una cifra que no puede ser más que 1. Poner un 2 y leer «año 22» es imposible, puesto que el reinado de Akenatón no se prolongó tanto. Comprender simplemente «año 2» es asimismo imposible, puesto que resulta notoria la presencia de una laguna.

¿No hubo corregencia? ¿Hubo dos años, seis, ocho o doce de corregencia? ¿Amenofis III permanecía en Tebas, mientras que Akenatón reinaba en su nueva capital? ¿Residían los dos reyes juntos en Aketatón? Estas preguntas permanecen sin una respuesta definitiva.

6

DEL AÑO 1 AL AÑO 3: ATÓN SE INSTALA EN KARNAK

El año 1 del reinado de Akenatón comienza, lógicamente, con su coronación ritual. Esta última, hecho fuera de lo común, no tiene lugar en el templo de Karnak, sino en Hermonthis, en la región tebana, una elección que, claro está, no se debe a la casualidad. Hermonthis es «la Heliópolis del sur», la ciudad correspondiente, en el sur, a la gran ciudad solar del norte. Se trata, pues, del primer homenaje rendido al antiguo culto solar y a su clero.

Es probable que quien dirigió la ceremonia de coronación no fuese otro que Aanen, el hermano de Tiyi, que desempeñaba cargos religiosos tanto en Karnak como en Hermonthis. Así se afirmaba el lazo entre los diversos cultos.

En este comienzo de reinado, no se da una ruptura con las tradiciones. En el templo de Sesebi, en el Sudán, existían criptas que formaban parte de un culto solar. Akenatón aparece representado en ellas en compañía de varios dioses, de acuerdo con las reglas del arte clásico. Otras representaciones nos ofrecen la imagen de un Akenatón adoptando las actitudes habituales en los reyes de Egipto.

Como afirma un texto de la bella tumba tebana de Keruef, Akenatón es todavía «El elegido de Amón-Ra». Las representaciones muestran al rey haciendo una ofrenda a Atum, señor de Heliópolis, y a otras divinidades, como Hator, señora del

cielo. Señalaré de pasada que Akenatón no hizo destruir las escenas en que aparece como un faraón de lo más «clásico», junto a su padre, el rey Amenofis III, y su madre, la reina Tiyi, e insistiré más particularmente en los ritos realizados ante Atum. En efecto, este gran dios creador de los orígenes está vinculado a la teología de Heliópolis, cuya presencia en la filosofía religiosa de Akenatón comprobaremos con frecuencia.

Dos grandes centros religiosos, Menfis y Heliópolis, continuaban nutriendo la espiritualidad egipcia, a pesar de la preeminencia de Tebas. Los faraones del Imperio Nuevo visitaban con frecuencia Menfis, gran centro económico y ciudad del dios Ptah, patrono de los artesanos. En cuanto al prestigio de Heliópolis, seguía siendo inmenso. Los faraones que prepararon la vía para el «atonismo» tendieron cada vez más a apoyarse en el clero de Heliópolis, a fin de frenar las ambiciones tebanas.

Las relaciones políticas y religiosas entre Akenatón y Heliópolis fueron privilegiadas. Dado que desconfiaba de los tebanos, el rey tenía necesidad de una corporación religiosa ejemplar. Por su parte, los heliopolitanos estaban probablemente muy interesados por el ideal solar del rey, cercano al culto al que se consagraban.

En la montaña situada al este de Al-Amarna, se excavó una tumba para Mnevis, el toro sagrado de Heliópolis. Además, el gran sacerdote del culto de Atón ostentaba el título de «El mayor de los videntes», es decir, el título exacto del gran sacerdote de Heliópolis.

¿Estos datos precisos permiten afirmar que la religión de Atón se concibió en Heliópolis, el On de la Biblia, donde «Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios»? El estado actual de la documentación no permite dar una respuesta definitiva, pero es seguro que el pensamiento de Heliópolis influyó en Akenatón de manera determinante. Al menos en parte, el culto

de Atón se presenta como una «reactualización» de las antiguas prácticas religiosas de Heliópolis.

Tenemos la prueba en la posición privilegiada que Akenatón atribuyó al dios halcón Horajtl, «el Horus de la Doble Región de Luz», símbolo del aspecto creador de la luz solar. El rey concederá también la mayor atención al dios Chu, el que da la vida. Ambas divinidades pertenecen al fondo más antiguo de la religión egipcia y se hallan presentes en *los Textos de las pirámides,* consagrados a la resurrección del rey en el más allá. En Heliópolis se invoca a Atón bajo su nombre de Chu. Como ha señalado Van de Walle, la reina y las princesas adoptaron el tocado de plumas de Chu, aludiendo así a una mitología muy antigua. El disco solar, encarnación del dios Atón, es figuración de la vida en su función de luz. Sus rayos terminan en manos que sostienen el signo *ankh,* «vida», una simbología que insiste sobre el acto esencial del don y de la ofrenda. Así se prolongaba la filosofía tradicional de Heliópolis, que definía a Atum, el creador, como «Aquel que es y Aquel que no es» y que trae a la existencia lo que debe ser creado.

No se da ninguna ruptura entre Heliópolis y Al-Amarna. Los principios básicos de la civilización egipcia no han variado.

Akenatón no se contenta con elegir la Heliópolis del sur como teatro de su coronación. Adopta un título absolutamente inhabitual, definiéndose como «Primer profeta de Ra-Horajti, que se regocija en la región de luz en su nombre de Chu que es Atón». Ra-Horajti contribuye a la creación permanente de la vida: Chu es la luz solar vivificante; Atón aparece por primera vez como un concepto sintético que engloba todas estas nociones.

Atón, divinidad luminosa, vibra y se regocija en la «región de luz», es decir, el universo entero, en el que se inscribe Egipto. El nombre de esta potencia creadora aparece grabado en un doble cartucho, con objeto de manifestar su realeza celeste y terrestre, su reinado efectivo sobre levante y poniente, sobre la aparición de la vida y su desaparición momentánea en las tinieblas.

Amenofis IV hace construir importantes monumentos en Karnak para honrar a esta divinidad solar, en cuyo gran sacerdote se convierte. Es el primer acto de su reinado, el único del que ha quedado constancia. Según los textos, dichos edificios serán duraderos como el cielo y semejantes al disco solar.

De acuerdo con una inscripción descubierta en las canteras del Gebel Silsileh, el rey ordenó llevar a cabo el trabajo de sur a norte y emplear numerosos obreros para edificar en Karnak el gran benben de Ra-Horajti, en su nombre de «Brillantez que está en el disco».

El benben era la piedra celeste, la primera eminencia de la creación, que constituía el centro del gran templo solar de Heliópolis, lo que significa que Amenofis IV, al construir en Karnak, toma como modelo ese santuario de las primeras edades. ¿Su primera obra arquitectónica fue fiel a Heliópolis hasta el punto de construir un obelisco sobre una base, símbolo del benben? Lo ignoramos, ya que los edificios «atonianos» de Karnak fueron destruidos y sólo subsisten en forma de pequeños bloques recortados e incluidos en el interior de los pilonos. A través de este obelisco, o del piramidión, Egipto celebraba el nacimiento de la luz, la permanencia de un rayo petrificado, manteniendo la presencia divina en la tierra.

Amenofis IV no combate al dios Amón. No entabla ninguna lucha religiosa contra los sacerdotes de Amón. Se limita a convertir Karnak en el templo de Atón.

El acto es «revolucionario» en la medida en que parece cambiar al «propietario» divino de un templo. En realidad, no se expulsa a Amón de su morada. Continúa siendo su dueño, aunque una nueva forma divina ocupe, al comienzo del reinado de Amenofis IV, el primer plano de la escena religiosa.

Los santuarios atonianos se levantan al este de Karnak, allí donde sale el sol. Conocemos sus nombres. Hay cuatro templos, cada uno de los cuales lleva un nombre específico: «El disco solar

ha sido encontra*do» (gem-pa-Aton);* «La morada de la piedra primordial *(hut-ben-ben)* que está en "el disco solar ha sido encontrado", nombre determinado por un obelisco; «Robustos son los monumentos del disco solar para siem*pre» (rud-menu-n-Aton-r-neheh),* donde existen escenas que muestran al rey y su corte dirigiéndose hacia las mesas de ofrendas, cubiertas de pan, vino y aves, mientras que los sirvientes aclaman al rey y al disco solar; por último, el santuario llamado «Exaltados son los monumentos del disco solar para siempre» *(teni-menu-n-Aton-r-neheh),* donde se veían muchas escenas de la vida cotidiana en palacio. Redford, utilizando un texto que, desdichadamente, no está completo, calcula que había alrededor de seis mil ochocientas personas empleadas en los cuatro templos. Como se ve, no se trataba de implantar una modesta capilla en honor del dios Atón, sino de organizar un nuevo culto en el interior de la inmensa Karnak.

En esos nuevos templos, aparece representado por primera vez el disco solar cuyos rayos terminan en manos. Además, el nombre del dios Atón está situado en un cartucho, es decir, el óvalo que, en las inscripciones jeroglíficos, rodea al nombre de los faraones.

Se considera, por consiguiente, a Atón como un rey-dios, identificándole con el propio faraón. Señor del cielo y de la tierra, Atón tiene como símbolo un disco solar, en torno al cual se enrosca una serpiente. Del cuello del reptil cuelga la famosa «llave de vida». En Egipto, la serpiente no evoca el mal, sino que está vinculada a la idea de las incesantes metamorfosis de la vida.

Los talatates, los pequeños bloques que formaban esos monumentos, nos han permitido conocer las escenas escogidas por Akenatón para ilustrar su reinado. Se ve especialmente al rey paseándose en carro, portador de la corona azul. El acto es ritual, como explica el texto: *Aparición en gloria sobre su carro por Su Majestad, semejante al disco solar en medio del cielo, iluminando*

las Dos Tierras. Los caballos son magníficos, con penachos de plumas. Llevan un nombre sagrado: « [Tiro] creado por Atón».

En un talatate del segundo piloto, el faraón ofrece plantas al dios solar con cabeza de halcón. El estilo resulta un poco sorprendente, comparado con la estética tradicional. El dios y el rey tienen la misma configuración corporal, con el vientre hinchado.

Pero hay algo más sorprendente todavía, las estatuas colosales del faraón, de cinco metros de alto, que muestran una asombrosa deformación del rostro y de ciertas partes del cuerpo. Las facciones han sido alargadas y agrandadas. Tienen los ojos rasgados, las orejas enormes y con los lóbulos agujereados, la nariz muy larga, la barbilla y los labios gruesos. Esos colosos estaban adosados a los pilares de uno de los templos de Atón, en Karnak. Amenofis IV, que lleva en las muñecas y los bíceps brazaletes adornados con cartuchos conteniendo los nombres de la divinidad, sostiene en la mano derecha el *flagellum* y, en la izquierda, el cetro *heka.* Y aunque esos atributos, lo mismo que la doble corona, son absolutamente tradicionales, el cuerpo del rey presenta particularidades insólitas: senos, caderas y pelvis femeninos. Algunas de esas estatuas muestran al soberano desnudo y sin sexo.

Como Osiris, Amenofis IV, que está en la postura del rey muerto y divinizado, ha perdido su sexo, que debe ser recuperado por Isis, encarnada en la reina. Nefertiti actúa teológicamente a semejanza de Isis a fin de recrear el poder genésico del rey. A eso se debe el que la divinidad sólo pueda encarnarse, en su totalidad, en una pareja.[8] ¿Acaso el rey asexuado no es el símbolo perfecto de esta unicidad divina? A la vez hombre y mujer, representa el principio único antes de la separación de los sexos.

Según Yoyotte, los extraños colosos son la expresión de un simbolismo extremo, que muestra al rey a semejanza de Atón, es decir, como «padre y madre» de la creación. No es al individuo Amenofis IV al que exponen a la mirada, sino a un rey-dios.

Creer que los colosos son retratos fieles del monarca sería, en mi opinión, un error. El rey ha pedido a los escultores que creen una estética particular, correspondiente a la nueva formulación de Atón, que ha convertido en el corazón de su reinado.

Existen probablemente dos retratos de Amenofis IV, uno conservado en el Louvre y procedente del taller del escultor Tutmosis, en Al-Amarna; el otro conservado en el Museo de El Cairo. El primero, de sesenta y cuatro centímetros de altura, forma parte de un grupo construido en esteatita, mostrando el rostro magnífico de un rey plenamente sereno. El segundo, esculpido en roca calcárea, representa al monarca tocado con la corona azul. La representación, admirable, es de un clasicismo perfecto. La expresión de recogimiento se refleja con una intensidad poco común. A esas dos obras se les puede añadir sin duda una máscara de yeso, procedente igualmente del taller de Tutmosis.

A excepción de los labios, muy gruesos, ambos retratos no tienen nada en común con los rostros deformados de los colosos de Karnak. Estos últimos tenían por objeto dar cuenta de una nueva formulación teológica. Puesto que Atón recibía por primera vez el homenaje de un culto real, debía también disfrutar de formas artísticas inéditas.

La postura del rey es coherente: un nuevo dios instalado en Karnak, templos nuevos para acogerle, nuevas representaciones esculpidas para dar cuenta de una nueva teología. El conjunto hallaba su modelo en las muy antiguas tradiciones de Heliópolis, al tiempo que las reformulaba.

Así se dieron los primeros pasos de la «aventura atoniana»

7

EL AÑO 4 Y EL AÑO 5: LA FIESTA DE REGENERACIÓN DEL REY Y EL REINADO DE NEFERTITI

En el año 4 del reinado, el rey Amenofis IV encarga a Mai, el gran sacerdote de Amón, que dirija una expedición a las canteras del Uadi Hammamat para extraer de ellas un bloque en el que se esculpirá una estatua real, sin duda una de las representaciones del monarca destinadas a enseñar la teología de Atón.

El culto de Atón está ya muy desarrollado en este cuarto año de reinado: templos nuevos, miles de personas a su servicio, altares copiosamente cubiertos de ofrendas de alimentos. Las ciudades de Egipto reconocen la supremacía de Atón y le envían metales preciosos, ropas, telas, aceites, vino, carnes, etc. Los templos pagan una especie de impuesto sagrado para que el culto del dios puesto en el pináculo por el faraón quede correctamente asegurado en el interior del recinto sagrado de Karnak. Estas aportaciones en materiales diversos y en alimentos están lejos de ser despreciables. Por consiguiente, todas las divinidades rinden oficialmente homenaje a Atón.

El proceso se ajusta totalmente a la tradición y no se observa en parte alguna la menor huella de rebeldía. El clero de Amón, como todos los demás, cumple sus deberes habituales. El poder real se ejerce plenamente. Sin embargo, hay una innovación importante: Atón, que tiene su liturgia propia en Karnak, no se

encarna en una estatua que tenga forma particular, a diferencia de otras divinidades, como Anubis, Hator o Ptah. No obstante, si se considera que las estatuas colosales del rey son la representación simbólica de Atón, conviene matizar esta observación.

Se ha insistido mucho en que Amenofis IV decidió suprimir toda imagen de Atón. El dato es inexacto. En primer lugar, hay esos colosos; en segundo lugar, los dos «cartuchos» que rodean el nombre de la divinidad; por último, el sol rodeado de rayos que ilumina a la familia real y le infunde permanentemente la energía creadora que necesita. Como las demás divinidades, cuyo culto continúa celebrándose en todo Egipto, Atón recibe un soporte simbólico, a través del cual se da forma y se transmite su naturaleza secreta.

La presencia de los dos cartuchos es muy significativa. Atón pasa a ser el rey de los dioses, el soberano sin par, que expresa su realeza por intermedio del faraón; con lo cual nos vemos de nuevo sumergidos en la teología solar del Antiguo Imperio, cuando el monarca es el único intermediario entre el principio divino y su pueblo.

En el año 4, Amenofis IV toma una decisión sorprendente: celebrar su primera fiesta del *sed,* dicho de otro modo, el ritual mágico de regeneración de la potencia real.

Amenofis IV es un hombre joven y no ha reinado más que cuatro años. ¿Padece ya una fatiga física o psíquica que le fuerza a celebrar este ritual excepcional? Resulta difícil creerlo. Me inclino más bien a pensar que el faraón, que ha concebido ya las próximas etapas de su reforma religiosa, necesita un «suplemento» de poder mágico, un incremento de su dinamismo creador. La obra que se ha prometido cumplir exige esta «Carga» metafísica, que la totalidad de los dioses y las diosas ofrecen al alma del rey.

El panteón, en su conjunto, es invitado a dirigirse a Tebas. Cada divinidad ocupa una capilla, a la que conduce una escalera. El rey sube los escalones y rinde homenaje a cada uno de sus

invitados sobrenaturales, los cuales, a cambio, le otorgan la potencia vital de la que son depositarios.

Conocemos el lugar donde se desarrolló esta fiesta de regeneración. Se trata del templo «Atón ha sido encontrado», erigido al este de Karnak. El edificio, que tenía la forma de un rectángulo de 130 por 200 metros aproximadamente, estaba orientado hacia el este: En un patio descubierto, rodeado por una columnata, se enfrentaban los colosos reales, portando, alternativamente, la doble corona tradicional y las dos altas plumas de Chu, símbolo del aire luminoso que permite a la vida circular por el universo. Esas estatuas, como hemos visto, representaban probablemente al rey andrógino, encarnando el aspecto padre-madre de Atón.

Como el resto de los edificios atonianos de Karnak, este templo fue reducido a pequeños bloques, empleados después para construir los pilonos de Karnak. Ahora bien, muchos de ellos muestran escenas de la fiesta del *sed.* Por lo tanto, se puede admitir que la regeneración del rey y el aumento de su poder fecundador se realizaron en este lugar, situado bajo la soberanía de Atón, definido como el dios viviente, el gran dios, aquel a quien pertenece la fiesta del *sed,* el señor del cielo y de la tierra.

Dicha fiesta es una confirmación teológica de la coronación. Afirma la omnipotencia del faraón. El poder de todas las divinidades se concentra en su persona simbólica.

Además, el ritual subraya la realidad sagrada y la importancia de la pareja real. Los talatates encontrados en el noveno pilono demuestran que Nefertiti y Akenatón representaron los papeles centrales en esta fiesta, cuyos orígenes se remontan a la primera Dinastía. Akenatón encarnó a Ra, Nefertiti a Hator. En el momento de la unión de Ra y Hator, el sol divino vive una comunión celeste con la diosa del universo, encargada de revelar y embellecer la creación.

En las paredes de este templo de Atón, había varias representaciones del rey y la reina intercambiando muestras de afecto. Así se ponía de relieve la idea del matrimonio, del amor inalterable que unía al rey y la reina. En efecto, la vida divina se transmite a la humanidad entera a través de la pareja real.

Aunque la simbología no es nueva, su figuración traduce la inclinación de los soberanos hacia expresiones más realistas que en el pasado. Por ejemplo, en uno de los bloques se ve el lecho conyugal recibiendo los rayos del sol divino. A un lado, Amenofis IV y Nefertiti abrazados. El acto carnal, evocado con la nobleza habitual en el arte egipcio, reviste aquí un carácter sagrado, puesto que va a ser realizado por la pareja real, elevada a la altura de una entidad divina. Por lo demás, es el lecho vacío lo que aparece iluminado, no el aspecto humano.

Gracias a la fiesta del *sed,* la pareja reinante adquiere una nueva potencia. «Equipada» con la magia divina, en el máximo de su eficacia, está preparada para desarrollar su acción.

¿Nefertiti, reina faraón?

Acabarnos de ver aparecer a Nefertiti durante el acontecimiento capital que marcó el cuarto año del reinado. No se trata en modo alguno de una casualidad. A los ojos de muchos, la aventura amarniana se expresa sobre todo a través de la admirable sonrisa de Nefertiti, universalmente conocida por sus bustos, conservados en Berlín y El Cairo y cuyos ojos contemplan para siempre la eternidad. El rey no llevó a cabo nada esencial prescindiendo de la presencia de su esposa. En estos últimos años, la investigación egiptológica ha puesto de manifiesto el papel decisivo de una reina que, a pesar de su celebridad, permanecía todavía en la sombra.

Nefertiti fue mucho más que una esposa y que una madre. Numerosos indicios dejan suponer que la reina fue, después de su marido, la principal «cabeza pensadora» de la reforma religiosa y que participó de la manera más activa en el establecimiento del culto de Atón.

Como Hatshepsut y Tiyi, Nefertiti pertenece a la estirpe de reinas excepcionales que imprimieron una huella profunda en su época. Influyendo sobre el curso de los acontecimientos, participando de manera constante en el ejercicio del poder, desempeñaron su «oficio» de reinas con una energía sorprendente.

El compromiso religioso de Nefertiti no deja lugar a dudas. No permanece indiferente a la reforma decidida por su esposo. Incluso es posible que fuese su instigadora. Hasta su muerte, se la verá presente, al lado del rey, en todas las ceremonias oficiales en honor de Atón. Gran sacerdotisa del culto, cumplió cotidianamente con sus deberes religiosos.

Los textos y numerosas escenas figuradas subrayan la comunión espiritual que unía al rey y la reina. ¿Simple fraseología cortesana o testimonio de un amor profundo? La ritualización no excluye lo cotidiano. El matrimonio de Nefertiti y el príncipe Amenofis se decidió sin duda en el nivel más alto del Estado. Por lo demás, parece tan poco convencional como el de Amenofis III y Tiyi, puesto que el futuro rey hubiera debido unirse a Sit-Amón, la princesa heredera. ¿Hay que pensar en un matrimonio de amor desde el principio? No lo sabemos. Lo que sí es cierto es que nació entre los dos seres un sentimiento profundo. Los artesanos de Al-Amama expresan magníficamente la felicidad de la pareja real, que basaba su alegría de vivir en un ideal sagrado. Su amor resulta indisociable del culto del sol divino y del conocimiento de su irradiación.

Pero ¿quién era esta Nefertiti, destinada a convertirse en la soberana del reino de Egipto? Su nombre, que significa «La bella

ha venido», ha hecho creer durante mucho tiempo en su origen extranjero.

Se pensó llegar a la verdad sacando las conclusiones de un acontecimiento diplomático. Amenofis III, al ver que aumentaba el poderío hitita y presintiendo que Egipto se vería muy pronto amenazado, quiso estrechar sus alianzas tradicionales. Envió, pues, un embajador al rey de Mitanni, Dusratta, para pedir la mano de su hija. Este tipo de matrimonio diplomático, muy común en el antiguo Oriente, sellaba un pacto entre los dos países así relacionados. Mantener un buen entendimiento con Mitanni se había hecho esencial.

Dusratta respondió favorablemente a la solicitud del faraón y le envió a la princesa Taduhepa, que llegó sin problemas a la corte del señor de las Dos Tierras.

A partir de ahí, las fuentes permanecen mudas. La princesa extranjera desaparece. Ciertos egiptólogos pensaron que había cambiado de nombre, que se había convertido en Nefertiti y que, en vez de casarse con Amenofis III, se unió a su hijo Amenofis IV. Según tales autores, el mismo nombre de Nefertiti, que hace alusión a la venida a Egipto de una princesa extranjera, constituye una especie de prueba.

Por otra parte, el fanatismo religioso de Nefertiti, que se apegó obstinadamente al culto de Atón, se explicaría mejor si se admitiese que la reina de Egipto era de origen asiático. En efecto, si se admite también la procedencia asiática del dios Atón, se comprenderá que Nefertiti predicase en favor de su propia parroquia.

Pero en mi opinión, toda esta edificación no es más que un castillo de naipes, y la identificación de Nefertiti con la asiática Taduhepa no tiene nada de probable.

Pensemos primero en el nombre de Nefertiti. Cierto que su significación, «La bella ha venido», parece explicarlo todo, pero se trata sin la menor duda de una coincidencia. El argumento es

mucho menos convincente de lo que parece, puesto que se trata de un tipo de patronímico muy egipcio. Por regla general, las princesas que se establecían en Egipto -y el caso fue frecuente- conservaron su nombre de origen o tomaron un nombre «egiptizado», que traiciona su procedencia extranjera. No ocurre así con Nefertiti. Se trata de un nombre egipcio bastante clásico, y la prueba de la identificación Taduhepa-Nefertiti demuestra más bien lo contrario. Según los análisis más completos, «La bella ha venido» fue, pues, una egipcia de pura cepa.

En cuanto al argumento del «fanatismo», carece de toda seriedad. Se basa en un postulado inexacto, es decir, el origen asiático del dios Atón, que pertenece en realidad a la tradición religiosa egipcia y que no fue importado. En el estado actual de la documentación, ninguna indicación permite suponer que Nefertiti fuera la joven princesa de Mitanni enviada a la corte de Amenofis III. Qué fue de esta última, lo ignoramos. O bien falleció, o tomó efectivamente un nombre egipcio que, hasta el momento, nos ha impedido identificarla. Pero aún nos falta por descubrir a la familia de Nefertiti, la egipcia.

Se nos ofrecen varias hipótesis. Según la primera, Nefertiti sería simplemente hija del faraón Amenofis III y de la reina Tiyi, o bien del faraón y de una de sus esposas secundarias. Amenofis IV y Nefertiti serían en este caso hermanos.

Un obstáculo importante nos impide retener esta suposición. Nefertiti no ostenta jamás el título de «hija del faraón» que, de ser cierta, le hubiera correspondido.

Otra hipótesis, más verosímil, hace de Nefertiti la hija de un gran personaje de la corte. ¿Es posible identificar a ese alto dignatario, el padre de «La bella ha venido»? Un personaje de primer plano retiene enseguida nuestra atención, el «Padre Divino» Ay. Íntimo de Amenofis III, formó parte igualmente del entorno de Akenatón y representó un papel destacado antes, durante y después de la revolución amarniana. Hermoso ejemplo de

serenidad en la tormenta, Ay era teniente general del cuerpo de carros y escriba del rey. Su extraño título de «Padre Divino», o «Padre de Dios», además de su sentido simbólico, indica probablemente su calidad de suegro del faraón.

Queda un detalle perturbador. Nunca se designa claramente a la esposa de Ay -llamada Tuiu- como la madre de Nefertiti. En realidad, todo nos inclina a deducir que fue tan sólo su nodriza.

Para resolver esta nueva dificultad, habría que suponer que la madre de Nefertiti, primera esposa de Ay, murió poco después del nacimiento de la niña. Tuiu se encargó entonces de la educación de la chiquilla, aunque los textos se ocupan de precisar que no era su madre.

Aunque esta hipótesis nos parece más convincente, debido sobre todo a la gran personalidad de Ay, que fue uno de los personajes claves de la época, reconozcamos que faltan las pruebas definitivas.

Hay que señalar también que el nombre de Nefertiti tiene una significación teológica precisa. «La bella» no es otra que la diosa Hator, «que ha venido» de las comarcas lejanas a las que había huido. Para que el amor y la armonía reinen de nuevo en Egipto, el faraón debe realizar los ritos que harán regresar a la diosa lejana. Como subraya justamente Claude Traunecker, «La bella ha venido» es «un nombre teológico atribuido a la esposa real en el momento de la fiesta tebana del *sed*» a la que hicimos alusión, es decir, durante el acto esencial de la regeneración mágica del principio real.

El azar de la conservación de los monumentos nos ha permitido salvaguardar los retratos de Nefertiti. El egiptólogo francés Pierre Montet, hablando del descubrimiento de uno de los famosos bustos de la reina, evoca dicho azar en estos términos: «Cuando se cerraron provisionalmente las excavaciones de Tell al-Amarna a principios del verano de 1914, los restos descubiertos y el inventario fueron mostrados a un representante del Servicio de

Antigüedades, que se esforzó por distribuirlos en dos partes equivalentes. En el lote alemán, figuraba un bloque enyesado de muy escaso interés, que, al llegar a Berlín, se transformó por milagro en una cabeza de reina tocada con un alto birrete.[9] En un estado perfecto de conservación, era la obra más atractiva -no digo la más bella- que salió jamás del suelo egipcio. Se trataba de Nefertiti la esposa de Akenatón... »

Todo el mundo conoce ese rostro admirable, cuya finura se alía con la serenidad. Gracias a él, la vida de una gran reina de Egipto ha conquistado realmente la eternidad. Lo que nos parece una obra maestra no es, de hecho, más que un modelo de escultor, un trabajo inacabado. No se incrustó más que un ojo. Este tipo de trabajo servía al maestro escultor para perfilar el esbozo, antes de ejecutar la obra definitiva.

La cabeza conservada en el Museo de El Cairo, no menos bella, fue descubierta por el inglés Pendlebury durante la campaña de excavaciones de 1932-1933 en Al-Amarna. Ninguna inscripción permite identificar formalmente a la reina. No obstante, la comparación con otras obras autoriza una atribución probable. La cabeza, de perfil admirable y ojos no incrustados, debía de estar situada sobre una estatua. La expresión es meditativa. Más allá incluso de una belleza que las palabras no alcanzan a describir, transmite una experiencia espiritual de una intensidad absoluta. No cabe duda de que se reproducen fielmente los rasgos de la adoradora de Atón, que vive en el corazón de la luz celeste.

Cuello largo, nariz recta y fina, labios delicados, barbilla puntiaguda... Nefertiti, «La bella», era, en efecto, una mujer muy hermosa. Por lo demás, esos retratos no muestran ninguna de las famosas «deformaciones» amarnianas con que aparece a veces en ciertas representaciones.

En un relieve de la muy oficial tumba amarniana del «Padre Divino» Ay, se ve al rey, a la reina y a tres de sus hijas durante una entrega de collares de oro. El faraón tiene la barbilla

exageradamente pronunciada, mientras que la figura de Nefertiti se mantiene dentro de las normas «clásicas», con un rostro de una pureza perfecta. Existían, pues, distintos cánones estéticos durante el reinado y sería inexacto retener exclusivamente el más espectacular y el más inhabitual.

En los relieves de Karnak, Nefertiti lleva con frecuencia lo que se ha convenido en llamar la «peluca nubia puntiaguda», formada a veces hasta por cinco capas de trenzas o de rodetes. [10] En la frente, un doble uraeus, que traduce su soberanía sobre las «Dos Tierras». *La de las manos puras* -se lee en un arquitrabe del templo «Atón ha sido encontrado», descubierto en el noveno pilono de Karnak-, *la gran esposa del rey, que la ama, Señora del Doble País, Nefertiti -que su vida sea preservada-, Amada del grande y viviente disco solar que está en fiesta, ella que reside en el templo del disco solar, en la Heliópolis del sur* Nefertiti celebraba un culto en este edificio, en el que Atón había elegido residencia.

Pero hay más aún. El estudio de los talatates ha permitido reconstruir una verdadera «columnata de Nefertiti» y unas puertas monumentales, en que se ve a la reina rendir homenaje al sol divino, representado bajo la forma de un disco del que brotan rayos terminados en manos. Una de ellas sostiene la llave de vida y la presenta ante la cara de la reina, a la que se ve igualmente sosteniendo dos sistros sobre una mesa de ofrendas.

Es Nefertiti, exclusivamente Nefertiti, la que cumple estos actos esenciales, elevando la ofrenda hacia el sol divino. Su esposo, el rey Amenofis IV, está ausente. Ella ostenta el título de *nefer-neferu-Aton,* «Perfecta es la perfección de Atón», como si encarnase en su persona simbólica la última realidad del dios.

Tomando el conjunto de los talatates conocidos, Nefertiti aparece aproximadamente el doble de veces que Amenofis IV. Un bloque procedente de las excavaciones de Hermópolis y conservado en el Museum of Fine Arts de Boston revela un detalle extraordinario. En dicho bloque figura una barca estatal

perteneciente a Nefertiti, esto es, una de las grandes embarcaciones utilizadas en los ritos reales. La reina aparece coronada y se la ve golpeando con la maza a un adversario, al que aferra por los cabellos antes de abatirle. Escena muy clásica en el arte egipcio, de ordinario se halla estrictamente reservada al rey, y no se ve nunca a la reina en tal actitud, específicamente guerrera.

Por consiguiente, en este episodio ritual, se considera a Nefertiti como un faraón varón. Más profundamente, se la identifica con el rey, a la vez masculino y femenino, que, al abatir al «enemigo», somete las fuerzas caóticas y oscuras, a fin de que Egipto permanezca en la luz de Dios. Por lo demás, la maza simbólica blandida por el faraón se llama a veces «la iluminadora», e intenta menos destruir que purificar.

El mismo acto ritual se encuentra igualmente representado en un bloque de Karnak, en el que Nefertiti golpea con una maza a «prisioneras» arrodilladas ante ella. La interpretación de una «faraona guerrera» es claramente insuficiente. Se trata en realidad de hacer triunfar la luz sobre las tinieblas, liberando energías positivas.

J.H. Harris ha propuesto interpretar las estatuas colosales de Karnak desprovistas de sexo como una representación de Nefertiti, apoyándose para ello en su asombroso estatuto real en Kayak.[11] Según Harris, el rey y la reina simbolizan la pareja primordial, origen de toda creación, encarnando el primero al dios Chu y la segunda a la diosa Tefnut.

Se ha puesto en duda la existencia de una estatua colosal de Nefertiti, aunque la hipótesis no tiene nada de inverosímil si se admite que se la consideraba como un rey-dios. Pero ya sea Amenofis IV o Nefertiti, ese tipo de estatua gigante y asexuada es, como hemos visto, una traducción visual de la teología de Atón, que insiste sobre el carácter primordial del dios, a la vez padre y madre de todos los seres.

Se construyó en Karnak una avenida de esfinges, algunas de las cuales tenían la cara de Amenofis IV, mientras que otras tenían la cara de Nefertiti. Esto confirma la importancia de la pareja, puesto que el rey y la reina eran complementarios e indisociables en el ejercicio del poder sagrado del que fueron investidos por Atón.

A la luz de estos indicios precisos, ¿hay que deducir que Nefertiti no fue una reina ordinaria y que se comportaba como un auténtico faraón, en posesión de las prerrogativas tradicionales de un rey en ejercicio? Nefertiti conduce un carro, recibe directamente los rayos del sol, maneja el cetro del «poder», de la autoridad suprema, consagra las ofrendas... Pudiendo ser calificada de «divina», Nefertiti se presenta sola ante el altar de Atón. Tiene una relación teológica directa con el dios, sin necesidad de la presencia de su marido. En los «pilares de Nefertiti», la reina, que toca el sistro, es «aquella que encontró a Atón». En otras palabras, el equivalente exacto de Akenatón.

Algunos egiptólogos no vacilan ya en considerar a Nefertiti como una verdadera reina faraón, a la manera de una Hatshepsut. Pero aunque la hipótesis se apoya en datos indiscutibles, no hay que olvidar que Nefertiti no reina sola. Amenofis IV se encuentra a su lado. Sin embargo, está claro que, en el interior de la pareja, la reina llena una función esencial, de una amplitud considerable. Nefertiti forma parte del ser del faraón. Más todavía, puede hacerlo manifiesto mediante la práctica del ritual.

8

EL AÑO 4: LA ELECCIÓN DEL EMPLAZAMIENTO DE LA NUEVA CAPITAL

Este cuarto año del reinado es pródigo en acontecimientos. Durante uno de sus viajes, Amenofis IV se detiene en un lugar desértico del Medio Egipto, la actual Al-Amarna. No hay por qué imaginar que se sintiese cautivado súbitamente por el panorama. Dado que conocía perfectamente su país, ya fuese gracias a sus desplazamientos anteriores o gracias al estudio del catastro, el rey había hecho sin duda su elección algún tiempo atrás.

Karnak se estaba volviendo muy estrecho para Atón. El sol divino se veía obligado a cohabitar con Amón y otras divinidades. Cuando una potencia divina accedía al estatuto de dios del Imperio, había que atribuirle un emplazamiento nuevo, adaptado a su nueva función. Tal era el caso de Atón. Tras haberle construido templos en Karnak, el rey juzgó oportuno ofrecerle un lugar virgen de toda influencia, que le estuviese consagrado enteramente.

Dicho lugar no ha sido designado al azar. La futura ciudad santa de Atón se alzará poco más o menos a medio camino entre Tebas y Menfis. Supondrá un polo de equilibrio entre la capital del sur, encarnación del esplendor del Imperio Nuevo, y la del norte, símbolo de la gloria del antiguo Imperio. La nueva capital de Egipto será un tercer término, una revelación, que superará a las anteriores, englobándolas.

En la orilla este, frente a la ciudad de Atón, se alzaba Hermópolis, la vieja ciudad santa del dios Thot, el señor de los jeroglíficos, o palabras de Dios. Patrono de los escribas, guardián del conocimiento, Thot es también un dios-luna, visir y escriba del sol. Situadas cada una a un lado del río, las ciudades del sol y de la luna reconstruirán la unidad del cosmos, cuya luz se expresa a través de las dos luminarias. Para los egipcios, la luna no era otra cosa que el «sol de la noche».

Sol y luna son también los dos ojos del Creador, cuya mirada vuelve a crear el mundo cada mañana. La elección del faraón se basa en motivos metafísicos y simbólicos.

En el año 4, Amenofis IV hace su primera visita oficial al lugar en que será construida la futura capital. Anuncia que se excavarán allí tumbas para la familia real, y también para el toro sagrado de Heliópolis y los sacerdotes del dios Atón. Mediante esta declaración, el rey vincula de manera directa su reforma a los más antiguos cultos egipcios. A partir de ahora, la veneración de un dios solar constituirá el primer valor religioso del reino.

Lo cual equivale a decir que, al crear una nueva capital, Amenofis IV no lleva a cabo un acto revolucionario brutal e inesperado. Medita su elección, la anuncia, hace probablemente varios viajes al lugar y comienza a organizar los grandes trabajos. No imaginemos ni por un instante a un faraón místico, solo frente a funcionarios hostiles y un pueblo receloso. En primer lugar, la construcción de la ciudad hubiera sido imposible; por otra parte, una situación semejante hubiera sido impensable en el Egipto antiguo.

Amenofis IV es el rey. Los grandes cuerpos del Estado le obedecen. Que un rey construya una nueva capital no tiene nada de extraordinario. El acontecimiento se ha producido ya varias veces en el pasado.

La creación de la ciudad de Atón, que se convierte en la cuestión más importante del reinado, exige una modificación de la

política económica. Es posible que Amenofis IV pusiese fin a los trabajos permanentes de restauración de los edificios de Karnak. Arquitectos, escultores, grabadores, dibujantes tendrán que consagrar en adelante sus esfuerzos al nacimiento de una ciudad entera. Lo mismo sucederá con los equipos de obreros especializados.

Una buena parte de las rentas consagradas a Tebas pasará a la nueva capital. La corte, los servicios administrativos, los altos funcionarios, los órganos vitales del reino han de acostumbrarse a la idea de cambiar de residencia.

Los documentos nos informan de que el rey, durante su primera estancia en Al-Amarna, residió bajo una gran tienda. Sin duda quiso vigilar personalmente el comienzo de los grandes trabajos y la actividad de los constructores.

Durante todo el quinto año del reinado, se despliega una intensa animación. Aketatón, «la región de luz de Atón», empieza a nacer. Piedra tras piedra, se alzan los templos, los palacios y las casas.

El rey no deja de ir y venir entre Tebas y Aketatón. El Nilo es una vía de comunicación muy cómoda, que permite desplazarse rápidamente. En Tebas, los consejos suceden sin duda a los consejos. En unos meses, el rey informa a los distintos cuerpos de Estado de sus decisiones. Las transferencias económicas, en el marco extremadamente rígido de la administración egipcia, exigen un esfuerzo considerable.

Probablemente es uno de los motivos por los que Amenofis IV, en este quinto año de su reinado, quiere ser calificado de «Aquel que vive de Maat». El rey insistirá con frecuencia en su vinculación con esta divinidad. Cuando se alimenta, cuando piensa, cuando enseña, el faraón «vive de Maat». En la célebre y magnífica tumba de Ramosis, visir de Tebas, que partirá hacia Al-Amarna al lado del rey, aparece representado Amenofis IV sentado bajo un

dosel. Detrás de él, se encuentra la diosa Maat, que le magnetiza y le concede millones de años.

Maat es la soberana de la cofradía de las divinidades. La protección de Maat equivale a la protección de todas ellas. Es hija de Ra, de la luz divina, cuya esencia inmortal transmite. Es también la regla inmutable del universo, el ideal de los sabios, la verdad y la rectitud que ningún error podrá mancillar jamás.

Como todo faraón, Amenofis IV tiene la obligación de respetar Maat en su acción y de hacerla vivir. En caso contrario, la civilización se vería en peligro. Cuando Maat no reina sobre Egipto, el país está condenado a la decadencia y a la desgracia. Maat es el orden eterno.

El epíteto «que vive de Maat» estaba reservado normalmente a los dioses. ¿Akenatón demuestra al adoptarlo una tendencia a la desmesura? Nada menos evidente, puesto que, al afirmar su estatura de rey-dios, se refiere, una vez más, a la tradición del antiguo Imperio, a fin de hacer resaltar mejor el ser intemporal del faraón.

Si Amenofis IV insiste tanto en su lazo privilegiado con Maat, se debe quizá a la amplitud de la reforma que emprende. Quiere manifestar de la manera más clara que dicha reforma se inscribe en el orden de las cosas, en la Regla eterna, y que no procede del desorden.

Se trata de un punto esencial a los ojos de un egipcio. Si el faraón pretende escapar a Maat, si genera el desorden, está abocado a un fracaso seguro. La construcción de la ciudad de] sol tiene que colocarse bajo la protección de Maat, como tiene que colocarse el rey.

Todo está, por lo tanto, preparado para el nuevo acontecimiento. El rey se halla dispuesto a realizar el acto decisivo que le introducirá de manera irreversible en la vía que ha decidido seguir.

El día decimonoveno del tercer mes de la estación *peret, el* nombre de Amenofis IV aparecerá por última vez sobre un monumento.

9

EL AÑO 6:
EL ADVENIMIENTO DE AKENATÓN
Y LA CREACIÓN DE LA CIUDAD DEL SOL

Hasta el sexto año de su reinado, el sucesor de Amenofis III se llama Amenofis IV[12], transcripción griega del nombre egipcio «Amónhotep», es decir «Amón está satisfecho» o, más exactamente, «El principio oculto está en plenitud». A través de este nombre, la estirpe de los Amenofis rendía un homenaje directo al dios del Imperio y al señor de Karnak.

En el año 6, Amenofis IV toma una decisión que se ha calificado de revolucionaria: cambia de nombre. Abandona el de Amenofis para convertirse en Akenatón.

No se trata de un nuevo reinado, sino de un ser nuevo que nace de manera mágica. Akenatón y Amenofis IV son el mismo faraón, puesto que los años del reinado continúan siendo enumerados sin volver al año 1. Akenatón no suprime a Amenofis IV. Deja que subsistan representaciones de sí mismo en que aparece portando su antiguo nombre. Lo que quiere, en realidad, es adoptar un nombre de reinado que concuerde con su reforma religiosa. Al nuevo nombre del rey corresponde un nuevo eje de gobierno sagrado.

Para un antiguo egipcio, el nombre es una parte inmortal del ser. Sigue viviendo tras la desaparición física de quien lo lleva. Contiene una energía espiritual que debe ser preservada, de modo

que, al recorrer los «bellos caminos del otro mundo», el resucitado conserve su identidad.

Una de las penas más graves que se podían imponer en un proceso consistía en el cambio de nombre para el individuo reconocido como culpable o, peor aún, en la supresión del nombre que había tenido hasta entonces, una pena equivalente a una especie de aniquilación.

Al convertirse en Akenatón, el rey proclama su adhesión al dios Atón e ' indica que será el señor de su reinado. Sin embargo, el faraón no renuncia a los títulos tradicionales de los soberanos de Egipto, que comprenden cinco nombres simbólicos. Conocemos esta situación completa de Akenatón por los textos de las estelas fronterizas.

Horus viviente: toro amado de Atón...

Las dos soberanas:[13] *grande de realeza en Akenatón.*

Horus de oro, aquel que exalta el nombre de Atón.

El rey del Alto y del Bajo Egipto: el que vive de Maat, el dueño de las Dos Tierras, Neferkeperuré, el único de Ra.

El hijo de Ra: el que vive de Maat, el dueño de las coronas, Akenatón de gran duración de vida, a quien se le da la vida eternamente.

Se observará que están presentes dos divinidades, además de Atón: Horus, el dios con cabeza de halcón, encarnación simbólica de la realeza desde la primera dinastía, y Ra, del que Akenatón se proclama «el único», dicho de otro modo, el solo ser capaz de transmitir la luz divina, gracias a su función de faraón.

El primer nombre que había anunciado la reforma religiosa unía precisamente al dios halcón, Horajti, con Ra: *Que viva Ra-Horajti que se regocija en la región de 1uz en su nombre de Luz que pertenece a Atón.* Otros dos apelativos completan la personalidad simbólica del rey: *Que viva Ra, aquel que pertenece a la región de luz, Ra, que ha venido en el disco y a la manifestación perfecta como Ra*[14]*, [hijo] único de Ra.*

El conjunto supone un pequeño manual de teología solar.

¿Qué significa el nuevo nombre, *Akenatón?* Se ha traducido con frecuencia por «Servicial para Atón», «Aquel que es agradable a Atón», «Aquel que es útil a Atón», pero tales interpretaciones son un poco superficiales. El egiptólogo inglés Cyril Aldred parece haber llegado a la verdad al traducir Akenatón por «El espíritu eficaz de Atón», es decir, el canal consciente por el que circula la luz de Atón.

Al principio del nombre de Akenatón, hay la palabra *akh,* que ocupa un lugar privilegiado en la lengua y el pensamiento egipcios. Implica la idea de una realización del ser en la luz. El iniciado que ha franqueado las temibles pruebas del mundo de los muertos se transforma en un ser de luz, cuyo resplandor será benéfico para aquellos que sigan el mismo camino. Por lo tanto, el rey Akenatón, gracias a su nombre, es aquel que hace resplandecer al dios Atón.

Además, *akh* se refiere también a una noción de «utilidad». La filosofía religiosa del antiguo Egipto no separaba la noción de «luz espiritual» y la de «eficacia» o «utilidad». Una espiritualidad desencarnada no es más que ilusión. Una espiritualidad radiante es forzosamente «útil» y «eficaz», ya que da la vida y nutre a los seres con lo esencial.

Continuidad y no negación. Así se presenta la acción del rey al cambiar de nombre. No se ha insistido lo suficiente sobre este punto. Por ejemplo, en el cinturón de la estatua clasificada como Cairo nº 6015 aparece grabado el nombre de Amenofis IV, que no ha sido sustituido por el de Akenatón. La obra se encontraba en el templo de Atón, en Karnak, donde el soberano era todavía el representante de Amón en la tierra.

A la mutación del nombre corresponde, en realidad, otra acción: la fundación religiosa de la ciudad de la luz, Aketatón.

Cambio de ser del faraón, cambio de capital para Egipto. Las dos formas de realidad son equivalentes, construcciones sagradas de la misma naturaleza. El nacimiento de la ciudad del sol requería

una evolución en el ser del rey. Y este último era indispensable para que la ciudad de Atón viese el día.

Los textos nos dan la fecha precisa de la fundación teológica de Aketatón, la ciudad de Atón: el día decimotercero del cuarto mes del invierno del año 6 del reinado.

Atón carecía aún de «sede», es decir, de lugar privilegiado sobre la tierra de Egipto para manifestar su plena y entera realeza. El rey le hace don de uno. Al-Amarna se convierte en «la sede de Atón», como Menfis era la de Ptah, o Tebas la de Amón. La ciudad nace de la exigencia del propio dios, puesto que es el «lugar de origen hecho para Atón». Allí estaba preparado su trono en la tierra desde toda la eternidad.

«Atón -está escrito- conoce a cada dios y a cada diosa.» Conoce también sus lugares sagrados respectivos. Por eso el rey, su intérprete, tenía que descubrir el territorio que no pertenecía a ningún dios ni a ninguna diosa, un espacio reservado exclusivamente a Atón y en el cual se expresaría en toda su gloria. La ciudad de Atón nace en un suelo virgen de influencias pasadas y se afirma como una creación total.

La ceremonia de fundación debe ser Inolvidable. Ha sido preparada cuidadosamente por los ritualistas. Conocemos sus momentos principales por los textos de las estelas fronterizas.

El rey apareció sobre un gran carro de electro[15] semejante *a Atón cuando brilla sobre su región de luz y llena la tierra con su amor* Por una buena ruta, ya trazada, se dirige al corazón de la nueva capital en construcción. Allí, ofrece un sacrificio a Atón: *La tierra resplandecía de júbilo y todos los corazones se regocijaban viendo al rey hacer una gran ofrenda a su padre, ofrenda de cerveza, de pan, de ganado con cuernos largos y cortos, de caza, de vino, de frutas, de incienso, de libaciones, de hortalizas.*

A continuación, Akenatón se dirige a la corte, reunida para la ceremonia, y a los miembros de su gobierno. Están presentes los «grandes de palacio», lo mismo que los oficiales superiores del

ejército y los escribas de alto rango. Todos se prosternan y besan la tierra en presencia del rey. Akenatón afirma que ha construido un monumento para su padre Atón allí donde ha oído la voz. Fue Atón, quien le reveló que aquel lugar sería para siempre «la región de luz del disco solar». El rey expone sus planes para las obras: construir templos para Atón, ofrecerle moradas sagradas, edificar un santuario para la reina Nefertiti, hacer surgir una «casa de la jubilación», apartamentos reales, un palacio, excavar «moradas de eternidad» para aquellos que pasen aquí de la existencia terrestre a la inmortalidad.

Ved -proclama Akenatón-, *es Atón quien ha querido esta ciudad, a fin de que sea creada para Él a fin de conmemorar su nombre. Es Atón, mi padre, quien gobierna la ciudad, y no un funcionario o un individuo cualquiera.*

Ignoramos la duración exacta del ritual, pero se prolongó probablemente varios días. A Akenatón le faltaba todavía por cumplir una tarea importante: erigir estelas que señalasen las fronteras del territorio de Atón.[16]

Se dirigió primero hacia el sur y detuvo su carro dorado en el lugar elegido, delante de su padre Atón, cuyos rayos le daban a diario vida y salud, para la renovación de su ser.

Se levantaron así catorce estelas, situada la más al norte en Tunah al-Gebel. O sea, el territorio sagrado de Atón se extendía en su mayor parte por la orilla oeste, pero también por la orilla este. Tres estelas explican cómo planificó el rey la ciudad y cómo la dedicó a su padre celestial. Las otras once repiten el mismo texto, con algunas variantes, afirmando la voluntad de Akenatón de mantener la ciudad como propiedad de Atón y como sede de la residencia real consagrada a la adoración del dios.

En estos monumentos, el nombre de Atón va precedido por la llave de la vida, para mostrar claramente que es él quien da la totalidad de esta vida a aquel que le venera. El dios recibe el nombre de «Ra-Horajtl que se regocija en la región de luz en su

nombre de Chu que es Atón». Ra, Horus, Chu: tres formas de la luz divina, de la que Atón es la síntesis.

Se rinde a Nefertiti un homenaje especial en las estelas. El corazón del rey se regocija a causa de ella. Sus dos hijas están igualmente presentes durante las ceremonias.

La fundación teológica de la ciudad del sol va acompañada por un juramento pronunciado por Akenatón. Veamos en qué términos:

Juramento prestado por el rey del Alto y el Bajo Egipto, que vive de Maat, el señor de las Dos Tierras, Neferkeperuré, el único de Ra, el .hijo de Ra, el que vive de Maat, el dueño de las coronas, Akenatón de gran duración de vida, a quien se le da la vida eternamente.

Lo mismo que mi padre vive, Ra-Horajti que se regocija en la región de luz en su nombre de Chu que es Atón, que da la vida para siempre, así mi corazón se regocija a causa de la gran esposa real y de sus hijas. La edad avanzada le será concedida a la gran esposa real, Neferu-Atón Nefertiti, viviendo eternamente, en esos millones de años mientras está bajo la protección del faraón. La edad avanzada será concedida a las princesas Mery-Atón y Meket-Atón, sus hijas, bajo la protección de la reina, su madre.

Éste es mi juramento, en verdad, que mi corazón pronuncia y que no traicionaré nunca. La estela del sur que está en la montaña del este de Akenatón es la estela de Akenatón, que erigiré en su lugar. Nunca traspasaré ese límite sur La estela sureste ha sido levantada para darle frente, directamente en el punto opuesto.

Erigiré en su lugar la estela norte de Akenatón. Es la estela norte de Akenatón. Nunca traspasaré ese límite norte. La estela del norte que está en la montaña oeste de Akenatón ha sido levantada para darle frente directamente, en el punto opuesto.

En el interior de esas cuatro estelas, desde la montaña del este a la montaña de occidente, se encuentra ahora Akenatón. Pertenece a mi padre, Ra-Horajti, que se regocija en la región de luz en su nombre de Chu que es Atón, que da la vida para siempre,

con las montañas los desiertos, las llanuras, las tierras nuevas, las tierras altas, los campos, el agua, las orillas, la población, el ganado, los árboles y todas las demás cosas a las que mi padre dará el ser eternamente.

Nunca traicionaré el juramento que he hecho a Atón, mi padre. Perdurará en la estela de piedra de la frontera suroeste y en la frontera noroeste de Aketatón. No será destruido. No será borrado. No será martillado. No será recubierto con yeso. No desaparecerá. Si desapareciese, si fuese aniquilado, si la estela en la que está inscrito cayese, lo renovaré en el lugar en el que debe estar.

El rey jura no romper jamás este voto extraordinario. La ciudad del sol no saldrá de los límites que se le han fijado. Si la reina o los consejeros más influyentes dijesen al rey que existe en otra parte un emplazamiento más bello para la capital, Akenatón no les escucharía. Nunca volverá a construir otra capital. El lugar es perfecto, la extensión de la ciudad definitiva. Atón lo ha querido así.

¿Por qué Akenatón se fuerza a sí mismo, mediante este compromiso pronunciado con tanta firmeza, a no extender Akenatón más allá de unos límites muy precisos? La tesis según la cual se trataba de la expresión de un acuerdo concluido con los sacerdotes de Amón, limitando así las ambiciones del rey, no tiene ningún valor. El clero tebano carecía de medios para oponerse a la voluntad del rey. No formaba en modo alguno una «oposición» capaz de obstaculizar en ningún sentido la actividad de las construcciones reales.

En realidad, Akenatón ponía coto en el tiempo y el espacio a su propia experiencia.

En mi opinión, sólo adoptando esta perspectiva puede descifrarse el reinado de la pareja real. Nefertiti y Akenatón querían que Aketatón fuese la capital durante un solo reinado, un «episodio» de la civilización egipcia. En efecto, cada reinado

correspondía a la realización de una idea simbólica, de un programa teológico. A Nefertiti y Akenatón les correspondió la tarea específica de hacer resplandecer el poderío divino concebido como «Atón», a partir de una sede terrestre original y de acuerdo con formas artísticas adaptadas.

Tebas o Menfis respondían a criterios distintos. Karnak fue un templo en perpetua expansión, no limitada por ningún mojón. Aketatón, en cambio, es una especie de horno de atanor alquímico, de crisol sagrado, con fronteras intangibles, en cuyo interior reina exclusivamente Atón. El espacio comprendido entre las estelas es a la vez terrestre y celeste, puesto que la anchura de la ciudad va de un acantilado al otro, del horizonte oriental a su horizonte occidental.

Traslado de la corte real

Durante este sexto año de reinado, la corte abandona Tebas para dirigirse a Amarna. Tan pronto como sus despachos y sus suntuosos palacetes estuvieron preparados, los altos signatarios llegaron a la nueva capital. Ningún documento registra el menor signo de desobediencia o deslealtad, menos aún de rebelión. El traslado se desarrolla sin duda durante varios meses. Funcionarios, artesanos, comerciantes se dirigieron a Aketatón por el río. Los antiguos egipcios estaban acostumbrados a viajar, especialmente durante el período de inundación.

El rey tenía prisa. La ciudad de Atón fue construida muy rápidamente, ya que se hallaba habitada cuatro años después de la inauguración de las obras. Había que hacer surgir del desierto una ciudad agradable a Dios y al hombre, desarrollar un plan de irrigación, plantar árboles, crear jardines.

Para construir Aketatón, se exploraron sobre todo las canteras de alabastro del desierto oriental. Más preocupados por

la velocidad que por la perfección, los artesanos no «remataron» la obra como tenían por costumbre. Sin embargo, resulta difícil admitir la tesis según la cual los obreros empleados por el rey no poseían una cualificación suficiente. Ciertos egiptólogos han ido incluso más lejos, escribiendo que los constructores fueron criminales enviados a las canteras para purgar sus penas. Akenatón, dicen, encontró entre ellos lo esencial de sus fieles, «recuperando» a una banda de ladrones y asesinos.

La verdad es mucho más sencilla. Fueron muchos los artesanos de Tebas que vinieron a instalarse a Aketatón, pero tuvieron que luchar contra un enemigo poderoso: el tiempo. Como hemos dicho, Akenatón tenía prisa. Por lo tanto, el conjunto de las paredes maestras sufrió a veces las consecuencias de la rapidez de los trabajos. Tradicionalmente, el arquitecto egipcio destina la hermosa piedra tallada a los edificios sagrados, símbolos de eternidad. La nueva capital está dominada por el adobe. En las paredes de los palacios y de los templos, se encuentran incrustaciones de piedra coloreada, hechas con piedra calcárea y alabastro.

En los monumentos más importantes, se utilizaron mucho pequeños bloques ensamblados de acuerdo con la técnica de construcción con ladrillo, lo que permitía ir más deprisa y utilizar una mano de obra no especializada.

También los escultores se vieron obligados a abreviar el tiempo dedicado a sus creaciones. Por ello inventaron un procedimiento de fabricación de las estatuas en que se servían de varios tipos de piedra. Las partes visibles -cabeza, brazos o pies- fueron trabajadas en cuarcita, mientras que se perfeccionaba la obra con incrustaciones de vidrio y cerámica.

Al-Amarna es una ciudad hecha de prisa. Cierto que se respetó el programa inicial y que tanto la vida religiosa como la civil pudieron desarrollarse en un marco ajustado a las exigencias del faraón, pero no todos los proyectos de urbanismo se cumplieron

con la amplitud deseada. No obstante, los órganos vitales de la capital, concebidos desde la colocación de los cimientos, fueron todos ellos utilizables muy rápidamente. Tal era el objetivo que se había fijado Akenatón.

Los testimonios conservados tienden a demostrar que la ciudad de Atón era bella y acogedora, con amplias avenidas, espacios verdes y barrios muy bien concebidos. La corte encontró una capital atrayente, en la que podía latir el corazón de Egipto.

Si bien el culto de Atón se convierte en el primero de Egipto durante este sexto año del reinado, las demás divinidades no dejan de existir, y el resto de las ciudades de las Dos Tierras continúa viviendo y prosperando. Atón no es una divinidad intolerante, que excluya las otras formas de lo sagrado.

Sin embargo, se da por sentada una idea que ha sido desarrollada hasta la saciedad: el conflicto entre Akenatón y el clero de Tebas. ¿Verdad o ilusión?

10
LAS «MALAS PALABRAS»: ¿AKENATON CONTRA EL CLERO TEBANO?

Un pasaje grabado en las estelas fronterizas, desgraciadamente mutilado y poco comprensible, hace alusión a «una maldad» cometida por sacerdotes durante el reinado de Tutmés IV. Quizá se pronunciaron «malas palabras», quizá se cometieron también actos reprensibles al principio del reinado de Amenofis IV.

Pero ¿quién fue su autor y qué ocurrió realmente? Imposible precisarlo. Tutmés IV era un fiel de la religión de Heliópolis, lo mismo que Akenatón. ¿Qué puede deducirse de tan escasos indicios?

Según Hodge, es falso que Akenatón persiguiese al clero tebano. En su opinión, fueron los sacerdotes de Amón los que rechazaron al rey, porque era anormal físicamente y, por lo tanto, incapaz de asumir las pesadas cargas de un soberano de Egipto. La hipótesis carece de fundamento.

Algunos autores imaginaron que los sacerdotes de Amón habían sido asesinados o exiliados, que el templo de Karnak había sido pasto de las llamas, que Akenatón emprendió una «caza de los impuros», destinada a extirpar de Egipto el mal y el vicio, simbolizados por el clero tebano.

Tan horribles acontecimientos pertenecen al campo de lo imaginario.

No hubo ninguna acción violenta, ningún conflicto sangriento entre Akenatón y los sacerdotes situados a la cabeza del clero

tebano. El gran sacerdote de Amón, Aanen, muere en el año 34 de Amenofis III. Le sucede Samut, que continúa ejerciendo su función. No obstante, se concede el título reservado al gran sacerdote al visir Ramosis, el cual, fiel a Akenatón, se convierte en «Jefe de los profetas del Alto y el Bajo Egipto».

Apenas si sabemos algo más. Se ha inventado a un semita, sacerdote de Astarté y Baal, que, según se dice, fue nombrado jefe del clero tebano. Se ha fantaseado pretendiendo que las tumbas de los grandes sacerdotes de Amón habían sido saqueadas por ladrones a quienes la policía del rey dejó actuar libremente. En resumen, se ha intentado llenar un expediente inexistente con piezas imaginarias.

¿Akenatón en lucha abierta contra el clero de Amón? Una imagen simplista y modernista, que no corresponde a la realidad egipcia. La civilización faraónica no conoce las guerras de religión por la simple razón de que ignora la palabra dogma. Ninguna institución religiosa se considera en posesión de una verdad definitiva y exclusiva, que está obligada a imponer a los demás. El faraón no es el detentador de un libro y unos dogmas sagrados. No hay nadie a quien convertir. Como receptáculo de lo divino y primer servidor de su pueblo, actúa como mediador entre el cielo y la tierra.

Un conflicto entre la Iglesia y el Estado es absolutamente imposible, ya que no hay una Iglesia y un Estado, sino una teocracia, un poder sacralizado, cuyo primer deber consiste en magnificar lo divino en la forma articular adoptada durante un reinado.

El faraón es un rey-sacerdote, incluso el único sacerdote de Egipto. Él y sólo él celebra la totalidad de los cultos. Su imagen, presente en las paredes de los templos, se anima mágicamente al amanecer. El ser del faraón se encarna en un sacerdote, que actúa en su nombre.

Es el faraón, recordémoslo, quien nombra a los responsables de los diversos cultos. Aquellos a los que se denomina, con un término poco adaptado, «los sacerdotes» constituyen un gran cuerpo del Estado, formado por especialistas de lo sagrado, y no un conjunto de creyentes obligados a defender un dogma con preferencia a otro. Así lo señala Edgerton al indicar que los sacerdotes de Amón eran funcionarios, lo mismo que los militares o los perceptores de impuestos.

Akenatón no experimentaba ninguna hostilidad personal en contra del dios Amón. Se observa, por lo demás, que el rey se inspiró en los grandes textos sagrados amonianos para componer los suyos propios. Amón había originado un periodo muy glorioso de la historia egipcia, periodo que comenzó con la XII Dinastía y los faraones llamados Amenenhet, es decir, «Amón fue al comienzo».

En tanto que Amón-Ra, «El único de las manos numerosas», se convirtió en el gran dios de Estado, que hacía salir a los dioses de su boca y a los hombres de sus ojos. «Buen pastor», Amón vela por la prosperidad del mundo, y este himno que le glorifica no se aleja mucho de los textos que celebran a Atón:

Él hace crecer la hierba para los rebaños,
el árbol frutal para los hombres,
crea aquello de lo que viven los peces en el río,
las aves en el cielo.
Infunde el aliento
a aquel que está en el huevo...

Los humanos no son los únicos en reconocer la generosidad de Amón, puesto que los animales salvajes, e incluso los desiertos, cantan sus alabanzas. No puedo por menos que citar este magnífico párrafo del Papiro de Leyde, que evoca maravillosamente el «alcance» simbólico del dios Amón:

Misterioso de aspecto, de apariencia deslumbradora, Dios maravilloso de múltiples formas, todos los dioses acuden a Él para que los engrandezca con su belleza, ya que Él es Dios. Él es Ra cuando se une a su cuerpo. Él es el Grande que está en Heliópolis, es Amón surgido del océano primordial. Él guía a la humanidad. Es el Señor universal, Príncipe de los seres. Único es Amón, que se oculta a los ojos de los hombres. Se sustrae a los dioses, nadie conoce su naturaleza, ningún dios conoce su verdadero aspecto. No tiene apariencia que pueda ser dibujada, es demasiado misterioso para que su gloria se revele, es demasiado vasto para ser escrutado... Todo cuanto sale de la boca de Amón, los dioses lo aceptan como si fueran órdenes...

En una conferencia pronunciada en 1905 en el Colegio de Francia, Édouard Naville llegó a una conclusión que muchos egiptólogos han adoptado: «Da toda la impresión -declaró- de que Akenatón se encarnizó contra el nombre de Amón en Tebas, lo que induce a creer que su odio iba dirigido, no contra la doctrina, contra el dios en sí, sino contra el colegio de sacerdotes que el dios tenía a su servicio y cuyas intrusiones temía».

¿Qué proporción de verdad hay en esta interpretación? ¿Akenatón experimentaba un resentimiento contra ciertas personalidades tebanas a las que alejó del poder? La hipótesis no debe excluirse, pero probablemente nunca dispondremos de un documento que la confirme.

Parece seguro, en cambio, que Akenatón tuvo que proceder a un reequilibrio de las tendencias religiosas que se expresaban en Egipto. Muchos años después del «herético», Ramsés II no actuará de otro modo.

Jefe espiritual de la religión atoniana, Akenatón relegó a un segundo plano al clero de Amón, puesto al mismo nivel que las demás corporaciones de sacerdotes y obligado, por lo tanto, a rendir como ellas homenaje a Atón. La posición del rico clero de

Amón dejó de ser preeminente. Y si esta modificación no presentaba ninguna dificultad en el aspecto teológico, probablemente no sucedía lo mismo en la vida cotidiana. Ciertas susceptibilidades se vieron sometidas a dura prueba, y ciertas carreras quedaron prematuramente interrumpidas. Las riquezas de Karnak no pertenecían a los sacerdotes de Amón, sino al faraón, que las empleaba a su guisa. No obstante, eran los sacerdotes quienes las administraban. Con la creación de Aketatón, la nueva capital, el circuito económico se desvía. A partir de ahora, las principales riquezas se dirigen hacia los templos de Atón, y no hacia los de Amón.

El rey lesionó forzosamente intereses individuales. Y si es cierto que prestó oído a «malas palabras», lo hizo sin duda a conciencia, relegando a la sombra a signatarios a los que juzgaba incapaces de cumplir sus funciones religiosas.

¿Guerra abierta entablada por Akenatón contra los sacerdotes de Tebas? De ningún modo. ¿Desconfianza del rey con respecto a algunos de ellos? Con toda seguridad. En este sexto año de reinado, imposible decir nada más.

¿Qué ocurrió con el personal de Amón? Fue transferido en parte a Aketatón. Numerosos funcionarios se quedaron en Tebas para asegurar la continuidad del culto. Los poderes de los grandes sacerdotes, que dejaron de ostentar sus títulos tradicionales, tenían que disminuir fatalmente para que el poderío de Atón resplandeciese.

Akenatón reina.

La nueva capital ha sido fundada.

A partir de ahora, el culto de Atón será el más importante de Egipto, y el rey lo situará por encima de todos los demás.

11

EL AÑO 9: ¿ATÓN FANÁTICO?

En el año 8 de su reinado, el rey renueva el juramento que había prestado en el año 6. Montado en un gran carro de oro fino, parte para inspeccionar las estelas fronterizas, al sur de la ciudad. El octavo día del primer mes de invierno, el rey se compromete de nuevo a respetar los límites de la ciudad del sol, una confirmación teológica del nacimiento de la capital dedicada a Atón.

¿Por qué era necesaria tal confirmación? Lo ignoramos. ¿Qué acontecimientos ocurridos entre el año 6 y el año 8 pudieron forzar al rey a reiterar su compromiso de manera tan solemne? Ningún documento lo indica.

En el año 9, aparece un nuevo nombre de Atón: «Ra vive, el regente de la región de luz que jubila en la región de luz en su nombre de Ra, el padre, que ha venido en tanto que Atón». En otras palabras, se suprimen las referencias a Horajti, el dios solar con cabeza de halcón, y a Chu, el dios del aire luminoso. Sólo resta Ra, al lado de Atón, en ese nombre sagrado que permanecerá en vigor hasta el final del reinado. Atón se convierte en «Padre divino y real», utilizando todo el poder creador de Ra. Atón vela él solo sobre el faraón y le regenera a diario, apareciendo como un formidable «núcleo» de energía, fuerza creadora que da la vida a través de la luz. No solamente luz manifestada por la claridad del sol, sino también claridad sobrenatural, que tiene poder absoluto sobre la creación, dependiente de ella.

Este acto metafísico va acompañado por una extraña disposición: Akenatón da orden de destruir las estatuas de Amón y de martillar el nombre del dios. «Por todas partes -escribe Legrain- se proscriben o destruyen por orden real las imágenes de Amón. Pocos monumentos, tumbas, estatuas, estatuillas, incluso objetos menudos escaparon a las mutilaciones... Se llega a escalar hasta lo más alto de los obeliscos y a descender al fondo de las tumbas para destruir los nombres y las Imágenes de los dioses.» Tampoco se salvan los pequeños escarabajos. El signo jeroglífico que sirve para designar a «los dioses» es suprimido de las inscripciones, puesto que se halla en contradicción con la noción de un dios único.

Sin embargo, la descripción de los hechos es demasiado apocalíptica. Cierto que Akenatón ordenó martillar los nombres divinos, estableciendo así un «vacío mágico» alrededor de Atón. Pero no hay que olvidar algunos detalles intrigantes. Por ejemplo, en la tumba de Ramosis, no se destruyó el primer nombre de Akenatón, esto es, Amón-Hotep. En la tumba de Kerue, el nombre de Amón fue borrado en todas partes, a excepción de los cartuchos reales de Amenofis III y Akenatón. En una estela de Amenemhet, se suprimió el nombre de Amón, pero el de Osiris permaneció intacto, pese a ir acompañado por el de varios dioses antiguos, Isis, Horus, Geb y Nut. No obstante, dicha estela resulta muy provocativa, puesto que se define en ella a Osiris como el primero de los dioses, creador del cielo y de la tierra...

Se podrían citar otros casos en que no se llevaron a cabo las supresiones de los nombres divinos. Fayum, por ejemplo, parece haber escapado casi por completo a los martilleos y, por consiguiente, a la influencia atoniana.

Al martillar el nombre de los dioses, Akenatón suprime su facultad de encarnación y aniquila su influencia. Atón reina como único señor. Partidarios y adversarios modernos de Akenatón se acaloran cuando comentan la decisión del rey. Se le trata de loco,

de fanático, de sectario, de epiléptico, de soñador convertido en verdugo, de demente empeñado en vengarse de un clero al que odiaba. Daumas compara a Akenatón con Asoka, Marco Aurelio y san Luis por su tentativa de insuflar un hálito de espiritualidad en la trama de los acontecimientos políticos. Su culto a la fuerza universal, el Atón, va acompañado por el reconocimiento de una identidad básica entre los hombres.

Daniel-Rops se muestra lírico al hablar de Akenatón como de un rey «a quien los poderes de la tierra parecen irrisorios comparados con los del cielo».

Dos investigadores, ambos estudiosos del esoterismo egipcio, sostienen una opinión radicalmente distinta sobre el conflicto que opuso al rey y a los sacerdotes de Amón. Enel piensa que Akenatón se equivocó al abrir las puertas del templo, al divulgar las enseñanzas secretas y proponer a todos lo que sólo debía ser conocido por algunos. «Se comprenderá -explica- la ira que esta profanación tuvo que despertar entre los iniciados, que la consideraron como un sacrilegio, como una violación del sanctasanctórum de la enseñanza antigua.» Para Schwaller de Lubicz, al contrario, la aventura de Akenatón encaja perfectamente con el desarrollo simbólico de la historia egipcia. En su opinión, Akenatón, rey «femenino», es la correspondencia exacta de Hatshepsut, reina «masculina».

Schwaller de Lubicz no cree en el odio visceral de Akenatón contra el clero tebano y señala que la supresión de los nombres divinos, lejos de obedecer a una furia vengadora, fue un trabajo metódico y preciso. Muchos de los nombres fueron martillados de manera que quedasen visibles. «Akenatón -escribe Schwaller de Lubicz- ejecutó el gesto necesario: borrar momentáneamente la expresión de los principios que debían dejar lugar a la función que él encarnaba, suprimir todo lo que concernía al culto representante de las funciones periclitadas.»

Todas estas explicaciones contienen ciertamente parcelas de la verdad. Está claro que Akenatón divulgó aspectos del pensamiento egipcio hasta entonces mantenidos secretos y es cierto también que el martilleo de los nombres fue una «operación» mágica, y no una destrucción sistemática.

Si Akenatón experimentó la necesidad de prestar de nuevo juramento, si el nombre de Atón tenía que imponerse de manera mágica por la supresión del resto de las divinidades (a excepción - una excepción verdaderamente notable- de Ra), se debió a que la reforma religiosa tenía que ser acelerada. Lo mismo que la ciudad del sol quedó encerrada en límites espaciales que no sobrepasaría, la existencia de Akenatón lo fue en hitos temporales, en cuyo interior se desarrolló la revelación atoniana.

Ninguna guerra de religión, ninguna sevicia contra aquellos que no veneraban a Atón, ninguna persecución. La decisión de Akenatón no se explica ni por razones políticas ni por causas sociológicas. Se trata de un itinerario puramente mágico, impuesto por el «programa atoniano», perfectamente acorde con el genio del reinado.

Los escultores dejaron intactos en muchas regiones y muchas aldeas los nombres de las antiguas divinidades. Akenatón no era tan ingenuo para creer que les daría tiempo a recorrer todo Egipto. Sencillamente, consideraba importante intervenir en algunos puntos neurálgicos.

Yoyotte y Vernus no creen ni en una crisis religiosa ni en la existencia de un Atón fanático e intolerante. En efecto, es posible añadir varios argumentos decisivos a los que hemos propuesto ya. No se dio en el país ninguna rebelión, ni religiosa ni civil. Los egipcios conservan en sus nombres el de las divinidades tradicionales y no los reemplazan por el de Atón, lo que significa que su ser espiritual permanece fiel al panteón clásico. En la propia ciudad del sol, existen numerosas huellas de la religión practicada durante siglos. La policía real no interviene ni toma

ninguna medida contra aquellos que adoran otras divinidades que Atón. En la estela de un dignatario, se ve incluso aparecer el Atón *único* teniendo a su lado a Osiris-Sokaris y a Jnum.

La simbología religiosa tradicional no fue ni suprimida, ni perseguida, ni abandonada.

Y aunque en efecto se procedió al martilleo de nombres divinos, la visión romántica de la experiencia atoniana exageró mucho su importancia. No imaginemos a una horda de fanáticos, cincel en mano, precipitándose sobre los templos y las tumbas. Sólo algunos escultores, designados por el rey, trabajaron minuciosamente, borrando el nombre de Amón para que apareciese el de Atón, dotado de un poder suplementario.

No se debe adjudicar obligatoriamente a esta acción mágica y teológica, como se ha tomado la costumbre de hacer, el calificativo de fanática. Akenatón sabía muy bien que no destruiría a Amón. No devastó su sede sagrada, Karnak. Quiso que, durante el periodo de reinado que le había sido concedido, la influencia del dios de Tebas permaneciese oculta, a fin de acrecentar así la de Atón.

12

¿EL EJERCITO SE HIZO CARGO DEL PODER?

Si bien hay que rechazar el término inadecuado de «persecución» en lo que se refiere a Amón, ¿no hay que pensar en otra teoría, a la que ha acudido varias veces en estos últimos años la investigación egiptológica, es decir, el lugar preponderante ocupado por el ejército en la ciudad del sol?

Ahmed Kadry ha subrayado especialmente la importancia creciente de la clase militar en el Imperio Nuevo[17] Los soldados del faraón habían obtenido victorias importantes en Asia y garantizaban la seguridad del territorio. Por ello recibieron un cierto número de favores y disfrutaban de un prestigio nuevo en la sociedad egipcia. Su ascensión social tenía que traducirse inevitablemente por ciertos conflictos entre esos «nuevos ricos» y las clases acomodadas tradicionales, formadas por los escribas y los administradores.

¿No se apoya Akenatón en esta clase militar en pleno desarrollo?

Ciertos grandes signatarios amarnianos, como Ay y Horemheb, son soldados. Figuran entre los allegados del rey, que desdeña a la sociedad tebana para formar su propia casta de fieles.

Durante mucho tiempo, se ha extendido la leyenda de un Akenatón ultrapacifista, que rechazaba incluso la idea de la guerra, ensimismado en su sueño de paz eterna. La realidad es muy

diferente. Como todo faraón, Akenatón era el jefe de un ejército poderoso y bien organizado. Por lo demás, los famosos talatates han revelado la presencia de tropas numerosas y muy regocijadas durante las ceremonias presididas por el rey. Este último, cuando sale de palacio, va protegido por su guardia personal. Soldados de élite corren detrás de su carro. Entre ellos, van portadores de espadas y de lanzas. En el ejército de Akenatón, hay sirios, nubios y libios, especializados en el manejo de la estaca arrojadiza.

En la tumba número 3 de Al-Amarna, que pertenece a Ahmes, flabelífero a la derecha del rey, aparecen representados los hombres de la infantería, con sus armas, escudos, lanzas y hachas. En la tumba nº 6, la de Paneshy, el rey, la reina y sus hijas se pasean en sus carros en medio de los soldados.

Sin embargo, esta presencia militar no tiene nada de amenazadora ni de austera. Los soldados juegan y se apostrofan con frecuencia. No lejos de ellos, grupos de músicos dan conciertos. Que en Aketatón hubo soldados en un número importante es un hecho cierto. E igualmente patente resulta el hecho de que estaban a las órdenes del faraón y que se integraban perfectamente en la sociedad atoniana.

Afirmar que Akenatón fue el juguete de militares incultos, a los que ofreció los más altos cargos del Estado, no se basa en nada. Ver al rey como una especie de «jefe de banda», apoyándose sobre la soldadesca para poner de rodillas a los sacerdotes de Tebas es propio de una novela negra y no corresponde a la historia egipcia. La sociedad faraónica no conocía la lucha de clases. El rey no tenía por qué tomar partido en favor de una categoría social y en contra de otra.

El ejército no tomó el poder en la ciudad del sol. Se contentó, como durante los reinados precedentes, con obedecer al rey y a sus oficiales superiores. En sus filas, formaban antiguos dignatarios tebanos, «hombres nuevos» y extranjeros.

Existía también una policía, dirigida por un tal Mahu. Su tumba en Al-Amarna, que lleva el nº 9, es la única terminada de toda la necrópolis. Mahu fue un alto funcionario eficaz. Había hecho construir fortines en el desierto para evitar cualquier ataque sorpresa contra la capital. En efecto, existían bandas de beduinos, más o menos controladas y siempre dispuestas al pillaje. En todo momento, la policía del desierto tuvo que cumplir numerosas misiones para asegurar la salvaguardia de las caravanas. Las escenas de la tumba de Mahu nos informan de que el jefe de policía de Aketatón impidió precisamente una incursión de esos nómadas, que fue cortada de raíz. Mahu interrogó personalmente a los prisioneros, en compañía del visir. Les acusó de estar pagados por una potencia extranjera, en un intento de sembrar la agitación en Egipto.

De aquí se deduce que la policía de Su Majestad se mantenía en guardia y se tomaba en serio el menor incidente. Mahu fue recompensado por sus méritos. Arrodillado delante del rey, la reina y su hija Mery-Atón, bañados por los rayos del sol divino, el jefe de policía recibe collares de oro, la más prestigiosa de las condecoraciones.

Aketatón no era una ciudad abierta a todos los vientos. Había puestos de guardia y de vigilancia. Un tal Tutu estaba encargado de «filtrar» a los extranjeros que deseaban instalarse en la capital. También él fue condecorado por el rey por su brillante hoja de servicios.

La ciudad de Atón no fue un enclave rousseauniano en el territorio egipcio. Akenatón no creía en el «buen salvaje», ni se comportaba como un poeta desencarnado. Jefe del ejército y de la policía, contaba con ellos para mantener en calma su capital y asegurar el orden público.

Militares y policías no forman, sin embargo, una clase dominante, capaz de imponer su voluntad al rey de Egipto. Akenatón no está más influido por los militares de Aketatón de lo

que está amenazado por los sacerdotes de Amón en Karnak. Unos y otros son servidores del faraón y no manifiestan ninguna veleidad de rebelión contra él.

13
AKETATÓN, CAPITAL DE UN REINADO

«Grande por su encanto, agradable a los ojos por su belleza.» En tales términos evocaba un habitante de Aketatón la ciudad del dios Atón, verdadera «visión celeste».

A finales del noveno año de reinado, la nueva capital de Egipto está construida en gran parte. El dios Atón ha recibido su «sede», en la que puede revelarse a los humanos. Akenatón ha cumplido el primer deber de un faraón: ser el maestro de obras de su reino. La extensión precisa de esta ciudad sin expansión posible, con límites fijados por Atón el mismo día de la fundación, está indicada en las estelas fronterizas. Ocupando una superficie de unos cien kilómetros cuadrados, se extiende por la orilla oeste. De norte a sur, tiene trece kilómetros de largo. Aunque el lugar haya sido asolado, los excavadores han logrado descifrar en el suelo el plano de los edificios, captar la distribución de los barrios y ofrecer reconstrucciones posibles. Por eso puede afirmarse que Aketatón comprendía un barrio norte y un barrio sur, cada uno con su suburbio. Entre ellos, el centro de la ciudad, donde se alzaban el palacio y el templo principal.

Aketatón, cuya población ascendía como mínimo a los cuarenta mil habitantes, no era una aldea. «Durante su corta existencia, fue la capital del mayor imperio del mundo -escribe Pendlebury-. En ella se trataban todos los asuntos del reino. En sus calles se codeaban todas las naciones del mundo conocido, cretenses, micenios, chipriotas, babilonios, judíos y muchas otras razas,

mientras que, en segundo plano, la vida ancestral de Egipto continuaba como de ordinario.»

Verdadero corazón de Egipto, donde se tomaban las decisiones que orientaban el destino de las Dos Tierras, la ciudad de Atón estaba bien protegida. Había tropas, entre las que se advertía la presencia de nubios y de asiáticos, que vigilaban atentamente los alrededores de la ciudad. Los vigías señalaban toda aproximación sospechosa, y batallones de intervención rápida permanecían constantemente en pie de guerra.

¿La familia real se encarceló voluntariamente en el dominio de Atón? Para el egiptólogo alemán Kees, el aislamiento de Al-Amarna era total. La capital vivía en función de una economía cerrada. Replegada sobre sí misma, se contentaba con subvenir a sus propias necesidades. Según esta concepción, Aketatón vivió de su propia gloria, ignorando al resto del mundo.

Nada demuestra que Aketatón se mantuviese enclaustrado en la ciudad. Sin duda viajó a las demás provincias del país, por motivos religiosos o políticos. Se sabe que pasó en Tebas el periodo de duelo que siguió a la muerte de Amenofis III. No olvidemos que, siendo el faraón, no reinaba únicamente sobre Aketatón, sino sobre la totalidad de Egipto.

Un texto precisa que, en caso de que el rey, Nefertiti o su primogénita muriesen lejos de la capital, sus cuerpos debían ser traídos a ella o inhumados en la tumba preparada en la montaña oriental. Así se subraya de la manera más clara el lazo entre Atón, la ciudad solar, y la familia real, encargada de hacer irradiar lo divino.

El centro de Aketatón estaba organizado en torno a la desembocadura de la arteria principal, que nacía en el palacio septentrional y terminaba en el gran palacio, el cual comprendía varios espacios abiertos, con un gigantesco patio en el centro del edificio, bordeado por estatuas colosales de Akenatón. Así se

proclamaba la grandeza de la religión atoniana y de su servidor, el rey.

Hemos de imaginar un edificio verdaderamente imponente, de unos doscientos setenta metros de largo, con una inmensa fachada, unido por un puente de ladrillo que cruzaba el camino a una pequeña residencia, la casa del rey, donde la pareja real se mostraba a los signatarios desde la «ventana de aparición».

La decoración del palacio era muy cuidada: tambores de columnas de alabastro incrustados con motivos lotiformes, fustes de arenisca o de cerámica simbolizando ramilletes de cañas pintados en verde, capiteles representando hojas y flores de loto. El pavimento se ornaba con motivos naturalistas: pantanos, matas de juncias y de papiros, patos emprendiendo el vuelo. Ejecutadas a la aguada sobre un fondo de yeso o de estuco, las pinturas murales, de colores vivos, recuerdan las de] palacio de Amenofis III en Malgatta. También ellas celebraban los esplendores de] paisaje y la dicha de vivir bajo el sol de Atón. A lo largo de las rampas, los relieves mostraban a la pareja real haciendo ofrendas a Atón, seguida por Mery-Atón tocando el sistro, o bien un decorado de frisos de extranjeros sometidos al dios. Suntuosos jardines rodeaban esta residencia.

Al norte del palacio, varios edificios administrativos albergaban las oficinas de la policía, del tesoro, del servicio de asuntos exteriores. Pero el joyel de esta parte de la ciudad era el gran templo de Atón, cuya entrada estaba señalada por dos torres de ladrillo, análogas a los pilones tradicionales. La vía de acceso conducía a la «Casa de la Alegría». Se pasaba por un vestíbulo con columnas, luego por una serie de patios descubiertos, y se alcanzaba por fin el corazón del edificio, el *Gem-Atón,* «Atón ha sido encontrado».

Al lado de la vivienda de Akenatón existía un templo de dimensiones más modestas, la «Casa de Atón», especie de capilla,

cuyo eje apuntaba hacia la entrada del uadi donde se había excavado la tumba real.

El gran templo estaba rodeado por los talleres necesarios para la práctica del culto. Se han identificado especialmente las panaderías, que ocupaban dos largas filas de habitaciones estrechas y paralelas en el exterior del recinto. Cada habitación formaba una panadería independiente, con sus hornos circulares y sus artesas de ladrillo a lo largo de las paredes.

En el barrio norte vivían los comerciantes y los pequeños funcionados. Reinaba en él una animación constante. Allí se abrían los despachos de los escribas, y tiendas donde se compraban los productos más diversos, transportados por barco y desembarcados en los muelles anejos a la capital. Pero había también un gran palacio, junto al río, la principal residencia real, bien protegida y claramente separada de la ciudad. De este lugar partía la arteria principal, que, más al sur, pasaba delante de un Palacio destinado a Mery-Atón, la primogénita. Salas de recepción, cuartos de baño, templo solar al descubierto, jardines, patios con las paredes pintadas, representaciones de paisajes y animales recreaban una visión paradisíaca de la naturaleza, «una transposición al plano arquitectónico del admirable himno al sol compuesto personalmente por el rey», según observa Jacques Vandier. Las excavaciones pusieron al descubierto una especie de parque zoológico, con espacios cerrados, comederos, etc. En resumen, todo un dispositivo dedicado al bienestar de las aves y de otras especies.

El barrio sur, en el que residían los altos funcionarios y donde trabajaban ciertos escultores, se caracteriza por la presencia de un extraño edificio, el *Maru-Atón.* Incluye lagos poco profundos, jardines, pabellones, capillas... Así se diseña un nuevo paisaje teológico para cantar los favores de Atón. Un observatorio permitía a la reina, cuyo papel ritual aparece subrayado en este lugar, participar en el renacimiento diario del astro.

Los palacetes más bellos estaban rodeados por un jardín y protegidos por un muro de una longitud de ochenta metros. Caballerizas, establos, graneros, formaban el medio ambiente económico. Se ha descubierto una granja de cerdos, donde se criaba a los animales, alimentados con grano, en recintos especiales. La carne salada se conservaba en jarras desinfectadas con yeso blanco.

En el interior de los palacetes había una amplia sala de recepción sostenida por columnas de madera pintada, utilizada para acoger a los invitados y celebrar comidas y banquetes. Había ventanas que distribuían la luz. A su alrededor, se abrían diversas habitaciones, despachos, salones, cuartos de almacenamiento. Al fondo de la casa, las habitaciones privadas: dormitorios, duchas, servicios, salas de masaje.

Si se examina el plano tipo de las casas más modestas, se comprueba que se construían sobre una base cuadrada y que comprendían una planta baja alzada, a veces precedida por un antepatio, un recibimiento, una habitación central que daba a un número más o menos importante de otras habitaciones, una cocina exterior y una escalera que permitía llegar a la terraza. A decir verdad, es casi imposible encontrar dos casos idénticos. Esos elementos clásicos se combinan de las maneras más variadas.

El barrio de los obreros, un pueblo dentro de la ciudad, se presentaba como un conjunto de callejuelas paralelas, que se cortaban en ángulo recto. El artesano guardaba sus herramientas en la entrada de la casa. Venía después un cuarto de estar, una cocina y una o varias habitaciones. Cada familia poseía su capilla, donde se celebraban banquetes sagrados y se veneraban a dioses como Amón, Isis, Bes o Tueris.

El estudio de Aketatón pone de relieve la gran coherencia de la sociedad egipcia, donde no se rompieron nunca los lazos entre la población de la ciudad y la población campesina. La ciudad, aun siendo la capital, no es un monstruo frío aislado de la naturaleza,

sino una serie de pueblos unidos unos a otros. Imposible, por consiguiente, favorecer la aparición de ghettos o de un proletariado urbano, puesto que ricos y pobres viven entremezclados. El faraón y la familia real ocupan un lugar aparte. Su función exige que permanezcan aislados, en el centro de un conjunto de monumentos sagrados.

14

AKETATÓN, CIUDAD DE ATÓN

Amarna es una ciudad cósmica, región de luz donde todo está arquitecturado con relación a la irradiación solar.

Esta capital de un reinado, cuyo destino se fijó de antemano, era la propiedad de un dios, Atón. Por lo tanto, hemos de intentar ahora captar su verdadera naturaleza.

Hubo quien supuso que el culto de Atón era de origen sirio y que las religiones asiáticas influyeron sobre Aketatón. La tesis carece de todo fundamento. Se ha demostrado que «Atón» no tiene ninguna relación con el semítico «Adón», cuyo significado es «Señor».

Atón está representado por un disco solar del que salen rayos que terminan en manos, algunas de las cuales ofrecen la «llave de vida». En el borde inferior del disco, un uraeus, cobra erguida que lleva en el cuello una llave de vida. La asimilación de los rayos solares con los brazos de la divinidad es una concepción simbólica muy antigua. Su representación existe ya en una estela de Gizeh que data de la época de Amenofis II. Se conoce un texto referente a Amón-Ra, que dice así: *Tú eres el único, posees numerosos brazos, diriges tus brazos hacia aquellos a los que amas.*

El círculo del sol es análogo al del mundo, que está regido por la ley de la serpiente, de las metamorfosis incesantes. Las manos del sol ofrecen vida y felicidad, revelan las fuerzas divinas que, cotidianamente, aseguran la buena marcha de] cosmos.

Respiro el dulce aliento
que sale de tu boca,

declara Akenatón.

Veo tu belleza cada día,
mi deseo es oír tu dulce voz,
semejante al viento del norte,
sentir mis miembros vigorizados por la vida,
gracias a ti.
Dame tus manos,
que guardan tu espíritu
para que pueda recibirlo,
vivir gracias a él.
Pronuncia mi nombre en la eternidad,
y no perecerá jamás.
(Trad. de Gardiner)

El rey dirige a su dios una verdadera declaración de amor. La vida descenderá a Akenatón a través de las manos del sol.

«Señor de todo lo que rodea el disco», Atón es a la vez emisor y receptor. Emisor, porque es manantial del universo; receptor, porque toma la forma del sol, que la acción del rey hace salir al amanecer.

Con demasiada frecuencia, se ha confundido al dios Atón con el disco solar. En realidad, se trata sólo de su forma favorita. Aunque se expresa muchas veces a través del sol, Atón no es solamente un astro. Fuerza vital por excelencia, energía que hace crecer toda cosa, Atón adopta exclusivamente el «canal» del sol para manifestarse con el máximo de esplendor.

Hay que decir que el globo solar no era para los egipcios una potencia anónima. Se trataba de un verdadero rostro de Dios, al que se dedicaban vivas alabanzas.

Por lo tanto, hay que insistir en que la religión amarniana no es una adoración ingenua del astro del día. De hecho, Atón no se expresa en el disco solar, sino en el globo del ojo del sol.

Esta indicación abre amplias perspectivas. En efecto, el ojo del sol constituye uno de los temas capitales del pensamiento egipcio. En el ojo sagrado se encuentran la medida de todas las cosas y el secreto de todas las construcciones vivientes. Al tomar la forma de] ojo del sol, Atón indica que tiene en su poder la clave de la armonía universal y que el hombre, para percibir su sabiduría, debe abrir su ojo interior.

Atón es el motor del mundo y lo recrea en cada instante. Rige el destino de los seres y de las cosas. Por la mañana, los hombres contemplan el esplendor de un mundo renovado cuando Atón surge en el horizonte; al atardecer, sufren la prueba de una muerte pasajera cuando Atón desaparece en el occidente.

Atón es un rey que dirige los destinos del universo. Su nombre puede ser inscrito en un cartucho, como el del faraón. En varias ocasiones se observa que el nombre del rey Atón precede al del rey Akenatón. Este último se considera como el hijo del soberano celeste, cuya obra prolonga, como el hijo inmanente de una potencia trascendente.

Por lo demás, había un culto dedicado a los cartuchos de Atón, como demuestra la parte superior de un altar encontrada en una casa de Aketatón y conservada en el museo de El Cairo (13.255).

Atón es vida que da la vida. Señor del cielo y de la tierra, reside en su templo de la piedra levantada, en el interior de su ciudad, capital de Egipto.

Su mensaje no se halla fijado en una doctrina. La omnipotencia de la luz no puede ser encerrada en un dogma. Habiendo creado el cielo lejano, Atón se alza en él y, desde las alturas de la región de luz, contempla su creación. Millones de vidas están presentes en él y las concede por intermedio de sus

rayos. Su luz penetra en los corazones, donde se transforma en la fuerza creadora por excelencia, el amor.

Conocemos la enseñanza de Atón gracias a un cierto número de textos, cuyo redactor fue muy probablemente el propio Akenatón: los de las estelas fronterizas, los himnos y las oraciones grabados en las paredes de las tumbas de los signatarios, dirigidas las últimas ya sea exclusivamente a Atón, ya sea a Atón, el rey y la reina. Existen temas comunes a estos escritos y semejanzas notorias entre ellos. Provienen sin duda de un modelo concebido por la pareja real y del que se podía reproducir la parte deseada.

Dos textos merecen ser traducidos aquí en su integridad, el «pequeño himno a Atón» y el «gran himno». Su lectura resulta indispensable para conocer la religión atoniana en su misma fuente.

El «pequeño himno» a Atón

Se ha encontrado este texto grabado en cinco tumbas de Al-Amarna. En tres ocasiones, es Akenatón quien pronuncia las palabras. En los otros dos casos, se ha autorizado a los dignatarios a expresarse en su nombre.

¡Oh, Atón viviente, señor eterno, eres espléndido cuando sales! Eres resplandeciente, perfecto, poderoso. Tu amor es grande, inmenso. Tus rayos iluminan todos los rostros, tu brillantez da vida a los corazones cuando llenas las Dos Tierras con tu amor Dios venerable que se ha formado a sí mismo, que crea cada tierra y lo que en ella se encuentra, todos los hombres, los rebaños y el ganado, todos los árboles que crecen en el suelo. Viven cuando tú apareces para ellos. Tú eres el padre y la madre de todo lo que has creado.

Cuando apareces, los ojos te contemplan, tus rayos iluminan la tierra entera. Todo corazón te aclama al verte, cuando te

manifiestas como su señor Cuando te pones en la región de luz en el occidente del cielo, se postran como si muriesen, con la cabeza cubierta, sus narices privadas de aire, hasta que brillas de nuevo en la región de luz en el oriente del cielo. Sus brazos adoran tu ka, nutres sus corazones con tu perfección. Se vive cuando tú resplandeces, todas las comarcas están en fiesta.

Cantantes y músicos gritan de alegría en el patio de la capilla de la piedra levantada [el benben] *y en todos los templos de Aketatón, el lugar de rectitud en que te regocijas. En sus centros se ofrecen los alimentos. Tu hijo venerado pronuncia tus plegarias, oh Atón viviente en sus apariciones. Todos aquellos a los que has creado saltan de alegría ante ti. Tu venerable hijo exulta, oh Atón viviente cotidianamente dichoso en el cielo. Tu descendencia es tu hijo venerado, el único de Ra [el* rey]. *El hijo de Ra no cesa de exaltar su perfección, Neferkeperuré, el único de Ra.*

Yo soy tu hijo que te sirve, que ensalza tu nombre. Tu poder y tu fuerza son firmes en mi corazón. Eres el Atón viviente cuyo símbolo perdura, tú has creado el cielo lejano para brillar en él, para observar lo que has creado. Eres el Uno en quien se encuentra un millón de vidas. Para hacerlas vivir, insuflas el aliento de vida en su nariz. Por la vista de tus rayos, todas las flores existen. Lo que vive y surge del suelo crece cuando tú brillas. Abrevados con tu vista, los rebaños triscan, las aves baten alegremente las alas en el nido. Las disponen para orar al viviente Atón, su creador

El «gran himno» a Atón

Fue grabado en la tumba del confidente del rey, Ay. Para facilitar su lectura, he intercalado títulos que precisan el tema principal abordado en el pasaje.

EL ACTO DE ADORACIÓN

*Adoración de Ra-Horajti que se regocija en la región de luz en su nombre de Chu que es Atón, eternamente viviente; el gran Atón viviente que está enfiesta de regeneración, el señor de todo lo que el disco rodea, señor del cielo, señor de la tierra, señor de la morada de Atón en Aketa*tón; [adoración del] *rey del Alto y el Bajo Egipto, que vive de Maat, el señor de las Dos Tierras, Neferkeperuré, el único de Ra, el hijo de Ra que vive de Maat, el amo de las coronas, Akenatón, de gran duración de vida, y su gran reina amada, la Dama de las Dos Tierras, Nefer-Neferu-Atón Nefertiti, que viva para siempre, en salud y en juventud:*

El visir, el portaabanico a la derecha del rey, Ay, dice:

NACIMIENTO E IRRADIACIÓN DEL PRINCIPIO SOLAR

Tú apareces en la perfección de tu belleza,
en el horizonte del cielo,
disco viviente,
creador de Vida;
sales en el horizonte de oriente,
llenas cada región con tu perfección.
Eres bello, grande, brillante,
elevado por encima de todo el universo,
tus rayos rodean las regiones
hasta el límite de todo lo *que creas.*
Tú eres el principio solar [Ra],
riges los países hasta sus extremos,
los sujetas para tu hijo, al que amas.

LA AUSENCIA DEL PRINCIPIO SOLAR ES SEMEJANTE A LA MUERTE

Te alejas,
y, sin embargo, tus rayos tocan la tierra:
Estás delante de nuestros ojos,
y tu camino sigue siendo desconocido[18]
te pones en el horizonte occidental,
el universo queda en tinieblas, como muerto.
Los hombres duermen en sus habitaciones,
con la cabeza envuelta;
nadie reconoce a su hermano.
Si les arrebatan sus bienes de debajo de la cabeza,
ni siquiera se dan cuenta.
Todos los leones salen de sus cubiles,
todos los reptiles muerden.
El mundo yace en el silencio,
es la más profunda de las tinieblas,
su Creador descansa en el horizonte.[19]

EL RETORNO DEL SOL ES UNA FIESTA DEL ESPIRITU, DEL CORAZÓN CUERPO. EL UNIVERSO ENTERO CONOCE LA ALEGRÍA DIVINA

Tú *[Atón] sales al amanecer, en el horizonte,*
resplandeces, disco solar, en el día,
disipas las tinieblas,
difundes tus rayos.
El doble país está en fiesta,
los hombres se despiertan,
se mantienen erguidos sobre sus pies.
Eres tú quien les hace levantarse.

Con su cuerpo que se ha vuelto puro, se visten.
Sus brazos hacen gestos de adoración ante tu orto.
El universo entero se pone al trabajo,
cada rebaño está satisfecho de su pasto,
árboles y hierbas reverdecen,
las aves, volando fuera de sus nidos con las alas desplegadas,
hacen los actos de adoración a tu Potencia vital
Todos los animales brincan sobre sus patas,
todos los que vuelan, todos los que se posan,
viven cuando tú sales.
Las barcas izan las velas,
remontando descendiendo la corriente.
Cada día está abierto,
tú apareces.
En el río, los peces saltan
hacia tu rostro.
Tus rayos penetran en el corazón de la Muy Verde [el mar].

EL PRINCIPIO SOLAR SE HALLA EN EL ORIGEN DE LA VIDA Y LA HACE CRECER EN TODAS SUS MANIFESTACIONES

Tú haces que el embrión nazca en las mujeres,
tú produces la semilla en el hombre,
das vida al hijo en el seno materno,
le pones en paz,
con lo que detiene las lágrimas.
Tú eres la nodriza
del que se alberga todavía en el seno,
insuflas constantemente el aliento
para dar vida a toda criatura.
En el momento en que la criatura sale de la matriz para respirar,

abres su boca completamente,
le ofreces lo que le es necesario.
El pajarilla está en su huevo,
pía dentro de su cáscara.
Tú le insuflas el aliento en el interior,
le das vida.
Has ordenado para él
un tiempo de gestación medido con rigor,
haciéndole completo.
Rompe su cáscara desde el interior,
sale del huevo, pía
en el instante fijado,
sale y anda sobre sus patas.

EL PRINCIPIO SOLAR ES UNO Y MÚLTIPLE

¡Qué numerosos son los elementos de tu creación,
ocultos a nuestros ojos,
Dios único sin igual!
Tú creas en universo según tu Corazón-conciencia,
siendo así que estabas solo.

EL PRINCIPIO SOLAR CREA DIFERENCIAS ENTRE LAS RAZAS, PERO REPARTE SUS BENEFICIOS SIN DISCRIMINACION

Hombres, rebaños, animales salvajes,
todo lo que vive sobre la tierra,
desplazándose sobre sus pies,
todo lo que está en las alturas
y vuela, con las alas desplegadas,
los países de Siria y de Nubia,

el país de Egipto,
tú sitúas cada hombre en su función,
le otorgas lo que le conviene.
Las lenguas son múltiples,
en su manera de expresarse,
sus caracteres son diferentes,
el color de la piel es distinto,
has diferenciado los pueblos extranjeros.
Tú creas un Nilo en el mundo inferior,
lo haces surgir según tu conciencia
para dar vida a los hombres de Egipto,
según la manera en que lo has hecho para ti mismo.
Tú eres su Dueño,
te preocupas de ellos,
señor de todas las regiones,
sales para ellas.
Disco del día, grande en dignidad,
das la vida a todo país extranjero, incluso alejado
Sitúas un Nilo en el cielo,
que desciende para ellos,
da formas a las corrientes de agua
para regar sus campos y sus ciudades.
¡Cuán excelentes son tus designios,
oh, Señor de eternidad!
El Nilo en el cielo
es un don tuyo a los extranjeros,
a todo animal del desierto que anda sobre sus patas;
para la tierra amada [Egipto],
el Nilo viene del mundo inferior.[20]

EL PRINCIPIO SOLAR RIGE LA ARMONÍA DEL MUNDO.
CREA TODO CUANTO EXISTE,
PERO PERMANECE EN LA UNIDAD

Tus rayos amamantan todos los campos,
sales,
viven, crecen en ti.
Regulas armoniosamente las estaciones,
desarrollas toda tu creación.
El invierno tiene como función dar el frescor;
el calor, la de hacer que los hombres te aprecien.
Creas el cielo a lo lejos,
te alzas en él,
abarcas con la mirada toda tu creación,
permaneces en tu Unidad.
Sales
en tu forma de disco viviente,
que aparece y resplandece,
que está lejano,
que está próximo,
extraes eternamente
miles de formas a partir de ti mismo,
permaneces en tu Unidad.
Ciudades, regiones, campos, caminos, ríos,
todo ojo te ve frente a él.
Tú eres el disco del día
por encima del universo[21]
Te alejas,
ninguno de los seres engendrados por ti existe
salvo para contemplarte únicamente.

EL REY AKENATÓN ES EL ÚNICO QUE CONOCE EL PRINCIPIO CREADOR

Ninguno de aquellos a los que engendras te ve,
resides en mi corazón.
No existe otro que te conozca,
a excepción de tu hijo Akenatón.
Tú le haces conocedor de tus proyectos,
de tu poderío.

SON LOS «MOVIMIENTOS» DEL PRINCIPIO SOLAR LOS QUE DETERMINAN LOS RITMOS DE LA VIDA

El universo viene a la existencia sobre ni mano,
como tú lo creas.[22]
Sales,
y él vive.
Te pones,
y él muere.
Eres la extensión duradera de la vida,
todo vive de ti.
Los ojos permanecen continuamente fijos en tu perfección hasta que te pones.
Te pones occidente,
y todo trabajo se detiene.

EL REY AKENATÓN Y SU ESPOSA NEFERTITI
SON LOS PRIMEROS BENEFICIARIOS DE LA CREACIÓN.
POR ESO SON RESPONSABLES DE ELLA

Cuando sales,
haces crecer todas las cosas para el rey;
el movimiento se apodera de todas las piernas,
pones en orden el universo,
lo haces surgir para tu hijo,
nacido de tu Ser,
el rey del Alto el Bajo Egipto,
viviente de la Armonía universal,
el señor del doble país,
hijo de Ra,
viviente de la Armonía universal,
dueño de las coronas,
Akenatón,
que la duración de su vida sea grande...
que su gran esposa a la que ama,
la dama del doble país,
Nefertiti,
viva y rejuvenezca
para siempre, eternamente.

Atón y la regeneración cotidiana

Atón es el señor de la fiesta del *sed,* que permite al rey regenerarse mágicamente. Los rayos de Atón aportan al faraón miles de fiestas *del sed.* Nacido como Atón, Akenatón es eterno como él.

Lo esencial, como señala Marianne Doresse, es que, gracias a Atón, la fiesta de regeneración tiene lugar todos los días. En

efecto, los textos indican que, cuando Atón se eleva en el cielo para iluminar la tierra, sus rayos descienden hacia el rey, su hijo bienamado. Las manos del sol son portadoras de millones de fiestas de regeneración para el faraón, el hijo nacido de la luz. Atón transmite al rey la duración de su propia vida, es decir, la eternidad de la mañana y la eternidad de la tarde.

Para celebrar esta regeneración, ritmada por un ritual de la mañana y un ritual de la tarde, Akenatón se revestía con la túnica blanca característica, que habían llevado todos los reyes anteriores a él.

Atón, alegría y amor

La aparición de Atón provoca una alegría que inunda los corazones. La tierra vive una fiesta luminosa. Las aclamaciones brotan de los pechos para reconocer a Atón como rey.

El culto de Atón se nutre de esta alegría, que saluda la belleza de la creación, modelada por lo divino. Akenatón aleja la noche y la muerte. Canta lo que vive, lo que se mueve, todo lo que encarna el dinamismo del ser, ya se trate de comer, de respirar, de jugar o de amar.

Cada mañana supone la espera de un renacimiento, durante el cual se ofrece la vida de nuevo a todas las criaturas. Por la gracia de Atón, nacen la alegría de los hombres, la salud de los cuerpos, la risa de los niños. Por su virtud creadora, se abren las flores y se forman los frutos. Quien glorifica su nombre en la oración se beneficia de sus más dulces ofrendas, el murmullo del viento y del agua. Tan pronto como Atón brilla, el vigor anima a las criaturas, los animales triscan alegremente, las aves vuelan por todas partes. Los corazones se llenan de un suave calor y todos se complacen en respirar.

Atón es también la fuerza de amor que hace que los seres vivientes coexistan sin destruirse y traten de vivir en armonía. «Uniendo todas las cosas con los lazos de su amor», Atón se mantiene atento tanto a las pequeñas cosas como a los grandes acontecimientos. Su pensamiento es «el acontecimiento que produce la vida». Nada está excluido de su amor.

Quien sitúe a Atón en su corazón no conocerá ni la miseria ni la pobreza, puesto que contemplará maravillado la presencia de Dios en todas las cosas. No hay llamadas patéticas dirigidas a Atón, ni súplicas para obtener curaciones o ayudas. La religión de Atón se centra en la alegría. Fertilidad de la naturaleza, abundancia de alimentos son las pruebas tangibles de la irradiación de Atón.

«El Atón -observa Pendlebury- es un dios únicamente creador. Ha creado a todos los seres vivientes y ha subvenido a todas sus necesidades, pero ahí termina su obra. No se encuentra en él ni rastro de una voluntad que recompense el bien o castigue el mal.»

Ahora bien, aunque la dimensión moral y, por lo tanto, humana está efectivamente excluida de la luz en su irradiación divina, engendra no obstante un destino. Atón y el rey llevan el nombre de «Destino que da la vida». Mediante su aparición, Atón responde a todas las preguntas que se formulan los seres. La intensidad de su luz es vida absoluta, total, existencia aquí abajo y vida eterna.

15
¿MONOTEÍSMO?

Muchos comentaristas de la época amarniana, especialistas o no, sacaron una conclusión que, al repetirse de libro en libro, se ha convertido casi en una evidencia que no se discute: fuera cual fuese la experiencia religiosa de Akenatón, éste fue el inventor del monoteísmo. Su concepción de un dios único suponía una ruptura neta con el politeísmo antiguo y prefiguraba la revelación de Moisés.

Dicha evidencia me parece en extremo discutible. Vamos a ver por qué.

En la tumba de Neferhotep, que data de la época de Horemheb, se define a Atón como «el cuerpo visible de Ra». Las relaciones entre las dos formas de la luz divina son esenciales. Ra es la luz en su principio divino y abstracto. Acción pura que crea la vida, es a la vez invisible y visible. Atón, Indisociable de esta energía primordial, le da cuerpo y la manifiesta de manera deslumbrante. Como hemos visto, en los textos más importantes se insiste sobre los resultados de la aparición de la luz, sobre la alegría que provoca entre los seres.

Los nombres teológicos de Atón no permiten ninguna ambigüedad. El principio divino recibe el nombre de «Ra, el padre, que ha venido en tanto que Atón». Akenatón es «El único de Ra», que es a su vez «El regente de la región de luz», allí donde sale Atón. Nefertiti pone a su quinta hija el nombre de Nefer-Neferu-Ra, «Perfecta es la perfección de Ra», a la sexta el de Setep-en-Ra, «La elegida de Ra».

La dependencia de Atón con respecto a Ra se halla perfectamente marcada. Atón no es el dios único que arroja a la nada a las demás formas divinas. Al contrario, es una de esas formas, nacida de la luz del principio a fin de caracterizar un tiempo y un reinado.

Cada potencia divina es única en relación con dicho principio. De Amón, por ejemplo, se dice: «Amón, el uno que es único y cuyos brazos son numerosos» (papiro Boulaq 17), lo que podría ser una excelente descripción de Atón y nos permite señalar que no existe ningún antagonismo fundamental entre un dios y otro dios, que no puede darse una guerra de cultos, puesto que el pensamiento religioso del antiguo Egipto no se expresa en forma de dogmas.

Volviendo a la religión solar de Heliópolis, centrada en Ra, Akenatón le ofrece un nuevo poder de expresión al poner en la cumbre a un «pequeño» dios, que forma parte del panteón tradicional, Atón. Con ello le convierte en una especie de rey de las divinidades, que, incluido Amón, le rinden ahora homenaje.

Atón es luz, alegría, movimiento. Los textos que le celebran no hablan de muerte y resurrección. Es decir, no hablan del dominio de Osiris, el juez de los difuntos y guardián del tribunal del otro mundo. No hay en el arte amarniano representaciones de los símbolos y de los cultos osirianos.

La estela de Hetyu da la clave del enigma: *¡Salud a ti, Osiris*-proclama-, *justificado en el tribunal! Te alzas como Ra en la región de luz, su disco es tu disco, su imagen es tu imagen, su poder es tu poder.* Akenatón convierte en uno a Ra, el señor de los espacios celestes, y Osiris, el señor de los espacios subterráneos. Integra el ser de Osiris en el de Ra. Incluye el más allá en la luz, y la muerte, en la alegría de la irradiación solar.

La idea no tiene nada de «herética». Ya está presente en el corpus religioso más antiguo, los *Textos de las Pirámides.* Por lo demás, el faraón no rechaza su calidad de Osiris, es decir, su capacidad de ser resucitado. En la tumba 55 del Valle de los

Reyes, que plantea numerosas cuestiones, sobre las que volveremos más adelante, había ladrillos mágicos, destinados a asegurar la protección de Akenatón. El nombre grabado en ellos resulta en extremo significativo. En efecto, se califica al rey de Osiris-Nefer-keperu-Ra. Dicho de otro modo, el más allá de Akenatón corresponde al de un Osiris unido a Ra, un ser transmutado y unido a la luz del origen, lo que está perfectamente de acuerdo con las enseñanzas de la espiritualidad egipcia más antigua.

Ciertos símbolos funerarios no serán abandonados, por ejemplo el del cofre de canopes, vasos que simbolizan a los cuatro hijos de Horus. En su interior, se guardan las vísceras del muerto que se ha convertido en Osiris. No obstante, ha cambiado un elemento. De ordinario, figuras de diosas adornan las esquinas del cofre de canopes. En el caso de Akenatón, en cambio, hay cuatro halcones, imágenes del dios solar Ra-Horajti. Se observa, pues, la misma voluntad de subrayar la fusión entre Osiris y Ra.

Para efectuar diversos trabajos en el más allá, los resucitados se servían de pequeñas figurillas mágicas, los uchebtis (o sauabtis), cuyo nombre significa «los que responden». Las figurillas, en efecto, respondían a la llamada del resucitado conocedor de las fórmulas precisas que las obligaban a poner manos a la obra. Ahora bien, el Metropolitan Museum of Arts posee un uchebti del faraón Akenatón de cuarcita, en la posición osiriana clásica: brazos cruzados sobre el pecho y llevando en las manos «llaves de vida». Hay algunos detalles que difieren del simbolismo tradicional. La barba osiriana ha sido reemplazada por la barba «postiza» real, y el tocado es una peluca arcaica, con adición del uraeus.

El oficial superior Hat poseía también un uchebti, que se conserva en el Museo de El Cairo (JE 39.590). La figurilla sostiene las dos azadas que sirven para cavar la tierra. De acuerdo con el texto que la acompaña, Hat pide al disco viviente que ilumina todos los países con su belleza, que le conceda la suave brisa del norte,

una larga vida en el bello occidente, agua fresca, vino y leche para su *ka,* el poder creador inmortal. Es decir, una serie de votos muy tradicionales.

Hecho esencial, se sigue practicando la momificación, que tiene por objeto transformar el cuerpo mortal en cuerpo inmortal e identificar al individuo con el ser cósmico, Osiris. Pero aunque se conserva el escarabajo depositado sobre la momia, destinado a servirle como «corazón de las transformaciones» en el más allá, no se graba ya sobre su superficie un pasaje del *Libro de los muertos,* sino una plegaria a Atón.

Lo que la religión atoniana oculta por completo es el recorrido subterráneo y nocturno del sol, durante el cual se enfrenta a pruebas temibles y corre peligro de ser destruido. El simbolismo de Atón es diurno, alegre y luminoso. No tiene en cuenta la geografía del otro mundo, tal como aparece desvelada en las tumbas del Valle de los Reyes o en textos como el *Libro de la cámara oculta* («Amduat»).

Pero si bien las terribles pruebas del mundo inferior y el tribunal de Osiris están ausentes de la religión atoniana, las tinieblas, sin embargo, perduran. Cuando la luz desaparece en Occidente, el alma del fiel de Atón entra en una especie de letargo, un sueño que es una forma de muerte. No puede hacer otra cosa que esperar el retorno de Atón, por la mañana, para revivir de nuevo. Al caer la noche, el alma está obligada a reintegrarse en el cuerpo y quedar prisionera de sus tinieblas y su inmovilidad. Cuando el cuerpo visible del sol desaparece, el universo se paraliza. Mediante la acción ritual del faraón, que acompaña la salida de un nuevo sol, las almas muertas renacen en forma de almas vivientes, que siguen el curso del astro en el cielo.

La brillantez de Atón oculta ciertos aspectos del reino de los muertos. No obstante, se siguen excavando tumbas, moradas de eternidad, que son otras tantas puertas al más allá en esta tierra.

Es esencial preservar una «circulación de energía» entre el alma y el mundo de los vivos. En realidad, no existe ninguna solución de continuidad entre lo aparente y lo escondido. Egipto considera que la muerte no existe. No hay más que una serie de transformaciones, una metamorfosis, cuyas leyes son eternas. Por eso el alma del justo, vivificada constantemente por los rayos de Atón, se complace en retornar al jardín de su casa, en respirar el aroma del viento, en gustar el frescor del agua.

Tomando la forma de un ave, el alma sale periódicamente de la tumba, después de haberse purificado, para glorificar al sol levante y fundirse en su luz. Y como ha sido desde los comienzos de la civilización egipcia, el alma desea también que su nombre, o lo que es lo mismo, su ser profundo, sea conservado con respeto sobre la tierra. Mediante el conocimiento de ese nombre, los herederos del difunto asegurarán su supervivencia, que exige igualmente numerosas ofrendas. El alma continúa alimentándose, no ya de sustancias concretas, sino de la esencia sutil de los alimentos y las bebidas que le son presentadas, de la energía vital que contienen.

Durante la celebración en honor de Atón, se evoca a las almas, que participan como comensales invisibles en el banquete divino que se celebra a diario, mediante el ritual de la ofrenda, en el gran patio del templo de Atón.

La decoración de las tumbas se modifica profundamente. El tema central es ahora Akenatón. En las escenas y los textos que adornan sus últimas moradas, los difuntos nos hablan mucho de las relaciones sociales y espirituales que han sostenido con el rey. Se hacen inmortalizar con preferencia en los episodios de su vida cotidiana en que interviene personalmente Akenatón.

A la imagen omnipresente del rey, se añade la de los miembros de su familia. Nefertiti se encuentra a menudo presente en el decorado de las tumbas, acompañada por sus hijos. Los textos vienen a completar la visión plástica, puesto que las paredes

ofrecen a los teólogos el espacio necesario para grabar los himnos y las oraciones a Atón.

Los miembros de la familia real, que desempeñan un papel esencial en la religión atoniana, representan aquí a las divinidades tradicionales. El deseo más intenso de un habitante de Aketatón es ver al rey y la reina en tanto que encarnación de lo divino, contemplar a Atón que se eleva a la vez en el cielo y en el ser inmortal de la pareja solar.

¿Atón impugnado?

Que la población egipcia estaba apegada al culto de Osiris es un hecho considerado como indiscutible por la mayoría de los egiptólogos. Una vez más, desconfiemos de las evidencias. La famosa «peregrinación a Abydos», la ciudad santa de Osiris, no era una *kermesse* a la que fuese invitada una nutrida muchedumbre. Sólo las almas de los justos se dirigían a Abydos, ciudad secreta y cerrada, donde algunos iniciados, en un número restringido, celebraban los misterios de Osiris, cuyo contenido permaneció ignorado de la mayor parte de los egipcios. Pocos seres tuvieron acceso al conocimiento de los textos esotéricos en los que se desvelaban los mitos y los ritos osirianos. Para la mayoría, Osiris no era más que un nombre, que garantizaba para los justos la inmortalidad del alma. El fervor osiriano de los últimos tiempos de Egipto, con una multiplicación de exvotos que hace pensar en manifestaciones religiosas como las de Lourdes, no existe en la época de Akenatón.

Que Atón reemplazase a Osiris como garantía de la vida eterna no despertó probablemente ninguna emoción particular. La población no podía ser sensible a la teología sutil del dios de la luz, como no lo había sido a la de Amón. Lo importante era que lo

sagrado continuase reinando sobre lo cotidiano y que no se disociase el destino de los humanos de la acción de los dioses.

¿Atón fue impugnado en su propia capital? Algunos egiptólogos, Erman, por ejemplo, lo han pensado así. «Cuando echamos hoy, después de varios milenios, una ojeada sobre el reino de Tell al-Amarna -escribe-, nos sentimos tentados a no ver en él más que un mundo sereno y enteramente bañado por los rayos del sol. Una joven pareja real con unas hijas encantadoras, una ciudad resplandeciente de templos encantados, de palacios y palacetes, de jardines y de estanques, todo ello aureolado por una fe gozosa, que sólo conoce las acciones de gracias dirigidas al creador pleno de bondad y la justicia con respecto al prójimo, aun en el caso de que pertenezca a un pueblo extranjero... ¡Algo tan maravilloso y tan raro en el mundo! Desgraciadamente, ese esplendor debía de ser puramente exterior, y sin duda las miserias y las preocupaciones no se hallaban ausentes de la corte de Tell al-Amarna. A pesar de todo el celo del rey, la nueva creencia fue rechazada por la mayoría del pueblo, que continuó adorando en secreto a sus antiguos dioses.»

En efecto, me parece necesario desconfiar de una visión «paradisíaca» de la vida en Al-Amarna. Sin embargo, el término «adorar en secreto» me parece muy discutible. El rey no podía ignorar que una parte de la población egipcia, tanto en Al-Amarna como en otras partes, seguía practicando devociones ancestrales y que su dios no tenía la exclusiva del corazón de muchos de sus súbditos.

Algunos de los habitantes de Aketatón llevan nombres en cuya composición entran los de divinidades tradicionales. El rey no les obliga a cambiarlos. Las excavaciones han sacado a la luz muchos amuletos y pequeños objetos correspondientes a los cultos de divinidades como Bes, Isis, Tueris e incluso Amón. En casa de un cierto Ptahmose había, por ejemplo, una estela consagrada a las alabanzas del dios Ptah. Entre las joyas de oro descubiertas en

1822 en las proximidades de la tumba real, había en una sortija con un cabujón la representación de una rana, la diosa Heket, sobre un escarabajo. En el interior, el nombre de «Mut, dama de los cielos», la esposa de Amón. Es imposible creer que todos esos objetos fueran llevados a Aketatón tras el abandono de la ciudad. Se deduce, pues, que existía una religión «popular» junto al culto oficial dedicado a Atón.

El descubrimiento de Petrie, que exhumó una serie de pequeñas figurillas en las que vio «escandalosas caricaturas de la familia real», resultó muy incómodo. Se trata de pequeños carros tirados por monos. El conductor es asimismo un mono, llevando a su lado a una mona. ¿Akenatón y Nefertiti? Nada menos seguro. No hay que olvidar las demás figurillas, que representan a monos tocando el arpa, haciendo acrobacias, comiendo, bebiendo. Esta iconografía corresponde a modelos de escultores o juguetes infantiles. Ver en ellos una contestación política contra la pareja real sería absurdo, más aún teniendo en cuenta que la simbología egipcia del mono está lejos de ser negativa. Si bien hay que domesticar y tener dominado el mono agitado que representa la mente, se debe venerar al gran mono que aclama al sol en el momento de su orto y escuchar el mensaje de aquel en que se encarna Thot, dios del conocimiento

Las creencias populares perduraron en Aketatón, lo mismo que en las demás ciudades de Egipto. Las clases bajas permanecieron apegadas a la tradición, aun respetando la aparición de una nueva forma divina, Atón, de la que dependía su dicha y su prosperidad. El faraón no es un hombre político. Es un rey-dios. No puede ser «contestado», en la medida en que su ser simbólico forma el eje que une el cielo con la tierra. De él depende el bienestar espiritual y material de todo el país. Que la forma divina de un reinado se modifique con respecto al reinado precedente no disminuye en nada la estatura del faraón.

Ni monoteísmo ni politeísmo

¿Akenatón fue el creador del monoteísmo?

El problema está mal planteado. Los dos milenios de evolución religiosa de Occidente han terminado por hacernos creer que el monoteísmo constituye la forma superior de la religión, mientras que el politeísmo es su forma atrasada.

Los antiguos egipcios no compartían tal opinión. Monoteísmo y politeísmo son dos aspectos dogmáticos igualmente insuficientes para dar cuenta de la naturaleza de lo sagrado.

Punto esencial, los egipcios no creían ni en Dios ni en los dioses. Conocían y experimentaban. Para acceder a la inmortalidad, hay que conocer, no creer. De ahí la importancia de los textos y los rituales, concebidos como una verdadera ciencia del ser.

¿Qué nos enseñan esos textos y rituales? Que cada divinidad es la expresión del Uno, pero que el Uno no suprime lo múltiple. El dios «monoteísta», privado de dioses, no supone ningún progreso, sino que traduce una insuficiencia de percepción de lo sagrado. En cada templo, hay el uno y sus manifestaciones. «El dios único que se transforma por sí mismo en una infinidad de formas -se dice de Amón-; cada dios está en él.»

Hablando con propiedad, la «religión» egipcia es lo que une el ser a lo sagrado por una multiplicidad de vías, todas las cuales se orientan hacia un centro que no puede ser percibido directamente por el individuo, cuyas «competencias» espirituales serán siempre notoriamente insuficientes. Por eso la creencia, por sincera que sea, no puede reemplazar un conocimiento obtenido con la práctica de los símbolos y los ritos.

Akenatón no tuvo jamás la intención de crear el monoteísmo y de luchar contra el politeísmo. Ese tipo de problema es completamente ajeno a la mentalidad egipcia. La espiritualidad egipcia consiste en el conocimiento de la circulación de energía que existe entre lo uno y lo múltiple, entre el centro y la periferia.

Cada faraón está obligado a formular, mediante una puesta en evidencia particular de la potencia divina, un camino hacia ese conocimiento.

¿Atón universal?

El egiptólogo inglés Gardiner pensaba que Akenatón se había contentado con practicar su mística personal dentro de los límites de Amarna y que no se interesaba por el mundo exterior. Otros eruditos sostienen una teoría opuesta. ¿Acaso no se erigieron templos de Atón en Heliópolis, Menfis, Hermonthis y sin duda otras regiones de Egipto? ¿No tenía Akenatón la intención de edificar una religión que, tras haberse extendido a todo Egipto, tomaría un carácter universal? « ¿Qué potencia existía en el mundo -se interroga Weigall- capaz de hacer tambalear un imperio cuyo dios único sería comprendido y adorado desde las cataratas del Nilo hasta el lejano Éufrates?»

¿No se puede alegar en apoyo de esta tesis la existencia de la política universalista practicada por Tutmés III, que combinaba sus victorias militares con una expansión religiosa? ¿No fue sensible Amenofis III, el padre de Akenatón, a una comprensión entre las religiones de su tiempo y no acogió en Egipto a divinidades extranjeras?

Atón había creado la diversidad de las lenguas y las razas, pero concedía sus beneficios a la totalidad de los seres. El dios se presentaba, pues, como el fermento de una comunión religiosa de todos los países que mantenían relaciones con Egipto. ¿Por qué no abandonar el sueño engañador de una dominación militar, siempre discutida, y favorecer más bien el nacimiento de una comunidad de pueblos, basada en un culto único?

El halcón, antiguo símbolo de la fuerza solar, no era verdaderamente comprensible salvo para los egipcios. ¿Akenatón

juzgó indispensable reemplazarlo por otro símbolo, el del disco solar, cuya significación estaba clara para las poblaciones más diversas? Todos podían comprobar los efectos benéficos del sol y contentarse con este enfoque elemental de lo divino.

Esta visión «universalista» de Atón nos parece ahora muy romántica. Implicaría una voluntad de conversión, un carácter misionero que fueron siempre completamente ajenos a la religión egipcia. Precisamente, un Tutmés III, que hubiera podido ser un colonizador riguroso, tuvo gran cuidado de dejar a los territorios bajo protectorado egipcio su autonomía religiosa.

Cierto que el carácter sagrado de la luz divina es universal. Atón, en su principio, no conoce fronteras. Pero su carácter metafísico no indujo a Akenatón a ninguna cruzada.

16

AKENATON, MAESTRO ESPIRITUAL

Poder espiritual y poder temporal son indisociables en la función del señor de las Dos Tierras. Deberes sagrados y administración del país constituyen una armonía global, fuera de la cual no podría existir la felicidad, es decir, la presencia divina en la tierra.

El rey de Egipto era a la vez un hombre de gobierno, un ritualista, un científico y un iniciado en los misterios. La multiplicidad de las competencias requeridas exigía personalidades excepcionales.

Akenatón no fue una excepción a la regla. Incluso insistió de manera muy particular sobre su papel docente en el campo de lo sagrado, lo que hizo de él un maestro espiritual, a semejanza de muchos de sus predecesores.

Con ocasión de su coronación, Akenatón toma el título de «El mayor de los videntes» o, según otra interpretación, «Aquel que ve al Grande [dios]». Tampoco este título había sido elegido al azar. Atribuido de ordinario al gran sacerdote de Heliópolis, la ciudad santa del sol, era uno de los más antiguos y de los más venerados. El periodo de gloria del clero de Heliópolis se remontaba al Antiguo Imperio, muchos siglos antes del reinado de Akenatón.

Sin embargo, el rey no vacila en resucitar ese lejano pasado. Al apropiarse el título del gran sacerdote de Heliópolis, el nuevo

faraón se define como aquel que «ve» la totalidad de la creación (y por lo tanto, para Egipto, aquel que la recrea).

Akenatón es el único sacerdote de Atón o, por lo menos, el único responsable religioso autorizado a hablar en nombre de Atón. Un texto de una de las estelas fronterizas parece indicar que, si el faraón no se encuentra en la capital, el gran sacerdote nombrado por él no puede reemplazarle y hacer «la gran ofrenda» en el patio más sagrado del templo principal de Atón. El rey cumplirá este rito primordial allí donde se halle.

¿Megalomanía de Akenatón? En absoluto. Simple respeto de la tradición faraónica. Sólo el rey está capacitado para celebrar el misterio último del culto, la ofrenda abstracta a la divinidad. Los sacerdotes que él designa son únicamente sus sustitutos.

Akenatón es «Aquel que da a conocer el nombre de Atón». En efecto, nadie más que él conoce la verdadera naturaleza de Dios. «El rey -escribe François Daumas- era jurídica y metafísicamente el heredero y el lugarteniente del creador único. Incluso era el único en poder adorar verdaderamente a su dios, al ser el único uniformado de sus designios y de su poder.»

Esta afirmación teológico procedía del tiempo de las pirámides, en que el faraón, «punto central» de la sociedad egipcia, servía de receptáculo consciente para la fuerza divina, que estaba obligado después a difundir como un sol irradiante.

Akenatón, hijo de dios, es un rey-sacerdote como los grandes faraones de los primeros tiempos de Egipto. Se afirma como el único intermediario entre Dios y los hombres, no por vanidad, sino porque el individuo es demasiado limitado para abrir las puertas del mundo de los dioses. El faraón no es un individuo, sino el espíritu del Egipto inmortal, el símbolo viviente de la comunidad de los egipcios, el hombre cósmico en el que cada individuo encuentra su justo lugar.

Akenatón es al mismo tiempo servidor de Dios y Dios, una realidad que, por lo demás, aparece expresada en los jeroglíficos,

las palabras de los dioses, puesto que en ellos se designa con frecuencia al rey de Egipto con el más modesto de los títulos, el de «servidor». Frente a Dios, el rey se muestra como el servidor más atento y más recogido, ya que debe percibir lo incognoscible y lo invisible. Frente a los hombres, es esplendor y omnipotencia, no por sí mismo, sino para transmitir lo que ha recibido.

La luz de Atón ha agudizado la conciencia del rey. Su deber consiste en compartir esta revelación y en transmitir su experiencia de lo sagrado. Por eso se comporta como un maestro espiritual. Varios textos indican que Akenatón conversaba diariamente con discípulos a los que intentaba hacer comprender la naturaleza de Atón. *¡Cómo prospera -de*clara el rey- *aquel que escucha mi vital enseñanza, aquel que fija cada vez más su mirada en Atón! Cada uno es el servidor que escucha mi enseñanza, mi corazón está satisfecho de toda tarea que Tú cumples para mí.* [El rey] *se opone a aquel que ignora su enseñanza, recompensa al que conoce su perfecta enseñanza vital, que la escucha y actúa según su ley.*

¿Actitud de tirano o de dictador? Es poco probable, puesto que Akenatón no propasa su doctrina, sus impresiones personales sobre lo divino, sino que expone principios teológicos relativos a la naturaleza de la luz divina. Un dignatario hace esta confidencia: *Akenatón se pasa el día instruyéndome, tan grande es el celo que pongo en practicar su enseñanza.* Y Ay pondera: *Mi Señor me ha hecho avanzar porque yo practicaba su enseñanza. Escuchaba sin cesar su voz; mis ojos veían cada día su perfección; mi Señor, sabio como Atón, encontraba su felicidad en la rectitud. ¡Cuán próspero es aquel que escucha la enseñanza vital!* Bek, el maestro escultor, disfrutó también de numerosas conversaciones con el rey.

¿Akenatón desarrolló en mayor medida que otros faraones el aspecto de enseñanza que conllevaba su función? Resulta difícil afirmarlo. Cierto que le dio vasto eco, permitiendo que sus

signatarios hiciesen mención en los textos de sus tumbas de las audiencias privadas que les había concedido el rey.

Por definición, todo faraón es hijo de Ra, el principio solar. Akenatón no reniega de esta filiación, pero le añade algo inédito: el rey es también hijo de Atón, nacido del ser mismo de Atón, que le concede la soberanía sobre todos los países. *Eres Tú quien creas el mundo, dice el rey a su dios; todos te ven reinar en el cielo, nadie te conoce, excepto yo, que soy de tu carne, que soy tu hijo.*

Atón renueva la creación cada mañana. La naturaleza que se duerme y desaparece con el sol poniente es reemplazada por otra naturaleza que se le parece y que, sin embargo, es diferente. Atón empieza por recrearse a sí mismo y luego recrea también al rey, su imagen fiel sobre la tierra. *Tú das nacimiento al rey por la mañana* -canta un himno amarniano-, *al mismo tiempo que tu manifestación. Le construyes como tu imagen, al mismo tiempo que el disco, el rey de Rectitud nacido del Eterno.*

Investido de la realeza por el principio divino, según el esquema tradicional, Akenatón es el rey en la tierra; Atón, el rey en el cielo. Son a la vez él mismo y el otro, el más allá de lo real y lo real. *Igual que el cielo durará con lo que contiene* -dice un texto de la tumba de Ay hablando del rey-, *tu padre, Atón, aparecerá cada día en el cielo para protegerte, porque él te ha creado.*

En la pared este de la misma tumba (columnas 1 a 5) una oración indica que los rayos de Atón inundan a su hijo, el rey. Las manos del sol divino tienden millones de fiestas de regeneración al hijo que ha nacido de él. Atón ha captado el deseo del corazón del rey, le ama y le crea en tanto que Atón, dotándole de la eternidad. Atón crea cada día al faraón como su forma, le construye a su imagen, ya que el rey aplica la regla de Maat y vive de ella.

Es preciso subrayar esta idea de «construcción» por la luz. En todas las épocas se ha concebido al faraón como una obra de arte, construido como un templo, modelado en el tomo de un

alfarero, ideado como una obra maestra por la cofradía de las divinidades.

La «grandeza» divina de Akenatón viene confirmada por la célebre escena de la tumba real de Al-Amarna en que contempla la adoración del sol de la mañana. Akenatón, acompañado por la reina, se presenta como un hombre de gran estatura, frente a la naturaleza que se despierta y a sus funcionarios que le veneran. No pertenece ya al mundo de los humanos y evoca aquí al «hombre grande», el «hombre cósmico» que engloba a su pueblo.

En un bajorrelieve conservado en Cambridge, se ve a Akenatón seguido por un dignatario que ostenta el título de «profeta». ¿Significa esto que se rendía culto a un Akenatón divinizado? El hecho no es imposible. Quizá el fundador de la ciudad de Atón quiso, como hará más tarde Ramsés II, marcar la distancia entre el Akenatón terrestre y el principio real celeste, que, durante su reinado, se encarnaba en su persona. Como hijo de la eternidad procedente del sol, naciendo de nuevo cada mañana con el sol, Akenatón, en su aspecto divino, podía convertirse en objeto de una veneración de orden ritual, sin ninguna relación con lo que hoy denominamos culto de la personalidad. No se honra de ese modo al individuo Akenatón, sino al faraón en su esencia supraterrestre. Hay que leer, pues, los votos dirigidos al rey desde esta perspectiva:

Que sus riquezas sean tan abundantes como los granos de arena en las orillas, como las escamas de los peces.... que celebre tantos jubileos como plumas tienen las aves y como hojas hay en los árboles.

17

LA DIOSA NEFERTITI

El nombre de Nefertiti va precedido con frecuencia de la frase Nefer-Neferu-Atón, «Perfecta es la perfección de Atón». Por consiguiente, es la reina la encargada de expresar esta «perfección» del dios, indicada por el término egipcio *nefer,* que se traduce también por «bello, bueno, justo». Aquello que es *nefer* ha alcanzado una armonía que no tiene nada de estática e inerte. A partir de tal perfección, es posible encarar una nueva evolución.

Nefertiti es también *la que hace reposar Atón con su dulce voz y sus hermosas manos que sostienen sistros.* Ese papel de gran sacerdotisa música es totalmente tradicional. Normalmente lo llenaba la superiora del colegio femenino de la diosa Hator, con la que se identificó precisamente a Nefertiti.

En la ciudad del sol, las tareas rituales de Nefertiti eran considerables. Participaba activamente en muchas ceremonias y dirigía algunas de ellas. Probablemente estaba encargada de un santuario, «La morada del reposo de Atón», y tenía a sus órdenes un clero femenino.

Pero sin duda hay más todavía. Un texto de una tumba de Aketatón indica que *el disco sale para manifestar su favor a Nefertiti y se pone redoblando de amor por ella.*[23]

El «gran himno a Atón», grabado en la pared este de la tumba de Ay, está dirigido a Atón, Akenatón y Nefertiti. Dato capital, ese texto clave termina con la mención de «la gran esposa a la que ama Akenatón », la reina Nefertiti. La soberana de Egipto aparece

como la concretizadora del pensamiento expresado por su esposo, dándole valor de realidad eterna. La presencia de la reina es aquí de orden mágico. Hace efectivo el verbo emitido, sella las palabras pronunciadas por el rey, transforma el himno entero en una cadena de revelaciones destinadas a nutrir de luz la humanidad.

Subrayar así el papel de la reina equivale a atribuirle un lugar a la cabeza del Estado. Significa asociaría al poder real de la manera más directa y más manifiesta. Pero significa también, sin duda, conferirle un estatuto divino idéntico al de Akenatón. No se venera así a la Nefertiti histórica, sino a la reina en función sagrada, como potencia celeste manifestada. La soberana de las Dos Tierras se halla para siempre al lado de «El único de Ra», su esposo. Se le ofrecen las fiestas de regeneración, lo mismo que al rey. Vive, por lo tanto, por toda la eternidad, que encarna simbólicamente en la tierra.

Otro indicio susceptible de confirmar la existencia de una diosa Nefertiti es la presencia de estatuas de la reina en el gran templo de Atón, en Aketatón. Hay sobre ese cuerpo de piedra cartuchos que contienen el nombre de Atón, dos sobre los pechos, dos en el bíceps, otro en el centro del ser, justo por encima del ombligo. Si se rendía un culto a esas estatuas, se trata en efecto de una diosa, cuyos favores se solicitaban así.

Como otras reinas que desempeñaron la función suprema de faraón, el nombre de Nefertiti aparece doblado en las inscripciones. Se utiliza para dirigirse a ella el término dua, «adorar, orar», normalmente reservado a las divinidades y al rey en su aspecto divino.

Por último, hay que evocar una particularidad iconográfica en extremo reveladora. De ordinario, se ven cuatro diosas en los ángulos de los sarcófagos más refinados. El arte amarniano las reemplaza por Nefertiti. En otras palabras, la reina contiene en su persona a todas las diosas indispensables para celebrar los ritos osirianos de resurrección, lo que confirma nuestra hipótesis según

la cual la pareja real no suprimió ni rechazó la enseñanza de tipo osiriano, sino que la integró en la simbología de Atón. El rey y la reina forman por sí solos un verdadero Panteón, que reemplaza a las divinidades oscurecidas por la luz de Atón.

Nefertiti es a la vez Isis y Neftis, las dos diosas principales del mito osiriano. Es también Hator, la diosa más importante del mito solar. Y por último, en mi opinión, es también la diosa Nefertiti, la diosa mayor del culto de Atón, celebrado en la nueva capital.

18

LOS TEMPLOS DE ATÓN

De unos ochocientos metros de longitud en su eje oeste-este y de trescientos de ancho en el eje norte-sur, el gran templo de Atón era el joyel y el centro espiritual de la nueva capital de Egipto. Su gran eje era perpendicular al del palacio, orientado de norte a sur.

El edificio, que ostentaba el nombre de «Morada de la alegría de encontrar a Atón», estaba incluido en un recinto, el *per-heb,* o «Morada de fiesta», haciendo así eco a un templo solar del Antiguo Imperio. La noción de «fiesta», capital para el antiguo Egipto, sigue siendo esencial en el culto de Atón, cuyas apariciones provocan una alegría que se extiende a toda la naturaleza.

Desgraciadamente, el visitante actual no puede ya descubrir el gran templo de Atón tal y como el rey lo había concebido. Después de la muerte de Akenatón, el edificio fue víctima de una destrucción total y no queda de él más que un terreno arrasado. Sin embargo, gracias a una técnica de construcción muy particular, tenemos la suerte de poder imaginar con bastante aproximación la obra de Akenatón.

«Se empezaba -explica Jacques Vandier- por excavar zanjas de cimentación en el suelo virgen, en el lugar en que se alzarían los futuros muros. Dichas zanjas se rellenaban después con yeso calcáreo, sobre el cual se trazaban, mediante cuerdas tensas untadas previamente de negro, los límites exactos de esas paredes. El suelo de toda la superficie del templo se cubría igualmente de

yeso y se marcaban sobre él todos los elementos arquitectónicos previstos.» Protegido por los cascotes procedentes de la destrucción del templo, el suelo marcado de este modo se ha mantenido prácticamente intacto. Así, por una especie de milagro, al contar con un plano dibujado sobre el yeso, se logró reconstruir el edificio sin correr demasiado riesgo de error.

El templo de Atón se diferenciaba mucho de los demás edificios destinados al culto por la XVIII Dinastía. De ordinario, se pasaba progresivamente de las grandes salas descubiertas a una pequeña sala oscura, el naos, donde procedía cada mañana a una especie de reanimación de la divinidad, a fin de que el mundo de los hombres continuase existiendo.

Por consiguiente, el templo tradicional del antiguo Egipto no era accesible a los fieles. Algunos de ellos podían entrar en las primeras salas descubiertas, pero sólo a los sacerdotes les estaba permitido penetrar en las piezas cubiertas. El faraón es el único interlocutor del dios, con el que se encuentra en la parte más secreta del templo.

El templo de Atón responde a otras reglas. Cierto que se conserva la idea de progresión hacia Dios y que se continúa observando una sucesión de las salas. Pero ya no hay recintos oscuros. Ninguna de las salas tiene techo. El verdadero templo de Atón es la totalidad del cielo. Y en la tierra, debe traducirse por un edificio abierto a ese cielo inmenso, en que la luz brilla sin límites.

El gran templo presenta al fiel un itinerario que se inicia en una puerta monumental y continúa por una avenida bordeada de esfinges, filas de árboles, una serie de pequeños pilonos, provistos de mástiles para banderolas, y varios grandes patios, terminando por el espacio más sagrado, el lugar en que se alzan numerosos altares.

Akenatón permanece siempre visible, lo mismo que el sol. El dios y su representante se mantienen en comunicación permanente,

en todos los lugares del templo. Ninguna pantalla se interpone entre ellos.

No obstante, la estructura fundamental del edificio sagrado sigue siendo idéntica a lo que ha sido siempre: una ruta desde el exterior hacia el interior, desde una portada de acceso hasta un sanctasanctórum. Hay que franquear una serie de salas, que corresponden a otras tantas etapas hacia el lugar de la ofrenda suprema, presentada por el faraón.

Hemos de subrayar dos particularidades notables: en primer lugar, la existencia de trescientos sesenta pedestales de ladrillo, destinados a recibir las ofrendas de alimentos. Se trata probablemente de un número simbólico, que evoca la sacralización del tiempo y del espacio, de los que Atón es el único dueño. En efecto, el año egipcio constaba de trescientos sesenta días de culto, más cinco jornadas de transición entre el año viejo y el nuevo.

En segundo lugar, la gran estela en que están representados Akenatón y su familia en acto de adoración al sol. La estela sustituye a la piedra piramidal del templo de Heliópolis. Akenatón reemplazó el antiguo símbolo por la figuración de su propia persona, su mujer y sus hijas.

La referencia a Heliópolis continúa siendo totalmente explícita. El corazón del gran templo de Atón, allí donde la divinidad está alegre, se llama *hut benben,* «Templo del benben», dicho de otro modo, de la piedra levantada de los orígenes, el centro sagrado de las Dos Tierras, que se encontraba en el sanctasanctórum del gran templo de Heliópolis. Sobre esta piedra misteriosa había salido por primera vez el sol en el origen de los tiempos. En ella se posaba también el fénix, ave de luz que manifestaba la eternidad del espíritu. Akenatón devolvió la actualidad a este simbolismo muy antiguo, que incluía a Atón en la gran tradición solar del Egipto de la edad de oro. El «nuevo» culto era, en realidad, un retorno al alba de la civilización, a la primera

formulación de una espiritualidad luminosa, que se traduciría por la construcción de las más gigantescas de las piedras levantadas, las pirámides.

El gran templo de Atón albergaba muchas estatuas del rey y la reina divinizados. Sus paredes estaban cubiertas de relieves, cuyo tema principal consistía en la ofrenda a Atón presentada por la pareja real. No queda de todo esto más que escasos fragmentos, pero ellos nos permiten creer en la existencia de colosos que sin duda recordaban a los de Karnak, en los que, a semejanza de Atón, se evoca al faraón, como padre y madre. La mayoría de las estatuas debían de representar a Akenatón y Nefertiti ante las mesas de las ofrendas, sirviendo para la práctica del culto cotidiano.

Lo mismo que en el pasado, el templo es el centro sagrado de la ciudad, pero también su centro económico. Un muro del edificio, reconstruido en el Museo de Luxor, muestra a los obreros destinados a los almacenes, la vida de los talleres, una fábrica de cerveza, campesinos que traen aves de corral... Todo lo que produce la tierra de Egipto debe venir al templo para ser sacralizado y redistribuido a la población.

El «gran sacerdote» de Atón, Meri-Ra, debía de ser el administrador principal. En efecto, en su tumba, aparece junto al rey durante una gira de inspección, mostrando a Akenatón las diversas partes del templo, los almacenes, los establos, los talleres.

El buen funcionamiento del conjunto es vital para la prosperidad de todo Egipto. Akenatón no practica una mística desencarnada en mayor medida que ningún otro faraón. El culto de Atón, como el de cualquier otra divinidad, exige la edificación de un templo donde, junto a las habitaciones reservadas para el ritual, se construye una especie de ciudad santa para albergar los órganos principales de la vida económica del país.

Los oficios y las distintas clases sociales se integran en la realidad sagrada del templo. Por eso se ven en sus paredes escenas que representan a los soldados del cuerpo de carros dirigiéndose, con vehículos y caballos, hacia el santuario de Atón. Entre ellos, figuran nubios, músicos de la guardia, cantantes, flautistas, tañedores de laúd, que, como todos los seres que han recibido la vida de Atón, se asocian al acto de ofrenda.

Ciertos fragmentos permiten suponer -en el caso de que hayan sido correctamente interpretados- que en el interior del gran templo de Atón se hallaba representada la familia real en la intimidad, tomando el fresco bajo una parra. Se trataría entonces de una innovación, debida a la voluntad de la pareja solar de afirmarse en tanto que entidad divina, encontrando, pues, su lugar justo en el interior del recinto sagrado.

La teoría según la cual Atón no recibió del dios más que una ciudad y un solo templo es errónea. Cierto que era preciso ofrecer a Atón un lugar virgen, puro de toda influencia pasada. Sin embargo, una vez descubierta la sede divina, se levantaron otros santuarios para el dios. Sin hablar de Tebas, donde se conservaron los santuarios de Atón, hay que citar Heliópolis, Menfis, algunas ciudades del Delta y sin duda un emplazamiento en Nubia y otro en Siria, todo lo cual corresponde al desarrollo normal del culto ofrecido al dios principal de un reinado. Los artesanos de Akenatón trabajaron en todo Egipto, de norte a sur, incluso en las provincias sometidas al control egipcio.[24]

Se trata de un comportamiento totalmente habitual, que demuestra, si fuera necesario demostrarlo, que la autoridad del faraón se extendía a la totalidad del territorio. Akenatón no era un monarca encerrado en una ciudad mística, rodeada de enemigos. Una vez creada Aketatón, Atón tenía que estar presente en un máximo de templos, donde le acogían divinidades del lugar.

No obstante, la capital seguía constituyendo el punto central del culto, en la medida en que la pareja real se hallaba presente en ella.

Otro detalle relativo al gran templo de Atón: se inspiró probablemente en el santuario, muy alargado, construido por Tutmés I en Karnak. El templo de Amón se desarrolló después conforme a su genio específico. Ahora bien, ¿no intentó Akenatón, también en este aspecto, volver al origen, a una forma primera y primordial?

19

EL CULTO COTIDIANO

Akenatón nombró gran sacerdote del culto de Atón a un hombre cuyo nombre ya hemos citado, Meri-Ra, «el amado de Ra», lo que pone una vez más de manifiesto el estrecho lazo entre Ra y Atón. Meri-Ra posee una tumba en el lugar. Sin embargo, en sus paredes, no es él quien hace un sacrificio a Atón, sino el rey, la reina y dos de sus hijas, MeryAtón y Meket-Atón. Encima de la representación del disco solar, aparece la única figuración de un arco iris que se conoce en el arte egipcio.

Ese gran sacerdote fue sin duda el administrador principal del gran templo de Atón, encargado de velar por la preparación de las ceremonias y su buen desarrollo. No hay más que un ser que pueda celebrar el culto en su totalidad: el faraón, el cual, como se recordará, ha tomado el título del gran sacerdote de Heliópolis, «El mayor de los videntes».

Según las escenas representadas en los talatates, se considera, pues, que Akenatón era el único en presentar ofrendas, aunque le asistiese un primer profeta del rey dios, un ritualista jefe y «el mayor de los videntes», sacerdote al que había atribuido su propio título.

El culto comprende dos actos importantes: el primero, una procesión hacia el altar principal a través de la sucesión de las salas, comparadas en los altares secundarios; el segundo, «el cumplimiento de la gran ofrenda» ante el altar principal, cargada

de provisiones. El término egipcio, *semaa aabet* indica que esta última fue cumplida con rectitud.

Según Badawy, había mesas de ofrenda dispuestas en el lado norte del templo, y otras en el lado sur, utilizadas las primeras durante los ritos de la salida del sol, las segundas durante los ritos del ocaso. Cada día del año, así plenamente ritualizado, se convertía en la expresión de la potencia divina, que dispensaba alimentos espirituales y materiales.

Danzas y cantos formaban parte integrante del culto. Los músicos, hombres y mujeres, formaban una casta religiosa, iniciada en ritos precisos. Estaban encargados de poner el alma humana en resonancia con la de los dioses. Se advertirá que los músicos, que no debían ver a Atón, llevaban una venda para proteger sus ojos de los rayos ardientes y para poder concentrarse en la expresión de su arte. En cambio las mujeres no llevaban esa venda, sin duda a causa de su afinidad al oro celeste. El disco se nutría de la sustancia inmaterial de la música y el canto, ofrenda sutil que penetraba directamente en su ser y se traducía por una emisión armónica de origen divino, garantía a su vez de la felicidad terrestre.

A esta fase animada y alegre del culto sucedía el silencio y la contemplación, cuando el disco aparecía en el oriente. El rey y la reina, imitados por los celebrantes, contenían el aliento cuando el primer rayo traspasaba las tinieblas, anunciando el nacimiento de una luz tan potente que pronto llenaría el mundo.

Se trata de una simplificación considerable con respecto a la tradición. En un templo como Karnak, el faraón, durante el rito del amanecer, que era el más desarrollado, procedía a despertar al dios tras haber abierto las puertas del naos. A continuación, leía un largo texto destinado a hacer de nuevo plenamente eficaz la presencia divina sobre la tierra.

Tal tipo de ritual ha dejado de existir en Aketatón. Sin embargo, se conserva el acto central del culto, la ofrenda. El

faraón eleva el nombre de Atón hacia el cielo, ofrece Maat a Atón. Esta ofrenda de Maat significa una restitución al principio divino de las reglas divinas que él reveló a la humanidad. Conservarla supondría una traición. El faraón tiene el deber de devolver al principio la obra del principio. Aunque con una formulación simplificada, la religión atoniana no deroga esta exigencia fundamental, sobre la cual se ha edificado toda la civilización egipcia.

Atón y el faraón, su representante en la tierra, dependen de Maat, la regla universal. El punto, bien precisado en las estelas fronterizas, se pone en aplicación. La consagración de las ofrendas es eficaz, y Egipto conserva su prosperidad gracias a que se respeta a Maat.

No se desmiente la importancia del verbo. Las fórmulas de sacralización, aunque sean simplificadas, deben ser pronunciadas. Los adoradores de Atón desean oír la voz del faraón en el templo de la piedra levantada. Lo que enuncia el rey se realiza. Por lo tanto, debe utilizar el verbo del que es depositario para atraer hacia el altar la luz de Atón.

Culto privado

Varios textos amarnianos prueban que la religión atoniana preserva la noción fundamental del *ka,* la energía creadora de naturaleza no humana que puede encarnarse en todo cuanto vive, sin ser alterada por la manifestación. Por eso, en el momento de la muerte, un ser humano «retorna hacia su *ka*», hacia la energía primordial de la que procede y que ha utilizado mejor o peor durante su paso por la tierra.

Y no sólo la religión atoniana no modifica la concepción tradicional del ser (el *ba, el ka,* el nombre), sino que permite que se desarrolle un culto privado, del que se han encontrado algunas

huellas en las casas de particulares de la ciudad del sol. Ya no se venera a los antepasados o a las divinidades habituales, sino a la pareja real en el momento de presentar su ofrenda a Atón y de recibir de él la vida. Como se ve en la sala atoniana, en la planta baja del museo de El Cairo, los particulares podían tener en su casa verdaderos naos en forma de fachada de templo, que servían de altar para practicar en él un culto a la familia real, intermediaria sagrada entre Atón y la humanidad. De acuerdo con un dispositivo simbólico corriente en el arte amarniano, se ve una tríada formada por Akenatón, Nefertiti y una de sus hijas.

La familia real se halla representada en actitudes relajadas y familiares sobre pequeños monumentos de piedra calcárea, protegidos por postigos de madera. Por ejemplo, la pareja juega con sus hijas bajo la protección del sol.

Existían también estatuillas representando a Akenatón, algunas de ellas provistas de un pedestal en forma de L. En este último caso, el rey parece estar arrodillado, elevando las manos ante sí para adorar a Atón durante su orto. La representación del monarca va acompañada por una pequeña estela, sobre la cual se han grabado los cartuchos reales, iluminados por los rayos de Atón, que, con el contacto de sus manos, les da la vida. Por debajo de los cartuchos, se entrelazan las plantas del Alto y el Bajo Egipto. Es el símbolo más antiguo de la indispensable unión delas Dos Tierras. En cuanto a los pueblos extranjeros, nublos, libios y asiáticos, están representados en una actitud de sumisión al rey.

Los particulares, algunos de los cuales continuaban venerando a las divinidades tradicionales, podían disponer así, en su propia casa, de pequeños monumentos que les recordaban lo esencial del culto y de la teología atoniana, tal como se encarnaba a través de la familia real.

20

LA PAREJA REAL Y SUS HIJAS

El faraón es un ser cósmico. En él se unen lo masculino y lo femenino. En la cumbre del Estado egipcio, el ejercicio del poder sacralizado está asegurado por una pareja reinante. Nefertiti y Akenatón encarnaron con un esplendor particular esta verdad eterna de Egipto.

Los rayos de Atón, el sol divino, no iluminan sólo a Akenatón, sino a Akenatón y Nefertiti. Y aunque los textos afirman que el rey, servidor de Atón, es el único ser que conoce verdaderamente a su padre celeste, la reina, en la comunión de la pareja, comparte este conocimiento trascendente. Akenatón y Nefertiti son indisociables, como lo son Ra y Hator. Como hemos visto, en los oratorios privados, los particulares presentan sus ofrendas a Atón por intermedio de la pareja real, único lazo posible entre el universo divino y el mundo humano.

Ni durante el Antiguo Imperio ni en la época de Akenatón le está permitido a un particular dirigirse directamente a la divinidad. Hay demasiada distancia entre el individuo y la realidad divina. El ser del faraón, que es a la vez cielo y tierra, actúa para que la divinidad, aun conservando su naturaleza celeste, esté presente y sea eficaz sobre la tierra. Ir hacia lo divino implica «pasar» por la pareja real, que, por lo demás, está presente en todos los acontecimientos importantes del reinado, ya sean civiles o religiosos.

Akenatón y Nefertiti dan testimonio de su amor abrasándose, incluso delante del pueblo. No se trata de una simple muestra de afecto, sino de un verdadero rito. Los rayos de Atón abrazan el país; Atón tiene al rey abrazado por sus rayos." Akenatón abraza a Nefertiti. De esta manera, como señala justamente Claude Traunecker, vive de Maat, la regla universal que se encarna en la esposa amada y que ni el tiempo ni los hombres pueden alterar.

Los egipcios excluyen lo profano de las escenas de las «moradas de eternidad». Sólo se evoca la vida cotidiana para transcenderla en un universo de resurrección. Cuando el rey y la reina se abrazan, cumplen un acto mágico y forman un símbolo del amor que une la luz a su creación.

La pareja real aparece desnuda en diversas ocasiones, ya esté celebrando un banquete, como en la tumba de Huy, proceda a una entrega de condecoraciones, como en la de Ay, o se encamine hacia el templo, como en la de Ahmes. Los egipcios no experimentaban ninguna desconfianza con respecto al cuerpo. En los campos, los obreros trabajaban desnudos. En el secreto de sanctasanctórum, frente a Dios en su abstracción, el rey está desnudo. Era cosa corriente que los miembros de la familia real viviesen desnudos en la intimidad de sus apartamentos privados. Que se hiciesen representar durante esas escenas de intimidad constituye una de las características del arte amarniano. Nefertiti y Akenatón afirman, una vez más, que no existe ningún obstáculo entre la luz divina y la pareja real.

En el espíritu de Akenatón, su vida familiar es el símbolo más perfecto de la vida divina. Ofrece a los hombres de Egipto el modelo de la vida cotidiana que debe llevar el hombre justo para acceder a la visión interior de Atón. «El amor conyugal -señala Pirenne- es, por consiguiente, la manifestación suprema de la divinidad. Por eso, lejos de ocultar su vida íntima a los ojos de sus súbditos, el rey sólo se muestra en público acompañado de su esposa, a la que testimonia abiertamente su ternura.» En la

mayoría de las obras de arte, el dios Atón, manifestado por el sol, es indisociable de la entidad sagrada formada por el rey y por la reina. Akenatón y Nefertiti son el gran sacerdote y la gran sacerdotisa del culto del sol nuevo. Ofician juntos en pro de la mayor felicidad de Egipto. Para que Atón no se reduzca a una idea abstracta, confinada en el mundo de los dioses, es necesario que un rey y una reina hagan su potencia sensible a todo el universo. La voluntad del Creador se expresa a través de la pareja. La vida que Él concede a la humanidad sólo puede ser transmitida por la pareja.

Las representaciones en que el amor conyugal ocupa el primer lugar no son, pues, gratuitas. Tienen un alcance teológico muy claro. Tienden a demostrar que el amor vivido por la pareja ofrece la vía para una realización armoniosa de la comunidad egipcia en su conjunto.

Vivir en Amarna supone florecer a la luz de la pareja real. Supone también saber que el centro espiritual de la ciudad de Atón es la ofrenda al sol, ofrenda que permite a la luz celeste recrear el mundo cada mañana. Si mi interpretación es exacta, el rey celebra la luz de la mañana, y la reina, la luz del atardecer. La pareja forma así un «ciclo» completo, a imagen del ciclo cósmico.

Seis hijas

Akenatón y Nefertiti no tuvieron ningún hijo varón. ¿Drama personal? ¿Decepción al faltarles un sucesor? Probablemente, pero no es seguro. De haber tenido un hijo, no hubiera sido elegido forzosamente para asociarse al trono.

Nefertiti trajo al mundo seis hijas. Las tres primeras, Mery-Atón, Meket-Atón y Ankhesenpa-Atón nacieron en Tebas, antes del año sexto del reinado y del traslado a la ciudad del sol. La cuarta, Nefer-Neferu-Atón, nació en Aketatón entre el año 6 y el

año 9. Las dos últimas, Nefer-Neferu-Ra y Setep-en-Ra, nacieron entre el año 9 y el año 12.

La simple lectura de estos nombres permite comprobar que, hasta el año 9, las hijas de la pareja real están consagradas a Atón. Después, es Ra el que se convierte en el protector mágico de su nombre. La evolución es significativa y contradice la tesis según la cual un Atón intolerante y fanático excluyó la presencia de toda divinidad.

En los seis nombres, se advierte una presencia de la luz divina, representada primero por Atón, después por Ra. Es el elemento esencial que confiere la eternidad a quienes los portan.

Todavía subsisten algunos misterios en cuanto a las hijas de la pareja real. El más señalado es su aspecto físico. En ciertas representaciones, las pequeñas princesas presentan una curiosa característica, una dolicocefalia muy acentuada, es decir, un alargamiento extraordinario del cráneo.

Se han propuesto diversas interpretaciones de tal anomalía. Se pensó que los artistas, por motivos estéticos, habían exagerado voluntariamente un detalle anatómico peculiar de la familia real. El cráneo alargado podría ser también un gran bonete muy bien ajustado, un detalle de moda. Se pensó asimismo en una operación quirúrgica destinada a mantener una práctica ritual, simbolizando el alargamiento artificial del cráneo el desarrollo espiritual del ser. De hecho, ciertos pueblos africanos practican esos «estiramientos» de naturaleza religiosa.

No creo que todas las hijas de Akenatón padeciesen una deformación patológica y, en mi opinión, la «operación quirúrgica» no corresponde a la mentalidad egipcia de la XVIII Dinastía. En cambio, la idea que simboliza podría haber seducido a Akenatón, hasta el punto de hacerla ilustrar mediante representaciones artísticas.

Un segundo misterio parece más fácil de disipar. En la casi totalidad de los textos que nos hablan de la descendencia de la

pareja real, se precisa que las seis princesas son hijas de Nefertiti, pero se evita citar el nombre de su padre. Ciertos intérpretes sacaron una conclusión brutal de semejante laguna. Teniendo en cuenta el aspecto «patológico» del rey, afirmaron que Akenatón era incapaz de tener hijos y que se ocultó cuidadosamente el nombre del verdadero padre de las seis princesas.

El arte amarniano contradice esta interpretación, que se apoya en la falsa hipótesis de un rey enfermo. La ternura de Akenatón por sus hijas no es fingida, su amor paternal es en extremo manifiesto y sincero.

Los nacimientos de las hijas de la pareja real fueron considerados como una bendición divina. Eran la manifestación de la irradiación de la luz divina. Por eso los habitantes de Aketatón disfrutaban del favor de contemplar las escenas de la vida calificada de «privada» de la familia real. Akenatón y Nefertiti insisten mucho en su papel de padre y madre. Los artistas tuvieron que representar numerosos momentos dichosos, en que los padres muestran una inmensa ternura frente a sus hijas.

Antes de la época de Akenatón, la familia real fue el modelo de una dignidad sagrada, de la que se excluían la familiaridad y el sentimentalismo. Akenatón no niega los antiguos valores, pero metamorfosea su medio de expresión. Puesto que la familia es efectivamente sagrada, ¿por qué no mostrar el amor de un marido por su mujer, de un padre por sus hijos?

Una fórmula de juramento amarniano traduce esta mentalidad. Para dar su palabra, el rey dice: «Tan cierto como que mi corazón se complace en la reina y en sus hijas».

Un bajorrelieve, muy deteriorado, muestra una escena realmente conmovedora. La reina, sentada sobre las rodillas del rey, tiene en sus brazos a una de sus hijas pequeñas. Una modesta estatuilla desvela otra escena de intimidad en que Akenatón abraza tiernamente una forma femenina de pequeña estatura. Se ha

creído durante mucho tiempo que se trataba de una de sus hijas, pero puede ser también la propia Nefertiti.

En las tumbas de los grandes signatarios de la corte se ve no sólo a la pareja real y sus hijas, sino también a los abuelos, Amenofis III y Tiyi. Aunque nuevas en su expresión, tales representaciones son, no lo olvidemos, temas tradicionales y rituales, fundamentalmente egipcios.

En un gran número de estelas, se evoca el concepto de familia mediante sólo tres personajes adorando el sol: Akenatón, de mayor tamaño; detrás de él, más pequeña, Nefertiti y, en fin, más pequeña todavía, una de sus hijas. Rey y reina reciben en la boca la llave de vida, sostenida por una de las manos en que terminan los rayos solares. Otra de esas manos «magnetiza» la cabeza de Nefertiti. Dichas composiciones obedecen a una geometría rigurosa, que permite reflejar la unidad divina, transmitida por la tríada familiar.

Las pequeñas princesas recibieron una educación tradicional, mezcla de juegos y de trabajos. Meket-Atón poseía juguetes significativos: una pequeña paleta de escriba y cálamos para escribir. Las chicas aprendían a leer y a escribir lo mismo que los chicos. Algunas de ellas accedían incluso a la «cultura» de los escribas.

Una mirada demasiado rápida al arte amarniano podría hacernos creer que Akenatón, individualista empedernido, renunció al esplendor de los antiguos reyes y que decidió mostrarse como un hombre sencillo y un padre de familia absolutamente corriente. Supondría olvidar demasiado pronto que Akenatón es en primer lugar faraón, es decir, un rey entronizado ritualmente, iniciado en los misterios y encargado de toda la herencia espiritual de sus antepasados. Akenatón tiene perfecta conciencia del hecho de que no es un individuo como los demás y de que todos sus actos tienen valor de modelo.

La abundancia de las representaciones familiares se debe a una concepción metafísica, no a un gusto subjetivo. Para el rey, el flujo divino pasa de manera irremisible por la comunidad familiar.

La intimidad de la familia real, tal como la presentan los bajorrelieves, es puramente ritual y no tiene nada de anecdótico. Lo que se evoca es una familia sagrada, que hace presentes sobre la tierra las fuerzas divinas, aboliendo toda distinción entre la «familia» de las divinidades y la familia real encargada de encararlas. La frontera entre los miembros se diluye por esta voluntad deliberada. La relación inalterable entre el faraón y lo divino se afirma, no ya con la potencia y la severidad del Antiguo Imperio, sino con la ternura y la alegría de vivir de una familia feliz.

Nos falta por examinar una hipótesis audaz, que no debe ser rechazada de modo definitivo. En un universo en que se impone el simbolismo, ¿no habrán subrayado voluntariamente Akenatón y Nefertiti la polaridad femenina y el número seis, sin preocuparse del verdadero número de sus hijos? Ciertos egiptólogos tienen la íntima convicción, apoyada en algunos indicios todavía demasiado escasos, de que Tutankamón era hijo de Akenatón y Nefertiti, o del rey y una esposa secundaria. Indicarlo de manera oficial carecía de importancia para el chantre de Atón, que deseaba magnificar el aspecto femenino a través de la reina y de su descendencia femenina.

¿Una rival de Nefertiti?

En opinión de muchos, Akenatón y Nefertiti representaban la pareja ideal, unida por un amor que resistió a todas las pruebas.

Pero he aquí que la aparición en el campo de la egiptología de una tal Kia vino a hacer bascular esta imagen magnífica, ya que se da a entender que Akenatón tuvo una segunda esposa. ¿Hay que

relegar por lo tanto, al olvido el amor perfecto entre un rey y una reina? Seamos circunspectos. Kia existió verdaderamente y ostentó el título de «Esposa real», si bien dicho título se reducía con frecuencia a una simple distinción honorífica.

¿Significa eso que compartió la existencia de Akenatón? Nada menos seguro. Los egipcios no habían erigido la monogamia en ley, pero no poseemos ningún ejemplo seguro de bigamia. En cuanto a los faraones, se casaban con una «Gran esposa real», que desempeñaba la función de reina de Egipto. En la corte, vivían igualmente «esposas secundarias», algunas de las cuales eran princesas extranjeras que se habían casado con el faraón para sellar un tratado de paz.

Tal pudo ser el caso de Kia, pero no tenemos ninguna prueba.

A decir verdad, sabemos muy pocas cosas de la tal Kia. Algunos piensan incluso que se trata simplemente de otro nombre de Nefertiti, cosa poco verosímil. Kia no recibe en ningún momento el título de «Gran esposa real». Su nombre no figura en los cartuchos reservados a los soberanos. Cuando Nefertiti desaparece, no la sucede.

La existencia de Kia ha resultado práctica para ciertos especialistas de la genealogía amarniana. ¿No podría ser ella la madre de una de las hijas de Akenatón, incluso la madre de Tutankamón?

Desgraciadamente, no existe ninguna certeza sobre todos estos puntos. El nombre de Kia fue martillado o reemplazado en los monumentos en que figuraba. ¿No merecía pasar a la posteridad?

Sea cual fuere la verdad, Kia no formaba parte de la familia. No figura en las escenas de culto en que Akenatón y Nefertiti comulgan en el amor de Atón.[26]

21

VIVIR EN AKETATON

La vida cotidiana en la ciudad del sol seguía el ritmo de la celebración de los rituales en honor de Atón. El rey, la reina y sus hijas salían a diario de su magnífico palacio para dirigirse al gran templo. La población tenía ocasión con frecuencia de ver pasar a los soberanos, de pie, a veces abrazados, sobre un carro espléndido, deslumbrante como un sol. «¡Vida, prosperidad, salud!», gritaba la multitud, mientras que el rey sujetaba con una mano la brida de sus caballos y enlazaba a su esposa con la otra.

El desplazamiento en carro tenía el valor de un rito. Constituye por sí solo una procesión desde la morada temporal del rey, su palacio, hasta la morada de eternidad del dios, el gran templo. Proporcionaba también la ocasión de manifestar de la manera más patente la unión sagrada de la pareja solar, que Atón iluminaba con sus rayos.

Akenatón y Nefertiti encarnan en realidad potencias divinas. En efecto, son divinidades a las que el pueblo de la ciudad del sol puede aclaman Un detalle iconográfico de la tumba de Ahmosis confirma esta interpretación. En un carro tirado por dos caballos empenachados, la reina se vuelve hacia el rey, que la besa. Llevan con ellos a una de sus hijas, apoyada en un carcaj y mirando hacia adelante. Los rayos del sol, terminados en manos, dan la vida a ese beso ritual. Además, una de esas manos llega hasta las riendas. Por lo tanto, el dios Atón en persona guía el carro en su ruta. La luz divina lo pone en movimiento y le imprime la buena dirección .[27]

La población de la ciudad del sol se asociaba al culto de Atón a través de esta «procesión». Después de su recorrido por la «vía real», la arteria principal de Aketatón, se podía ver al rey y la reina penetrar en el recinto sagrado.

Una vez terminado el culto, la pareja real volvía al palacio. Akenatón concedía en él numerosas audiencias privadas, algunas de ellas reservadas a sus discípulos. El faraón se mantenía en contacto directo con sus principales colaboradores. Cuando salía de palacio, conversaba con los habitantes de la capital. El pueblo escuchaba esas conversaciones, que recaían siempre sobre la naturaleza luminosa de Atón y sobre la vida que ofrecía. Nefertiti participaba en el trabajo de enseñanza, dispensada en el curso de audiencias públicas.

Una de las escenas más famosas de la vida amarniana consiste en la «aparición» del rey en su *loggia,* abierta en el paso aéreo que conducía del palacio a los edificios oficiales. A Akenatón le gustaba mostrarse así a su pueblo, como el sol que se alza en el horizonte y atraviesa con sus rayos los inciertos colores de la aurora. Desde la *loggia,* enviaba collares de oro, metal solar, a los signatarios que habían servido bien al Imperio. Ay, por ejemplo, tuvo buen cuidado de recordar, en las escenas que le conciernen, los favores con que le honró Akenatón. El día en que recibió su recompensa de manos del faraón, la ciudad se llenó de alegre animación. De todas partes acudía la gente a admirar el bello espectáculo. Los niños corrían lanzando gritos. Todos exclamaban: «¡Es para Ay! ¡El faraón le colma de oro y de riquezas!».

En una estela del museo de El Cairo, el mayordomo Any aparece representado a la salida de la ceremonia. Luciendo en el cuello cuatro collares de oro, circula en su carro por las calles de la capital, a fin de mostrar a la población la intensa felicidad que experimenta. Any se ha puesto para la circunstancia su ropa más lucida, una magnífica túnica blanca y una peluca rematada por un cono de perfume. El hombre está satisfecho. La recompensa que

ha recibido demuestra lo bastante la estima en que le tiene la pareja real. No es él quien conduce el carro, sino un hombre cuyo nombre se ha conservado: Tiay. Tiay tiene la cabeza alargada, de acuerdo con una de las estéticas amarnianas, mientras que Any se atiene más a las normas «clásicas».

Estas escenas de fiesta no son simplemente protocolarias. En realidad, poseen un carácter sagrado. No sólo el oro es una «producción» del sol divino, cuyo resplandor encarna, sino que también la «ventana de aparición» evoca la «ventana celeste» de los más antiguos textos religiosos. Por esta abertura de naturaleza cósmica pasa la luz solar. De este modo y por su función, Akenatón se identifica con el poder creador que da la vida, bajo la forma de un metal que contiene el sol.

Durante las festividades, que daban lugar a conciertos al aire libre y a banquetes populares, Nefertiti se hallaba siempre al lado de Akenatón. La pareja real rinde homenaje a sus fieles servidores.

Culto, audiencias públicas y privadas, ceremonias protocolarias... Así transcurre la vida en la ciudad del sol, donde el rey, aunque protegido por una guardia personal vigilante, parece estar muy próximo de sus súbditos. Empleados del templo, artesanos, comerciantes, obreros llevan en Aketatón la misma existencia que en las demás ciudades del Egipto antiguo, con jornadas de trabajo a veces cargadas, pero también con numerosos periodos de reposo. Las fiestas tradicionales son reemplazadas por las frecuentes apariciones públicas de la pareja real, ocasión para festejos.

La comida real, tal como figura en la tumba de Huy, chambelán de la reina madre Tiyi, transcurre de la manera más agradable. Los servidores aportan platos excelentes y variados al comedor del palacio, mientras que los artistas y los tañedores de lira dan un concierto. No se ha olvidado la tradición de las brillantes veladas tebanas. Tampoco la moda. Las elegantes, que

ahora residen en Aketatón, continúan rivalizando en gracia y belleza. Utilizan con frecuencia para sus vestidos un lino muy fino, casi transparente, que revela las curvas de su cuerpo. Entre los adornos más apreciados figuran las pelucas complicadas, las joyas, los cinturones de flecos.

En el barrio más rico de Aketatón, había varias quintas suntuosas, que no desmerecían en nada de sus homólogas tebanas. Las extensiones de agua y los jardines comunicaban a la ciudad del sol una dulzura de vida que los egipcios han considerado siempre, en todas las épocas, como una de las claves esenciales de la dicha.

Durante todo el reinado de Akenatón, ningún incidente vino a perturbar la paz de la capital. Por lo menos, los textos no los mencionan. Y no hay ninguna prueba, por indirecta que sea, de una rebelión contra la autoridad faraónica. Lo que equivale a decir que la pareja real no compartía con nadie su autoridad y que se practicaba el culto de Atón con toda serenidad.

Los habitantes de Aketatón disfrutaron de una existencia tranquila, que apenas se diferenciaba de la de Tebas, si se exceptúan las ceremonias en honor del sol divino, que animaban a diario el barrio en que se alzaban el templo y el palacio.

22

LOS HOMBRES DEL FARAON

Para reformar la religión, crear un arte, construir una capital, Akenatón, como cualquier otro faraón, tuvo que rodearse de un grupo de consejeros, amigos y altos signatarios. Por lo tanto, los investigadores imaginaron que había procedido a una intensa «caza de brujas», con objeto de eliminar a los adversarios y rebeldes y reemplazarlos por discípulos fieles, que pasasen el día incensándole.

La documentación, que ha conservado el nombre de algunos de los grandes signatarios de Akenatón, permite entrever la verdad. El rey no tenía el poder de trastocar, con un toque de varita mágica, la administración egipcia. Cualesquiera que fuesen sus intenciones, necesitaba tiempo para modificar las estructuras sin paralizar el país, sin impedir que las oficinas funcionasen, que los escribas comprobasen la buena circulación de los géneros, etc. La economía de la época amarniana no se distingue de la llevada en etapas anteriores. Akenatón no provocó ninguna revolución. En ciertos casos, dejó a los funcionarios en los puestos que ocupaban.

Hubo personalidades tebanas que conservaron su rango durante el reinado de Akenatón. Entre ellas, hay que citar a Ipy, el gobernador de la ciudad de Menfis, cuyas prerrogativas fueron mantenidas; a Bek, el jefe de los escultores de Al-Amarna, que era hijo de Men, jefe de los escultores de Amenofis III; al visir Ramosis, que actuó como un verdadero «lazo» entre el Egipto tradicional y el Egipto de Akenatón. Numerosos hijos de

funcionarios heredaron y desempeñaron legalmente los cargos de sus padres, ya fuese en las grandes ciudades del país, ya fuese en la nueva capital.

Uno de los casos más interesantes es el del maestro escultor Bek, que acabamos de citar. Su padre había trabajado en la ciudad santa de Heliópolis, sin duda en el templo del dios Ra. El rey Amenofis III reconoció sus méritos y más tarde hizo lo mismo con su hijo. Según una inscripción de Asuán, sabemos que Bek fue uno de los discípulos directos de Akenatón. El faraón le transmitió una enseñanza, concediéndole audiencias privadas para revelarle los misterios de la luz de Atón. Nombrado jefe de los escultores y jefe de los trabajos, Bek fue sin la menor duda uno de los creadores del estilo amarniano y uno de los autores de ciertas obras de arte que todavía nos está permitido contemplar.

Situado a la cabeza del principal taller de la capital, dirigía un grupo de artesanos elegidos, que trabajaban siguiendo las órdenes procedentes de palacio. Arquitectura, pintura, escultura no quedaban abandonadas a la fantasía individual, sino que respondían a un «programa» simbólico y teológico preciso. Se consideraba el papel de esos hombres como esencial. El nombre del escultor, en jeroglífico, significa «Aquel que hace vivir». Al inscribir, mediante la mano, el espíritu en la materia, el artesano revela el secreto mismo de la vida. Por eso, en todas las épocas, el maestro de obras del faraón fue uno de los personajes más grandes del Estado.

Se conserva una curiosa representación de Bek en una estela que se encuentra ahora en el Museo de Berlín. El monumento, en que el escultor aparece en compañía de su esposa, Ta-heret, está dedicado a «Horajti, Atón viviente». Bek tiene un enorme vientre unos pechos colgantes. También el cuerpo de su mujer está deformado y se caracteriza por unas caderas muy pesadas. En otras palabras, los personajes han sido representados conforme a los criterios del arte oficial más exagerado. Tanto el uno como el

otro derivan de las imágenes del faraón padre y madre, tal como lo conocemos a través de los colosos de Karnak.

En el complicado universo de la alta administración egipcia, los dos visires tenían en sus manos, después del rey, las principales palancas del poder. En tiempos de Amenofis III, el visir del sur, Ramosis, había ocupado su puesto con un talento muy particular, destacando además como un pensador de una profundidad excepcional.

Su tumba tebana es un testigo capital de la transición entre la religión tebana, consagrada a Amón, y la religión atoniana. En efecto, una parte de las escenas está dedicada a expresar el genio propio de la época de Amenofis III, en el estilo tebano más puro. La otra es ya la expresión del reinado de Amenofis IV, como futuro Akenatón. El hecho es digno de mención. Demuestra, una vez más, que no se produjo ningún conflicto, que los dos reinados y las dos concepciones religiosas se sucedieron de manera armoniosa, que el plan ideado por el faraón se cumplió sin tropiezos.

Ninguna ruptura, por lo tanto, entre el período antiguo y el nuevo en lo que se refiere a la gestión de la economía faraónica. Ramosis fue confirmado en su puesto por Akenatón, que aumentó todavía más sus responsabilidades.

El visir conversaba a diario con el rey y le presentaba un informe detallado de sus actividades. Su deber exigía, según lo expresa un texto, que «todos los asuntos estén sanos y salvos». El visir no debía olvidar en ningún momento que llevaba un collar simbólico dedicado a la diosa del orden cósmico y de la armonía universal.

Ramosis fue secundado o reemplazado por otro visir, llamado Najt, que habitaba en uno de los barrios sur de Al-Amarna. Uno y otro fueron altos funcionarios discretos y competentes, que aseguraron el bienestar de los habitantes de la nueva capital.

Era imposible, claro está, exigir a todos los sacerdotes de los templos tebanos que abandonasen la ciudad del dios Amón para

trasladarse a Aketatón. El faraón nunca quiso hacer de Tebas una ciudad muerta. Una parte del personal religioso y administrativo empleado por los grandes sacerdotes de Amón permaneció, pues, en el lugar, lo mismo que algunos funcionarios de la administración tebana.

Akenatón, como todo faraón, necesita colaboradores leales. Los encuentra entre sus amigos personales, o bien los elige entre personalidades a las que ofrece responsabilidades de acuerdo con sus competencias. Los textos amarnianos nos inclinan a pensar que Nefertiti y Akenatón escogieron personalmente a los que formarían parte de su entorno y ocuparían los puestos clave en Aketatón. Conocemos el nombre y la función de algunos de esos hombres.

Meri-Ra, ya citado, era «Gran Sacerdote de Atón», encargado de velar por el buen desarrollo de las ceremonias en el gran templo. Hatiay, intendente de los trabajos del rey y arquitecto, no oculta su buena fortuna. Enriquecido gracias al ejercicio de su cargo, se hace construir una suntuosa vivienda, que no deja de embellecer. Hatiay está tan orgulloso de su casa que hace tapiar una antigua entrada, lo que obliga a los visitantes a dar un rodeo para entrar en ella. Así admiran al pasar el refinado jardín y la capilla de lo que es un verdadero palacete.

En cambio, el maestro de obras Maa-Najt-Tutef habita una casa modesta en el centro de la ciudad. Al célebre escultor Tutmosis le agradaba más la comodidad. Fue en una de las habitaciones de su taller donde se encontró la extraordinaria cabeza pintada de Nefertiti.

Ahmosis, el portador del sello real, escriba, grande entre los grandes, primero de los cortesanos, recibe a diario muestras del amor del rey. Parennefer es el copero de Su Majestad. Debe tener las manos puras. Ranefer se encarga de una tarea delicada: es el conductor del carro real y tiene que ocuparse de los caballos. El médico de la corte se llama Pentu. Recibe el calificativo de

«Primer servidor del disco». Maya, general del ejército, llena sus oídos con la verdad que sale de la boca del rey cuando está en su presencia. Declara formar parte de aquellos a los que el faraón ha «hecho grandes» a causa de sus cualidades y de su eficacia.

Muchos de los signatarios de Al-Amarna son, pues, hombres nuevos, que deben su fortuna y su carrera a Akenatón. Uno de ellos tiene incluso un nombre revelador, ya que se llama «Akenatón me ha creado». Por lo demás, el rey define a sus fieles como «Aquellos a los que ha hecho llegar», y los propietarios de las tumbas no vacilan en proclamar que el rey es «Dios constructor de hombres, creando a grandes y pequeños».

Akenatón aparta del poder central a antiguos dirigentes y organiza su propia administración, ofreciendo puestos importantes a sus leales. Hasta el momento, nada capaz de sorprendernos.

Pero la declaración del mayordomo de la reina Tiyi, un cierto Huy, esclarece la situación de una manera muy particular, si es que ha sido correctamente interpretada. En efecto, según Huy, Akenatón eligió a sus «oficiales», no entre la casta de los nobles, como era la costumbre, sino entre las clases más bajas de la sociedad. Otro funcionario de Al-Amarna confirma esta revelación, explicando que debe su situación a una intervención directa del rey. Anteriormente, se debatía en la miseria. Por la voluntad de Akenatón, se ha convertido en un confidente cuyas opiniones se escuchan y en un hombre con riquezas apreciables. Casi ingenuamente, nos confiesa que su sorpresa ha sido total, ya que jamás hubiera supuesto que gozaría un día de tal acomodo. Un tercer personaje declara sin ambages que su padre y su madre carecían de todo y que él se hallaba prácticamente reducido a la condición de mendigo. Fue el rey Akenatón en persona quien le ofreció el alimento y le reconfortó. Después, le introdujo en el círculo de sus allegados y le elevó a un rango apreciable dentro de la administración.

Yo era un pobre hombre -explica-. El rey me construyó, me edificó. Carecía de bienes. Él me permitió tener servidores, poseer tierras, mezclarme con los grandes, a pesar de que mi origen era humilde. Todos estos testimonios se hallan resumidos en un texto que celebra así la bondad de Akenatón: *Es un Nilo para la humanidad. Él la alimenta, es la Madre que da nacimiento al mundo. No existe la pobreza ni la necesidad para aquel que es amado por el rey.*

Aldred no ve en todo esto más que adulaciones, declaraciones «diplomáticas», alabanzas interesadas. En su opinión, los «nuevos ricos» de Al-Amarna, que proclaman su agradecimiento y se felicitan por haber escapado de la miseria, no son otra cosa que cortesanos embusteros. Quieren suscitar en Akenatón un sentimiento de poder, hacerle creer que es el origen de su felicidad.

El alemán Kees, en cambio, piensa que hay que tomar en serio las confesiones de los nuevos dignatarios amarnianos. Para él, los modelos de escultores, gracias a los cuales se conoce el rostro de los habitantes de Al-Amarna, demuestran que la mayoría de ellos eran de origen modesto. Sus rasgos, con frecuencia bastante burdos, tienden a demostrar, según Kees, que la élite amarniana es muy diferente de la de Tebas.

Se advierte, por lo demás, el desarrollo de una lengua popular y el retroceso de la lengua clásica hablada en Tebas. En el lenguaje amarniano, entran numerosos neologismos asiáticos, huellas de la vida cosmopolita de la capital.

Otros detalles, como el confort relativo, pero apreciable, de las casas más modestas, nos inducen a suponer que Akenatón provocó una evolución que algunos intérpretes no vacilaron en calificar de socialismo anticipado. A mi entender, resulta difícil negar el hecho de que Akenatón ofreció poder y fortuna a gentes humildes y que modificó el modo de «reclutamiento» de los altos funcionarios del Imperio.

El argumento que presenta a Akenatón como un ingenuo sensible a las adulaciones más extremadas no parece serio. Semejante rasgo de carácter no corresponde apenas al personaje y, por lo demás, tenemos la prueba de que Akenatón era capaz de mostrarse muy severo y de que no se fiaba ciegamente de los hombres, aun en el caso de haberlos nombrado personalmente. Mai, canciller real, era también inspector de los rebaños y portaabanico a la derecha del rey. Tras haber ocupado cargos de cierta importancia de Heliópolis, obtuvo honores mucho más señalados en Al-Amarna, Akenatón le concedía su confianza. Sin embargo, un buen día, su carrera se vio bruscamente interrumpida por la voluntad del rey. Su nombre fue borrado de su tumba y se cubrió de yeso su imagen, para demostrar que Mai había dejado de existir.

Akenatón, como hemos visto, fue un maestro espiritual que no vacilaba en enseñar directamente su doctrina a aquellos que tenían ojos para ver y oídos para oír. Le gustaba ese contacto directo con sus súbditos, que le permitía, como dicen los textos, «crear un ser humano». Ése fue, por lo demás, el criterio principal que le guió al ofrecer responsabilidades: la aptitud de su interlocutor para percibir la realidad de la luz de Atón, no de manera mística, sino de un modo realista que le permitiese aplicar la enseñanza en las actividades más cotidianas. El rey prescindió de las condiciones de nacimiento o de la pertenencia a una casta, cosa que, en realidad, no suponía ninguna innovación. Ya durante el Antiguo Imperio, individuos de origen modesto podían acceder a las más altas funciones. El célebre lmhotep había sido fabricante de jarrones al principio de su carrera, antes de entrar al servicio del rey.

Tachar a todos los «hombres nuevos» de Akenatón de hipocresía carece de toda seriedad. No tenían necesidad de fingir adorar a Atón y venerar al rey, su representante en la tierra. Después de haberles oído y juzgado, Akenatón tomaba la decisión que deseaba. Sin duda se equivocó en ocasiones en cuanto a la

competencia de sus nuevos dignatarios. A algunos de ellos les faltaba probablemente experiencia. Otros se regocijaron de su buena fortuna, olvidando un poco los deberes que la acompañaban. Podemos interrogarnos especialmente sobre el caso de un cierto Tutu, quizá de origen sirio, que fue intendente del Tesoro. Ciertos indicios hacen creer que el personaje no dio muestras de una honradez acrisolada y que su administración no fue de las más recomendables.

Presentar acusaciones más precisas es imposible. Rebuscar demasiado en la documentación para inclinarla en este sentido supondría una falsificación. Que el rey se rodeó de hombres nuevos es una realidad innegable. Pero su decisión no tiene nada de revolucionaria. Todos los faraones hicieron lo mismo. Que Akenatón permitiese a personas humildes conquistar la riqueza al servicio del Estado no es tampoco un acto inédito. Otros monarcas se habían comportado de igual modo en el pasado. Falta por saber si esa actitud fue sistemática u ocasional. La segunda solución me parece la correcta. La corte de Akenatón se presenta como una sabia dosificación entre antiguos funcionarios tebanos y personalidades «creadas» por el rey. Evolución social, es posible; revolución, de ninguna manera.

Hay otro punto que permanece oscuro. ¿Favoreció Akenatón la ascensión de extranjeros, ya fuesen sirios, babilonios o micénicos, dentro de la administración egipcia? ¿Estos últimos eran numerosos en Aketatón y representaron un papel que no fue exclusivamente comercial? La sociedad del Imperio Nuevo es más bien cosmopolita. Los egipcios viajan al extranjero, y los extranjeros viajan a Egipto. Los contactos económicos son frecuentes. Probablemente, la nueva capital del país no se cerró a las influencias exteriores. Por desgracia, es imposible precisar su naturaleza y su importancia.

El «Padre Divino» Ay y el general Horemheb

Dos personajes merecen una atención particular entre los hombres del faraón.
Ay, que ostentaba el título teológico de «Padre Divino» o «Padre del Dios», era probablemente tío de Akenatón. Había ejercido ya funciones muy importantes en Tebas, en la corte de Amenofis III. Fue uno de los primeros en trasladarse a la nueva capital, donde no perdió nada de su influencia, sino todo lo contrario. Algunos no vacilaron en considerarle como el alto dignatario más importante del régimen. Se sabe con certeza que era uno de los íntimos de la pareja real. Una escena de su tumba le muestra desnudo, conversando libremente con Akenatón y Nefertiti.

Ducho en todas las astucias de la administración egipcia, sabiendo desbaratar sus trampas, Ay fue un hombre experimentado y particularmente valioso. Buen conocedor de la élite del país y habiendo resuelto un buen número de asuntos complicados, era el hombre de enlace ideal entre Tebas y la nueva capital. Sin duda por eso ocupó los puestos clave antes, durante y después del reinado de Akenatón, dando testimonio de una notable habilidad de maniobra y de un fino sentido de la diplomacia cortesana.

Ay reconoce que ha recibido una enseñanza espiritual directamente del rey. Las conversaciones entre el monarca y su principal servidor fueron numerosas. Ay obtuvo varios títulos y distinciones: favorito del dios perfecto, escriba real, portaabanico a la derecha del rey, comandante del cuerpo de carros, jefe de toda la caballería de Su Majestad. Según los textos de su tumba, gozaba de la confianza de todo el país. Favorecido a diario por Akenatón, figuraba como un dignatario muy competente a los ojos del rey. Por eso había sido situado a la cabeza de los altos funcionarios. Hombre de deber, escuchaba las órdenes del faraón y las ejecutaba. El rey le había adoptado. Él se mostraba

perfectamente veraz y honrado ante el dueño de las Dos Tierras. Era el servidor del *ka* de Su Majestad y se regocijaba cuando le veía en el palacio. Jefe de los nobles, de los compañeros reales, de todos cuantos sirven al faraón, Ay conocía todo lo que alegraba al rey, que era un sabio y «conocía como Atón». El rey había visto a Maat, la regla de vida, en el cuerpo de Ay, que detestaba la mentira.

Ay pide al rey que le conceda un destino feliz, una edad avanzada, una sepultura perfecta en la tumba que le ha sido asignada por el soberano, en la montaña de Aketatón.

Las súplicas del servidor perfecto fueron escuchadas. Alcanzó efectivamente la vejez. En cuanto a su tumba, constituye uno de los testimonios esenciales de la religión atoniana. En efecto, en sus paredes fueron grabados textos fundamentales, «el gran himno a Atón», himnos a Atón y al rey, oraciones, etc. Se podría incluso pensar que la tumba de Ay constituye un verdadero santuario consagrado a la enseñanza directa de Akenatón.

Naturalmente, Ay fue recompensado con la entrega real de varios collares de oro, en presencia de una multitud admirativa. Ningún cortesano había sido honrado hasta entonces de semejante manera. Pero los favores materiales que recibió tan hábil personaje no deben enmascarar su papel religioso. Ay no era exclusivamente un administrador. Un texto de su tumba expresa votos propios de un fiel de Atón. Ay pide al rey: *Permíteme besar la tierra sagrada, presentarme ante ti con ofrendas para Atón, tu padre, en tanto que dones de tu ka. Permite que* mi ka *permanezca y se desarrolle para mí... Que mi nombre sea pronunciado en el lugar sagrado por tu voluntad, puesto que soy tu favorito que sigue tu* ka, *que pueda ser favorecido por ti cuando haya llegado a la vejez.*

Ay aspira a la sabiduría, no al poder personal. La referencia constante al *ka* permite comprender que un dignatario del reino, por muy alto que esté situado, debe preocuparse por la energía

creadora, de la que todo depende. Por ello Ay ha seguido al *ka* del rey en la tierra. Dicho de otro modo, ha captado el aspecto sagrado de la energía vital. Si el faraón permite a un hombre alcanzar el lugar sagrado, es porque sus palabras, pronunciadas en la tierra, han sido veraces. Ante la vida eterna, sólo cuenta la autenticidad.

También el célebre general Horemheb perteneció a esta estirpe de grandes dignatarios profundamente apegados a su función y deseosos de llenarla con dignidad y eficacia. El cine ha maltratado de manera particular al general Horemheb, transformándole en un soldadote borracho y brutal. Resulta difícil deformar más radicalmente la realidad... En efecto, el título de «general» no debe inducirnos a error. Horemheb era ante todo un escriba real y, por consiguiente, un letrado y un jurista apasionado por la legalidad. No era raro en Egipto que la dirección de los ejércitos fuese confiada a «civiles» cuyas competencias administrativas parecían adaptadas al manejo de las tropas y del material. Horemheb no fue el único responsable militar de Aketatón, pero probablemente supervisó el conjunto de los servicios que aseguraban el buen funcionamiento del ejército, el mantenimiento y el cuidado de los cuarteles.

Horemheb es un hombre de orden. Un documento difícil de interpretar parece indicar que fueron saqueadas algunas tumbas en Tebas. Bajo la dirección de Horemheb, capacitado para llevar a cabo operaciones policíacas, se acabó muy pronto con este tipo de delito.

Horemheb fue un fiel servidor de Akenatón. Durante el reinado de la pareja solar, el general se contentó con hacer su trabajo y obedecer las órdenes. No podía sospechar el destino que le esperaba y del que hablaremos más adelante.

23

¿UN ARTE REVOLUCIONARIO?

«Por lo demás -escribe Daniel-Rops en su libro sobre Akenatón, *Le roi ivre de Dieu-,* cambiar el arte suponía también contribuir a la gran revolución religiosa, escapar al control que ejercía el clero de Amón sobre toda representación de las imágenes divinas, liberarse de sus cánones hieráticos.»

En realidad, es fácil reconocer las obras de arte del período amarniano, cuyo estilo extraño, que ha sido juzgado a veces como monstruoso, llama inmediatamente la atención del espectador. Akenatón, el constructor, creó un arte original que correspondía a su visión del hombre y del universo. Vivir en una capital nueva implicaba un arte nuevo, en armonía con la sensibilidad de un tiempo particular. No obstante, ¿se puede afirmar que Akenatón sacó de la nada un arte totalmente desconocido hasta entonces, un arte opuesto a los criterios tradicionales de la belleza egipcia?

La tumba de Ramosis en Tebas nos proporciona un curioso elemento que facilita la respuesta. Una parte de la tumba de este gran dignatario está decorada de acuerdo con los cánones clásicos; la otra responde a las directivas del arte amarniano. Se comprueba, por lo tanto, en el mismo lugar la coexistencia de dos estilos muy diferentes. Tan extraordinaria «tolerancia» culmina en la representación de Akenatón y Nefertiti ofreciendo collares de oro a sus fieles. Situada bajo los rayos del sol divino, la pareja

real dispensa una fuerza mágica, que se encarna en el oro de las joyas.

El estilo del arte amarniano, pródigo en curvas exageradas, volúmenes extraños, figuras que se alargan y se distorsionan más allá de lo que permite la razón, señala un momento excepcional de la sensibilidad egipcia. Sin embargo, paralelamente a esta «exploración», se observa que ciertos artistas conservan durante el reinado de Akenatón el estilo clásico del período de Amenofis III.

Se supuso que existía en la corte de Akenatón una corporación de artesanos que mantenían tal clasicismo contra viento y marea y que el «herético» alentaba a los artistas «libres» a crear los temas que les agradasen.

Se trata de una interpretación absolutamente inverosímil, ya que hace caso omiso de la organización misma del reino de Egipto. En tanto que primer maestro de obras, el faraón infunde al arte egipcio su verdadero aliento. Los colegios de artesanos le obedecen y, en ningún caso, son esclavos de su fantasía.

¿Las obras «clásicas» que datan de la época amarniana y que contrastan hasta tal punto con las formas exigidas por Akenatón serán en realidad producciones anteriores, que el rey reutilizó, contentándose con reemplazar el nombre de su padre, Amenofis III, por el suyo propio?

La hipótesis no me parece satisfactoria. Y aun en el caso de que fuera exacta, Akenatón habría aceptado esas obras tradicionales para integrarlas en su propia estética sagrada, que él mismo se encargó de enseñar a los artistas, como precisan los textos.

En consecuencia, estamos seguros de que Akenatón no quiso destruir la herencia de Egipto, arrasar su pasado, construir partiendo de la nada un arte que rechazaba la belleza ancestral. Lejos de desdeñar las leyes inmutables del arte faraónico, procuró enriquecerías con su propia experiencia.

¿Cuáles son los grandes temas celebrados por el arte amarniano?

En primer lugar, la familia real en el ejercicio del culto de Atón. La vemos rindiendo homenaje al dios Atón y dándole las gracias por sus beneficios. Se percibe su éxtasis místico ante el resplandor del astro divino. Receptáculo de la luz, la familia real «dinamiza» la vida que viene del cielo y la hace así benéfica para la humanidad.

Esta admirable idea se halla igualmente desarrollada en las escenas en que el rey y la reina, de pie en el «palco de aparición», distribuyen recompensas a sus servidores. Además de un «regalo» material, se trata de una acción simbólica, a través de la cual el hombre que ha comprendido la enseñanza de Akenatón participa, como el rey, en la realidad de Dios.

Por primera vez en el arte de Egipto, se ven representadas escenas familiares, verdaderamente sorprendentes. Pensemos, por ejemplo, en el rey jugando con sus hijas, o con su mujer sentada en las rodillas, en el rey besando a una de sus hijas, en el rey y la reina recibiendo desnudos a un dignatario y su mujer. Recordemos también el tema de la princesa comiendo pato, puesto que jamás se había representado hasta entonces el acto de nutrirse de un modo tan realista.

Se observan un cierto número de innovaciones técnicas, por ejemplo, un gusto pronunciado por una estatuarla en la que se mezclan diversas clases de piedras. Los cuerpos pueden ser de piedra calcárea blanca, las cabezas de jaspe, las manos de cuarcita, los pies de granito. Las intenciones religiosas, basadas en el simbolismo de los materiales, son patentes. Al arte amarniano le gusta la ornamentación brillante, especialmente las incrustaciones de pastas de vidrio multicolores o los motivos moldeados en loza.

Se ven muchos animales en el arte amarniano. Viven en plena libertad en las pinturas, en una especie de paraíso donde, para su mayor felicidad, la naturaleza es independiente del hombre.

No se trata, en mi opinión, del naturalismo ingenuo en que se complacía un rey soñador, pacífico admirador de un edén ilusorio. Los antiguos estaban demasiado próximos a la naturaleza para no conocer- a la vez sus bellezas y sus peligros. La naturaleza, como la familia real, es un testimonio viviente de la presencia divina. El arte amarniano no celebra sólo el ave de carne, sino también el ave símbolo, el principio aéreo que es una de las leyes creadoras del mundo. Por eso el ave no perecerá nunca a manos del cazador, ni será envilecida cayendo en una trampa.

Ese naturalismo fue el más importante de los modos de expresión del arte creado por el rey. Podría explicarse a través del mismo Egipto, ya que, desde el Antiguo Imperio, se ven en las tumbas escenas admirables en que la flora y la fauna son figuradas con un genio encantador.

Es innegable que Akenatón desarrolló una verdadera filosofía de la naturaleza, creación de la luz. Pero no se trata de una rama separada de la filosofía religiosa tradicional, ya que está vinculada a la presencia y al respeto de Maat, la norma eterna del universo.

Pero no nos engañemos. Los artesanos encargados por el rey de ejecutar un programa simbólico preciso no caen en una estética centrada en una naturaleza profana. Las plantas de los pantanos, las extensiones de agua, las aves que emprenden el vuelo, los terrenos que triscan, los peces, todo ello es una encarnación del paisaje de los orígenes, de la dicha primordial, de la edad de oro de la creación, cuando ninguna presencia desviante venía a perturbar la armonía de un cosmos perfectamente ordenado según la ley eterna de la creación por el espíritu.

El faraón recrea esos instantes de gracia y los hace reales con su presencia, garantía del equilibrio fuera del cual no existe para el hombre ninguna posibilidad de alcanzar la sabiduría.

Conocidas desde los comienzos del arte egipcio, tales representaciones no suponen una opción entre otras, sino, una

necesidad absoluta. Por la visión de esos paisajes de eternidad, el alma se eleva hacia la plenitud.

Algunos historiadores del arte han intentado descubrir en el arte amarniano influencias extranjeras. Y aunque la pista asiática ha perdido casi por completo sus partidarios, no se ha abandonado por completo la referencia a Creta.

Se sabe que, tras el saqueo de la ilustre ciudad de Knossos y el pillaje de las demás ciudades cretenses, pensadores y artesanos se vieron obligados a expatriarse. Muchos de ellos decidieron vivir en Egipto y, en la representación de plantas y animales, se reconoce con gran facilidad una cierta prolongación del arte cretense en el arte amarniano.

Reconozcamos, sin embargo, que apelar a influencias exteriores no explica nada y carece de justificación. El arte amarniano es típicamente egipcio. Sus temas son tradicionales, aunque algunos de ellos hayan sido desarrollados en un estilo específico y aunque se dé una preferencia especial por ciertas escenas.

Naturalmente, nos falta todavía abordar el problema más espinoso del arte amarniano, es decir, la representación del propio Akenatón. Todos conservamos en la memoria su rostro deformado hasta la monstruosidad, sus rasgos atormentados, que provocan a veces un sentimiento de malestar. ¿El mayor de los místicos de la historia egipcia fue verdaderamente ese personaje de una fealdad casi repulsiva?

Recordemos la existencia de un documento esencial que nos permitirá situar correctamente el debate. Me refiero a una máscara funeraria de yeso descubierta en Amarna. Muy probablemente, nos muestras las verdaderas facciones de Akenatón, cuya cara, tranquila y serena, pertenece a un hombre normal, no deformada por ninguna «monstruosidad».

Si se considera dicha máscara como una indicación decisiva, estamos obligados a admitir que Akenatón se hizo representar

voluntariamente con una apariencia extraña. Para explicar tan curioso dato, se acusa de torpeza a los artesanos provinciales, incapaces de producir otra cosa que retratos fallidos. El argumento resulta realmente ridículo. Y tampoco se puede prestar mayor crédito a quienes consideran que los retratos de Akenatón son caricaturas obra de sus adversarios.

Arthur Weigall nos propone una primera clave de interpretación al señalar que el estilo amarniano constituye, en parte, un retorno a la época arcaica, la de los reyes-dioses del Egipto primitivo, los únicos depositarios del poder divino. Las «monstruosidades» que tanto nos llaman la atención serían entonces una adaptación amarniana del estilo sobrio, a veces geométrico, del Antiguo Imperio. La comparación es ingeniosa, más aún si se piensa en que esta «correspondencia» artística tiene un paralelo exacto en el campo de la religión solar.

«No creo en modo alguno -precisa François Daumas- que Amenofis IV tuviese las «características físicas» que traducen las famosas estatuas de Karnak, que son la expresión de la teología real.» Y Pirenne añade esta aclaración: «El cuerpo femenino de Amenofis IV no es más patológico que la cabeza de halcón de Ra».

En efecto, el dios Atón es «padre y madre» de los hombres. Su representante en la tierra, el rey Akenatón, debe aparecer como el ser asexuado que magnifican precisamente las extrañas estatuas de Karnak. «El reino de Dios -apuntaba con razón Merejkowski- llegará cuando los dos sean uno, cuando lo masculino sea femenino y no haya ya ni masculino ni femenino.» Un pensamiento análogo se encuentra en el evangelio gnóstico de Tomás. Algunos textos ptolemaicos, como los del templo de Esna, subrayan insistentemente el símbolo de la androginia, el «estado espiritual» que traduce la unicidad divina.

En lo que respecta a las deformaciones físicas propiamente dichas, es razonable admitir que nuestros ojos no están preparados para ver el «Akenatón teológico», demasiado alejado de nuestros

criterios estéticos. Resulta evidente que los artesanos no recibieron la orden de reproducir el aspecto físico de Akenatón, sino de representar un personaje simbólico.
Esta estética, correspondiente a una teología que es, a su vez, la expresión del reinado, no debe ser juzgada en función de criterios emotivos, sino percibido como expresión de una espiritualidad. Akenatón no quiso revolucionar el arte egipcio, cuyas reglas esenciales respeta. Como los demás faraones, creó una forma artística en armonía con el genio de su reinado. Sus artesanos tuvieron que insistir especialmente en el movimiento de los cuerpos y la animación de los seres por la luz del sol divino.

24

EL AÑO 12: PAZ Y GUERRA

El año 12 del reinado, el segundo mes de la estación *peret,* en el octavo día, un acontecimiento feliz animó la vida apacible de la ciudad del sol. Se organizaron grandes festividades para acoger a embajadores que acudían desde diversos países extranjeros con objeto de ofrecer atributos a Akenatón y Nefertiti.

«Para esta ceremonia -señala Aldred-, el faraón y la reina fueron llevados en su palanquín de Estado hasta sus tronos, situados en el lugar del desfile, bajo un gran baldaquino dorado. Detrás de ellos, se encontraban las seis princesas y su séquito. Allí recibieron a los embajadores de los países de Asia y de África, que habían sido introducidos por el visir y los demás altos funcionarios y que traían ricos presentes al nuevo señor divino, cuya bendición venían a solicitar.»

Se ha elegido un terreno al aire libre, al este de la ciudad, para recibir un gran aflujo de población. La atmósfera es apacible. Están presentes las seis hijas de la pareja real. Durante la ceremonia, juegan y charlan. Una de ellas se entretiene con un cervatillo. Detalle conmovedor, será la última vez en que veamos representada la familia real en su totalidad. La muerte le asestará muy pronto un primer golpe.

Los soldados egipcios se muestran particularmente entusiastas. Aplauden, cantan, entablan pequeñas justas. Para

ellos, ver a los países extranjeros rindiendo homenaje al faraón es sinónimo de paz.

He aquí dos textos evocadores. El primero fue descubierto en la tumba de Meri-Ra II:

El a o 12, el segundo mes del invierno, el octavo día del rey del Alto y el Bajo Egipto, que vive de Maat, el señor de las Dos Tierras, Neferkeperuré, el hijo de Ra, que vive de Maat, el dueño de las coronas, Akenatón, de gran duración de vida, y de la gran esposa del rey, su amada, Nefer-Neferu-Atón, Nefertiti... Su Majestad apareció en el trono de su padre, Atón, mientras que los jefes de cada país extranjero aportaban sus tributos y le pedían respetuosamente el estado de paz, a fin de respirar el aliento de vida.

El segundo procede de la tumba de Huy. Después de anotar la misma fecha, precisa:

Akenatón y Nefertiti aparecieron en el gran dosel de oro fino con objeto de recibir el tributo de los países de Kharu y de Kush, del Occidente y del Oriente. Incluso las islas de en medio del mar aportaron tributos al rey, sentado en el gran trono de Aketatón para recibir la contribución de cada país.

El rey y la reina, asidos tiernamente de la mano, ven venir hacia ellos a los representantes de los países que reconocen la autoridad del faraón. Los nubios, con su larga falda, traen sacos de oro, ladrillos y arandelas de oro, marfil, leopardos, antílopes, panteras. Los asiáticos, a los que reconoce por sus barbas rematadas en punta, ofrecen jarrones, armas, escudos, piezas de carros dispuestas para armarlos, un león, un caballo. Los habitantes del maravilloso país del Punt son portadores de incienso. Los libios, identificables por la pluma hincada en el pelo, traen

como regalo huevos y plumas de avestruz. Por último, los cretenses presentan magníficos y valiosos jarrones.

Todo marcha a la perfección en el mejor de los mundos. ¿La ceremonia pública no es la prueba manifiesta de que el faraón reina sobre el mundo entero y que la omnipotencia de las Dos Tierras sigue siendo indiscutible?

Por lo menos, así es en apariencia. Pero ¿no se oculta tras ella una realidad menos risueña?

¿Por qué se han organizado tales festividades? ¿Por qué el rey ha querido manifestar su esplendor? ¿Existe una motivación que no fue precisada en las relaciones escritas de la entrega de tributos?

Aldred está convencido de ello. Según este especialista de la época amarniana, Akenatón, al presentarse como el monarca reconocido por todos, tanto en el interior como en el exterior del país, celebraba su advenimiento como rey único. Aldred opina que Amenofis III, el padre de Akenatón, acababa de morir, tras doce años de corregencia. Acogiendo a los embajadores, Akenatón celebraba su toma del poder de manera brillante.

Un cierto número de eruditos rechazan esta tesis. Y como en ningún texto se precisa la fecha exacta del fallecimiento de Amenofis III, nos vemos reducidos a las conjeturas.

Entre el año noveno del reinado, lo más pronto, y el año duodécimo, lo más tarde, se produce otro fallecimiento, el de la madre de Akenatón, Tiyi, quien poseía una residencia en Medinat Gurob, en el Fayum, poco alejada de Aketatón, lo que le permitía ir y volver fácilmente a la ciudad. Sin duda residía con frecuencia en la nueva capital, donde se celebraban en su honor alegres banquetes. Ciertos altos dignatarios eran sus protegidos directos, como Huy, su chambelán, que tenía una tumba en el acantilado de Al-Amarna.

Akenatón asoció a su madre al culto de Atón. Ordenó construirle un pequeño templo, donde, en forma de estatuas, están

presentes las parejas formadas por Amenofis III y Tiyi y por Akenatón y su madre. La familia entera tenía un valor divino. Una representación de la tumba amarniana de Huy nos muestra a Akenatón introduciendo a su madre en un santuario llamado «Sombra de Ra» o, según otra interpretación, «Abanico-pantalla de Ra». El acontecimiento tuvo lugar durante una fiesta, cuando la reina Tiyi acudió a visitar a su hijo.

El nombre simbólico de este tipo de templo, que existía ya en el Antiguo Imperio y que es particularmente interesante, no se interpreta con facilidad. Implica una idea de «filtrado» de la energía solar, idea que se repite en numerosas tradiciones antiguas, donde el sol se muestra tan pronto benéfico como maléfico. La mitología egipcia nos habla de un sol que, con su irradiación, da la vida a todas las criaturas, pero también de otro sol que, con la misma irradiación, que se ha hecho demasiado intensa, da la muerte. Se puede suponer que el templo calificado de «abanico-pantalla de Ra» tenía como función eliminar de la energía solar sus influencias nocivas y extender por el mundo los beneficios de un sol perfectamente puro.[28]

Al final del año duodécimo del reinado, Tiyi ha dejado de existir.

Su desaparición supuso una cruel prueba para el rey. En efecto, su madre tenía un gran conocimiento de los asuntos internacionales y probablemente había continuado aconsejando a la pareja real en cuanto a las opciones que se les ofrecían. Basta para demostrarlo esta carta del rey de Mitanni, dirigida a Tiyi:

Todo va bien para mí. Que todo vaya bien para ti. Que todo vaya bien para tu casa, para tu hijo, que todo vaya perfectamente bien para tus tropas y para todo lo que te pertenece. Tú eres la que sabe que siempre he sentido amistad por Amenofis III, tu marido, y que tu marido, por su parte, sintió siempre amistad por mí... Tú eres la que conoce mejor que nadie las cosas que nos hemos

dicho el uno al otro. Nadie más las conoce... Debes continuar enviando felices embajadas, una tras otra. No las suprimas. Yo no olvidaré la amistad con tu marido. En este mismo momento y más que nunca, tengo diez veces más mucha más amistad por tu hijo Akenatón. Tú eres la que conoce las palabras de tu marido, pero no me has enviado todo mi regalo de homenaje que tu marido ordenó que se me enviase. Yo había pedido a tu marido estatuas de oro macizo... Pero tu hijo ha chapado en oro estatuas de madera. Puesto que el oro es polvo en el país de tu hijo, ¿por qué han sido la causa de una tal pena para tu hijo que no me las ha dado?... Ni siquiera me ha dado lo que su padre tenía costumbre de dar (Cartas de Al-Amarna, EA 26).

Tiyi estaba profundamente apegada a la política de paz llevada por su marido Amenofis III. Su conocimiento de los diversos casos le permitía defenderla con eficacia, y sin duda actuó junto a Akenatón como una especie de ministro de Asuntos Exteriores al más alto nivel. Los términos de la carta que nos ocupa tienden a demostrar que Akenatón cometió errores y se hizo culpable de negligencias. La tarea de Tiyi consistía en borrar los efectos perniciosos de sus pasos en falso. Su desaparición privó al monarca de sus juiciosos consejos y le obligó a ocuparse él solo de problemas internacionales que, al parecer, no conocía a la perfección.

La muerte de la reina madre tuvo lugar en un mal momento. Como veremos, la situación política de Asia se modificó profundamente durante el reinado de su hijo. Akenatón no parece haber sido capaz de llevar a cabo un análisis pertinente de la misma y de sacar las conclusiones que se imponían.

¿En dónde recibió sepultura la ilustre reina Tiyi? Sin duda en Tebas. Su sarcófago fue encerrado en un féretro exterior, con puertas hechas en cedro del Líbano y con un cerrojo de oro. Los paneles la mostraban en compañía de su hijo, bajo los rayos

bienhechores de Atón. Cofres, vasos de alabastro, vasijas de loza para cosméticos, objetos de toilette la acompañaron a la eternidad. Desgraciadamente, no se ha descubierto la momia de Tiyi (o no ha sido identificada) e incluso el emplazamiento de su tumba continúa siendo un enigma.

¿Akenatón, guerrero o pacifista?

Toda una literatura presenta a Akenatón como un pacifista, un no violento, un ser dulce y débil empeñado en evitar la guerra a toda costa. Algunos egiptólogos han reaccionado contra ella recordando que existen representaciones del rey en la actitud tradicional del faraón aplastando al enemigo. El tema no fue eliminado de la iconografía amarniana. Se conoce una escena en que las manos del dios Atón tienden al rey una espada y una maza, destinadas a cumplir el rito. Por otra parte, el ejército se encuentra presente en numerosos relieves, y existen igualmente figuraciones de prisioneros de guerra.[29]

En el año 12 del reinado, hubo probablemente una acción militar en Nubla. Estelas descubiertas en Buhen y Amada demuestran que el ejército egipcio intervino en un sector en el que existían minas de oro y que sofocó con severidad una rebelión tribal.[30] Sin embargo, más que de guerra, hay que hablar de una operación de policía. Durante el Imperio Nuevo, Nubla es una verdadera colonia, sometida a la ley egipcia. El faraón no tolera que se produzca en ella ninguna perturbación. Hay numerosos egipcios que viven en Nubia, funcionan en ella templos, especialmente un santuario de Atón. Hay también nubios que sirven en el ejército egipcio. Los hijos de los jefes de tribu se educan en Egipto.

Akenatón no es ni un pacifista soñador ni un partidario a ultranza de la guerra. Se contenta con proseguir la política

internacional preconizada por Amenofis III y Tiyi: una paz apoyándose en tratados con las potencias extranjeras. Al sur, en Nubia, el ejército y la policía egipcios intervienen para restablecer el orden tan pronto como se ve amenazado. Pero no ocurre nada grave desde hace muchos años en esta región egiptizada.

Al nordeste, en cambio, en los países de Asia parcialmente bajo el control egipcio, todo cambia. El azar de los descubrimientos arqueológicos nos ha ofrecido una documentación que permite entrever lo que ocurrió en aquella época.

En 1887, aparecieron en las ruinas de Al-Amarna alrededor de trescientas cincuenta tablillas de arcilla secada al sol, con textos en escritura cuneiforme, que intrigaron desde el primer momento a los científicos. El descubrimiento pareció al principio demasiado bello para ser cierto y se consideraron las tablillas como falsificaciones. Pero después de examinarlas más a fondo, hubo que aceptar la evidencia. Se advirtió que los documentos eran auténticos y que los textos se referían a los intercambios diplomáticos entre el rey de Egipto y varios soberanos de países extranjeros.

Por desgracia, se trataba de excavaciones clandestinas. Incluso las circunstancias del descubrimiento son oscuras. ¿Cuántas tablillas había originariamente? Imposible precisarlo. Anticuarios y coleccionistas particulares se interesaron por esos modestos vestigios, que adquirieron un cierto valor comercial. Actualmente, se han inventariado trescientas ochenta y dos tablillas. La escritura empleada era el accadiano, utilizado corrientemente en aquella época para las relaciones entre gobernantes.

Durante mucho tiempo se creyó que las tablillas constituían los archivos originales, que el ministro de Asuntos Exteriores de Al-Amarna había clasificado y conservado cuidadosamente. La realidad es un poco distinta.

El rey de Egipto se comunicaba con los monarcas extranjeros por medio de mensajeros, cuya función estaba considerada como muy importante. Llevaban «cartas» del faraón y le traían respuestas o informaciones nuevas.

El faraón era forzosamente un letrado y un hombre culto. Cada mañana, recibía de sus consejeros informaciones sobre los asuntos interiores y exteriores. Se le leían las cartas de los soberanos extranjeros, a fin de que tuviese conocimiento de ellas. Los escribas traducían al egipcio la escritura cuneiforme y llevaban una o varias copias sobre papiro. Dichas copias en jeroglíficos formaban los verdaderos archivos, clasificados y ordenados de acuerdo con los criterios estrictos de la administración egipcia. En cuanto a las tablillas de arcilla, no era más que un material realmente molesto, del que acababan desembarazándose.

Los archivos egipcios originales de la ciudad de Atón fueron probablemente destruidos. Una parte de las tablillas, en cambio, aparecieron en las ruinas de la ciudad, precisamente porque, a los ojos del Estado, no eran más que desechos carentes de interés. Esta documentación viviente, cuyo carácter excepcional no puede negarse, nos permite penetrar en el corazón de la diplomacia de una época agitada y comprender mejor los acontecimientos que pusieron en peligro la obra de Akenatón. Sin embargo, no poseemos más que una pequeña parte de esa correspondencia oficial, y es preciso utilizarla con prudencia. No obstante, las tablillas de Al-Amarna alzan el velo sobre el drama que se desarrolló durante el reinado de Akenatón.

Los trabajos de A. Altman han demostrado que la estabilidad política de los protectorados egipcios, como Biblos o el Amurru, termina poco después de las campañas asiáticas de Tutmés IV. El proceso de degradación, peligroso para la seguridad de Egipto, se inicia mucho antes del reinado de Akenatón.

El rey hitita Subbiluliuma destruye definitivamente el equilibrio de fuerzas en el Oriente Próximo antiguo, que Egipto

domina todavía. En efecto, hasta su reinado, el imperio faraónico había ejercido una soberanía militar difícil de atacar. Pero Subbiluliuma es ambicioso y quiere convertir su país en una gran nación. Comienza, pues, por someter las tribus que le estorban en el interior de sus propias fronteras. Hace cesar las querellas intestinas y pone fin a los problemas graves que amenazan su poder. Una vez restablecido el orden, pacifica sus provincias y leva tropas, a las que asegura un encuadramiento militar de calidad.

La Sirio-Palestina, bajo control egipcio, está dividida en tres provincias, controladas por tres funcionarios. El primero reside en Gaza y se ocupa del país de Canaán, es decir, Palestina más una parte de la costa fenicia, hasta Beirut. El segundo reside en Sumur y vela por el país de Amurru, que se extiende desde Biblos hasta el sur de Ugarit y el Oronto. El tercero habita en Kudimu. Está encargado de la provincia de Apu, que va de Qades, en Siria del Sur, hasta el norte de Palestina y Damasco.

Las potencias extranjeras se comunican con Egipto por medio de mensajeros y embajadores, provistos de salvoconductos que garantizan su seguridad y su libre circulación. Veamos un ejemplo de este tipo de documento, utilizado por un enviado especial del rey de Mitanni:

A los reyes de Canaán, servidores de mi hermano, el faraón. Así habla el soberano de Mitanni. Con la presente, envío a mi mensajero, con prisa y urgencia ante el faraón, mi hermano. Nadie debe retenerle. Proporcionadle un salvoconducto para Egipto v entregadlo al comandante de la, fortaleza de Egipto. Que continúe inmediatamente -V, en lo que se refiere a sus presentes, no deba nada.

Las relaciones con Asiria son distantes, pero corteses:

Si tu intención es graciosamente la de la amistad -escribe el rey de Asiria al faraón-, *envíame mucho oro. Esta casa es tu casa.*

Escríbeme para que pueda buscar lo que necesitas. Somos países muy lejanos. ¿Nuestros mensajeros deben permanecer siempre en ruta para tales resultados? (EA 16).

Dusratta, rey del rico país de Mitanni, convertido en vasallo de Egipto, trata igualmente de preservar la paz. *Amenofis no ha muerto -es*cribe a Akenatón- *si tú, su gran hijo, traído al mundo por Tiyi su gran esposa, ejerces el poder en su lugar* Todos los reyes procuran conservar los favores del faraón, preservando al máximo sus propios intereses.

Antaño, en tiempos de sus antepasados -escribe el rey de Mitanni al faraón con una magnífica falta de memoria en cuanto a los rudos conflictos de un pasado poco alejado-, *demostraron siempre amistad por mis antepasados. Ahora, de acuerdo con nuestra amistad constante y recíproca, tú la has hecho diez veces más grande que la amistad con mi padre.*

Sin embargo, un grave incidente diplomático provocó el descontento de Dusratta, que ha enviado a Egipto a dos mensajeros, Pirissi y Tulubri, con una escolta muy pequeña. *Y ahora* -se queja el rey de Mitanni- *mi hermano no les ha dejado partir y les ha sometido a detención en condiciones muy estrictas. ¿Qué son mis mensajeros? Puesto que no son pájaros, ¿emprenderán el vuelo? ¿En qué se siente tan herido mi hermano a propósito de mis mensajeros? ¿Por qué no se pueden visitar siquiera el uno al otro?* (EA 28).

Ignoramos la manera en que se resolvió el drama, pero es seguro que las relaciones entre Mitanni y Egipto se degradaron, como demuestra el fragmento siguiente de una carta del soberano extranjero al faraón: *Los bienes que mi hermano me había dado, mi hermano los ha reducido mucho. Por lo tanto, me he enfadado... Me he vuelto muy hostil.*

El rey hitita es hábil. La carta que envía a Akenatón con ocasión de la muerte de Amenofis III no traiciona ninguna intención belicosa. *Los mensajes que había enviado a tu padre* -proclama Subbiluliuma- y *las peticiones que le había dirigido conviene que los renovemos entre nosotros. Ahora bien, rey, yo no he negado nada de lo que me pidió tu padre. Lo he concedido todo, y todo lo que yo pedía tu padre me lo concedió plenamente. Ahora, hermano mío, has subido al trono de tu padre y, del mismo modo que intercambié presentes con tu padre, tenemos que ser buenos amigos. Puesto que yo había expresado un deseo a tu padre, no lo desdeñes. Hagamos realidad esos deseos.* Y el rey hitita recuerda al rey de Egipto que espera objetos preciosos, estatuas de oro, regalos dignos de la monarquía faraónica.

Los actos del rey hitita desmienten rápidamente sus palabras tranquilizadoras. Cuando Dusratta, rey de Mitanni, muere asesinado, los asirios y los hurritas invaden las regiones situadas bajo su tutela. Subbiluliuma, que no es ciertamente ajeno al crimen, sabe imponer su dominio sobre Mitanni y extender su zona de influencia. La obra del conquistador Tutmés III, que había sometido Mitanni, queda así anulada, y el prestigio del Imperio egipcio pierde de repente su esplendor.

El ataque no provoca consecuencias desfavorables para los hititas. Subbiluliuma decide entonces forzar un poco más las cosas y, tras fomentar disturbios en Siria y en Fenicia, ocupa Siria del Norte. El rey hitita alía con un arte consumado la fuerza y la astucia. Cuando no ataca directamente una comarca aliada de Egipto, establece en ella una red de espías y agitadores que, poco a poco, persuaden a los hombres influyentes para que se aparten del faraón y se vuelvan hacia los hititas. Estas intrigas conducen a resultados muy positivos para Subbiluliuma, que atiza en todas partes los disturbios favorables a su causa.

Cuando comienza a mostrarse abiertamente el poderío hitita, Akenatón no interviene. Espera que los hititas y los mitannianos se

destrozarán mutuamente y que sus ejércitos no les procurarán, ni a los unos ni a los otros, una ventaja decisiva. Con ello, el rey de Egipto comete un error de juicio. No estima al monarca hitita en su justo valor. Mitanni se derrumbará bajo los golpes de los hititas, sin que intervenga la potencia egipcia.

La carta EA 42, enviada por el rey de Hatti al faraón, da señales de una cólera violenta, que la convierte en una declaración de guerra. He aquí el texto, tal como se comprende actualmente: *Y ahora, en cuanto a la tablilla que me has enviado, ¿por qué has puesto tu nombre por encima de mi nombre? ¿Y quién es el que perturba las buenas relaciones entre nosotros? ¿Y un tal comportamiento entra en las costumbres? Hermano mío, ¿me has escrito con la idea de que nos unamos? Y si eres mi hermano, ¿por qué has exaltado mi nombre, cuando no soy más estimado que un cadáver?... Pero tu nombre... Yo borraré...*

La disgregación del Imperio egipcio continúa. Más allá de la exuberancia oriental y de las amenazas verbales.

Las ciudades de Fenicia hacen llegar a la corte de Egipto llamadas de socorro. Esperan con impaciencia un jefe militar egipcio capaz de restablecer el orden. Pero Akenatón se niega a entrar en el engranaje de la violencia. Prefiere la negociación y la diplomacia.

Dadas las circunstancias, se impone un contacto entre ambos soberanos. Por eso Akenatón informa al rey hitita de sus intenciones pacíficas, exigiendo a cambio una actitud semejante. Al fin llegan a un acuerdo y aceptan ambos la paz.

Sin duda Akenatón pensó que su adversario era sincero y que podía fiarse de su palabra. Por su parte, el rey hitita se felicitó por el acuerdo. Oficialmente, aceptaba la paz, después de haber tratado de igual a igual con el faraón de Egipto. Nada le impedía ahora dedicarse a reforzar su red de agitadores, permaneciendo en la sombra.

Muy descontento de la «alianza» concluida entre egipcios e hititas, el rey de Babilonia siente que se debilita su apego a la política egipcia. Esperaba una reacción mucho más brutal por parte de Akenatón y juzga que el faraón ha reconocido de manera implícita el próximo dominio hitita sobre un cierto número de comarcas. Poco tiempo después, el rey de Babilonia se une al rey de los hititas.

Estos últimos no permanecen inactivos. Deseando explotar su ventaja, ayudan a uno de sus aliados, el rey de Amurru, a apoderarse de puertos fenicios. Hay en este caso dos elementos nada claros. Se supone que un ejército egipcio fue enviado a Fenicia, pero que fracasó en su tentativa de pacificación. Es posible también que un enviado de Akenatón traicionase a su soberano, inclinándose ante el rey de Amurru y proclamándole dueño legítimo de Fenicia.

El rey de Amurru, un tal Aziru, complica a placer una situación ya enmarañada por múltiples intrigas. Después de hacer asesinar al gobernador egipcio de la ciudad de Simira, proclama muy alto su fidelidad a Egipto y saquea con toda tranquilidad la ciudad abandonada a sí misma.

Akenatón se entera de los hechos y envía una embajada al traidor.

Sin la menor vacilación, Aziru hace ejecutar a los embajadores, conserva la plaza en su poder y no duda en escribir en una de sus cartas a Akena*tón: Señor, siempre he sido respetuoso de los grandes dignatarios del rey, mi dueño. No tengo la menor falta que reprocharme con respecto al rey, mi señor*

Y dado que Akenatón, quizá insuficientemente informado, no emplea la fuerza contra él, Aziru no se detiene ahí. Amenaza directamente al gobernador de la importante ciudad de Tunip, el cual, aterrado ante un peligro tan próximo, dirige esta súplica a Akenatón: *Tu ciudad llora, sus lágrimas se derraman y no hay*

socorro para nosotros. Enviamos mensajes a nuestro señor, el rey, pero no nos ha llegado ni una sola palabra. No, ni una sola.

Aziru invade Tunip, ofreciendo así nuevas riquezas a sus aliados hititas. Atrae después su codicia una ciudad más célebre, Biblos. El rey de Biblos, Ribbadi, es un aliado incondicional de Egipto, cuya civilización y pensamiento admira con pasión. Percibiendo inmediatamente la gravedad del peligro representado por Aziru, manda varias cartas a la corte de Akenatón, suplicándole que intervenga y que salve su ciudad.

Para rechazar a los traidores rebelados contra el faraón, pide cincuenta pares de caballos y doscientos infantes, que le permitirán resistir hasta la llegada de los arqueros (EA 71). Precisa que los enemigos de Egipto se han aliado y que él se encuentra en Biblos como un pájaro en una trampa (EA 74). Aunque escribe constantemente al palacio, se da cuenta de que nadie presta atención a sus palabras (EA 75). El rey sólo atiende a los mentirosos y a los traidores. La única reacción de Akenatón consiste en quejarse del exceso de cartas de Ribbadi. ¿A qué vienen tantos mensajes? *A causa del mal que se me hizo con anterioridad -explica* el interesado-, y *sobre todo, para que no se me vuelva a hacer nada semejante* (EA 106).

Akenatón acabará por enviar conductores de carros, quizá también arqueros, pero lo hará en número insuficiente, en malas condiciones e incluso contra la opinión de Ribbadi, hasta tal punto estaba mal preparada la maniobra. Los soldados fracasan y perecen. ¡Y se reprocha el desastre a Ribbadi!

Los hititas han incendiado el país -señala el viejo servidor, desilusionado-. *Se han apoderado de todos los países del rey, mi señor, pero mi señor no les ha hecho nada. Ahora movilizan las tropas de los países hititas para apoderarse de Biblos* (EA 126). Para salvar la ciudad, Ribbadi reclama cuatrocientos soldados y treinta carros. Pero Aziru ha enviado ya sus tropas para establecer el sitio.

El fin se aproxima. Ribbadi sigue implorando: *Que el rey, mi señor, piense en su servidor Espero ahora noche y día a los arqueros del rey. Si el rey, mi señor, no cambia las disposiciones de su corazón, moriré* (EA 136). *Soy viejo, Y mi cuerpo padece una enfermedad grave... Con la presente, envío a mi propio hijo, un servidor del rey. Que el rey preste atención a las palabras de su servidor y conceda arqueros para sostener a Biblos...*

El rey comete un nuevo error. Pide consejo al traidor Aziru, que ha asesinado ya a varios de sus fieles vasallos. Y son las palabras de este hombre las que escucha a propósito de Biblos. Hombre dotado de elocuencia, y disfrutando sin duda de apoyos' ocultos en la corte del faraón, Aziru convence a Akenatón de su buena fe y demuestra que no perjudica en nada los intereses de Egipto.

Último grito de esperanza de Ribbadi: *Que el rey, mi señor, visite sus países y lo recupere todo. El día en que te adelantes, todos los países se unirán al rey, mi señor ¿Quién se resistirá a las tropas del rey?* (EA 362).

La ayuda tan esperada no llegará. Ribbadi, a pesar de las amenazas de un Aziru cada vez más ávido de conquistas, se niega a abrir las puertas de su ciudad al enemigo. Paga su valor con la vida, y Biblos escapa al control egipcio.

La serie de desgracias continúa con los raids sangrientos de tribus nómadas como los sutu y los habiru (a los que se identifica a veces con los hebreos), que concentran su atención en Palestina. Los príncipes palestinos, sintiéndose desamparados, envían mensaje tras mensaje a Akenatón.

La carta de Abdi Heba lo confirma de manera dramática (EA 286). Empieza por afirmar vigorosamente su fidelidad al rey y por lamentarse con amargura de haber sido calumniado ante el monarca, cuando, en realidad, es el «brazo potente» del faraón, que le ha concedido su puesto. *Que el rey atienda a las necesidades de su país -exclama-. Todos los países del rey, mi señor, han*

desertado... Cada vez que se han presentado los comisarios, les he dicho: «Los países del rey se han perdido», pero no me han escuchado. Se han perdido todos los alcaldes. No queda un alcalde que siga perteneciendo al rey, mi señor

Los saqueadores hacen reinar la inseguridad y comprometen los intercambios comerciales entre Egipto y sus vasallos. En el campo, los agricultores sufren agresiones repetidas, y muchos de ellos abandonan sus tierras para refugiarse en Egipto. Se ataca a los comerciantes babilónicos, y su soberano deposita en vano quejas ante el faraón.

¿Por qué la situación se degrada hasta tal punto? ¿Por qué las relaciones exteriores de Egipto se deterioran? En el año 12 de su reinado, Akenatón recibían aún de manera normal los tributos de los Estados extranjeros, especialmente de las regiones de Asia. A cambio, el faraón les concedía el «aliento de vida», y esos países, por lo menos oficialmente, permanecían sometidos al imperio faraónico. El rey afirma que se trata de «posesiones» y que Dios se los ha confiado «para que refresque su ardor en ellos» y los apacigüe con la fuerza de su mano.

Sin embargo, después del año 12, tales declaraciones dejan de corresponder a la realidad, puesto que los países extranjeros no pagan ya los tributos habituales a la corte de Akenatón. De repente, el equilibrio parece romperse, y la fraseología oficial no alcanza a enmascarar el malestar que surge entre los vasallos de Egipto.

Varios indicios tienden a demostrar que Akenatón no envió los regalos suficientes a los soberanos extranjeros, descuidando así sus deberes protocolarios, cuya importancia no debió de ser subestimada por el amo de Egipto. Se trataba indiscutiblemente de una falta grave.

Akenatón era consciente de las dificultades con que tropezaba la política egipcia. Mantuvo una línea de conducta muy firme, como expresa una de sus cartas a un príncipe sirio, poco

tiempo antes de los ataques hititas: *Me encuentro bien, yo, sol en el cielo; mis carros y mis soldados son muy numerosos; desde el Alto Egipto hasta el Bajo Egipto, desde la región en que sale el sol hasta la región en que se pone, el país entero está en buenas condiciones y satisfecho.*

En otras palabras, el poderío egipcio sigue siendo considerable, y los ejércitos del faraón no tienen rival. En opinión del rey, esta simple afirmación debería calmar los ardores belicosos y asegurar la paz. Akenatón no quiere utilizar directamente el armamento de que dispone. Considera que sus fuerzas de disuasión son lo bastante impresionantes para que sus posibles adversarios no se atrevan a moverse. El rey-juez estima que una política pacifista, apoyada sobre bases sólidas, dará a largo plazo buenos resultados, mientras que las intervenciones armadas no harían más que envenenar la situación.

Su padre, Amenofis III, compartía la misma opinión, pero practicaba una «táctica» muy flexible. Sabía oponer a las tribus entre sí, fomentar la división de los clanes, impedir el nacimiento de coaliciones peligrosas. Aprovechando de maravilla las querellas intestinas de los reyezuelos, Amenofis II mantuvo firmemente el control egipcio sobre los países vecinos.

Akenatón, que concede el primer lugar a las preocupaciones espirituales y que intenta echar los cimientos de una fe nueva, desprecia demasiado ese sistema de intrigas, que presenta la ventaja de dejar subsistir una agitación poco peligrosa. Al parecer, Akenatón no vela personalmente sobre su red de espionaje y deja su responsabilidad a hombres de probidad a veces dudosa. Mal informado, el faraón tiene una visión demasiado parcial de los acontecimientos.

Además, Akenatón se debate en una situación económica difícil y no dispone de tantas riquezas como sus predecesores. Amenofis III había prometido mucho oro a los vasallos de Egipto. Akenatón no logra mantener sus promesas. Cuando hace regalos a

los soberanos fieles a Egipto, comete graves errores. Por ejemplo, el rey de Babilonia reprocha a Akenatón haberle enviado un oro de muy mala calidad: *Que mi hermano no vuelva a confiar a ningún funcionario el oro que me enviará mi hermano* -se queja el rey de Babilonia-, *sino que mi hermano procure verlo con sus propios ojos, sellarlo y enviarlo. Porque el oro que mi hermano me ha enviado precedentemente, que mi hermano no había comprobado por sí mismo y que un funcionario de mi hermano había sellado* y *expedido, era de valor inferior y, cuando fue puesto en el crisol, resultó no ser de buen título.*

Como se ve, a pesar de sus protestas de amistad y fraternidad, el re de Babilonia muestra abiertamente su decepción. Cierto que la cortesía propia de los soberanos le induce a acusar al funcionario encargado del tesoro real, y no al propio Akenatón, pero un faraón que no cumple sus compromisos empaña el prestigio de Egipto.

Los aliados de Egipto se sorprenden, en diversos grados, ante la actitud de Akenatón. No conocen las dificultades internas de Egipto y todavía no son muy conscientes del peligro hitita. Les choca sobre todo la escasa diligencia que pone el faraón en enviarles unas riquezas que consideran como debidas. Sin duda ése es el motivo de que los tributos extranjeros no lleguen ya a la corte de Egipto.

Sin embargo, el ejército egipcio no ha perdido nada ni de su valor ni de su fuerza. ¿Acaso se muestra hostil a la política del rey? Ningún documento nos permite responder a esto con precisión, pero es seguro que las tropas egipcias no se rebelaron y que obedecieron a las órdenes recibidas.

Pese a creer en las virtudes de la diplomacia y la persuasión, Akenatón no se comportaba como un pobre soñador, incapaz de tomar conciencia de la crisis de civilización que se desarrollaba ante sus ojos y que él mismo había provocado en parte. Por lo tanto, no es aberrante pensar que Akenatón estuvo con frecuencia

muy mal informado y que ciertas cartas, si no la mayoría de ellas, no llegaron hasta él.

Si la policía de Al-Amarna era fuerte y bien organizada, se debía sin duda a que todos los miembros del entorno directo del rey no sentían por él tanto amor como pretendían. Podemos interrogarnos, por ejemplo, sobre el caso de un funcionario llamado Tutu, al que incumbían grandes responsabilidades en el ministerio de Asuntos Exteriores de Al-Amarna. Entre sus funciones, se incluía la de estudiar y clasificar las cartas procedentes de los vasallos y aliados de Egipto, todos aquellos mensajes desesperados implorando la ayuda de Akenatón y que quedaron sin respuesta.

Ahora bien es probable que Tutu fuese un amigo personal de Aziru, el vasallo felón que dirigió tantas acciones solapadas y asesinas contra los soberanos fieles a Egipto.

Aunque sea muy difícil llegar a una certidumbre en este aspecto, emitiré la hipótesis de que Akenatón fue traicionado por ciertos miembros de su corte y que dispuso, debido a disimulos voluntarios, de informaciones incompletas sobre la evolución del poderío hitita.

Alexandre Moret ha defendido la tesis de que Akenatón deseaba magnificar a un dios-sol que fuese un lazo sagrado entre Egipto y los demás pueblos. Un dios agresivo, nacionalista y batallador, aun en caso de victoria, no hubiera sido más que un dios estrechamente egipcio. Por el contrario, un dios pacífico y tolerante conquistaría el corazón de todos los hombres, evitando los conflictos.

Para ello, Akenatón había previsto la construcción de tres grandes ciudades consagradas a Atón, una en Egipto, otra en Nubia y otra en un emplazamiento que no se ha determinado todavía con certeza. Las tres ciudades representaban, de manera simbólica, la totalidad del mundo conocido, que se volvía con amor hacia los rayos del sol divino. Era el mismo Dios quien debía establecer las relaciones amistosas entre las naciones, no las armas o las

riquezas. Atón, padre espiritual de todos los seres, borraba las razas en favor de la «parcela de luz» común a todos los vivientes.

Henos de nuevo en pleno romanticismo. Akenatón magnificaba a Atón, cierto, pero sin voluntad de conversión universal a una doctrina, puesto que no existía ninguna doctrina y puesto que la idea de una anexión religiosa de otros pueblos era completamente ajena a la mentalidad egipcia.

Se advierte claramente que Akenatón se vio desbordado por la evolución política y militar de las comarcas asiáticas, que conocía mal y que no visitó -como habían hecho algunos de sus predecesores- para mantener una paz a distancia.

El balance es duro.

Biblos se ha perdido. Mitanni, aliado importante de Egipto, ha dejado de existir. Los hititas se han anexionado Siria. Bandas de saqueadores recorren Palestina.

Akenatón ha perdido la iniciativa a causa de sus vacilaciones. Sigue intentando practicar una política de alianzas y tratados, que no alcanza a frenar las ambiciones de los hititas, que invaden Mesopotamia y la Siria del Norte, destruyen Mitanni, amenazan el Líbano sur. Ningún ejército egipcio se alza frente a ellos.

¿Le hubiera sido posible a Akenatón detener el avance hitita? Los especialistas en la historia militar egipcia responden afirmativamente. Pero reunir un ejército lo bastante fuerte exigía una organización particular y un esfuerzo de guerra importante. Akenatón no quiso realizar tal esfuerzo, a la vez social y económico.

Las informaciones recientes permiten pensar que Akenatón no permaneció totalmente inactivo durante los últimos años de su reinado.

Según parece, envió tropas a Siria. ¿Para qué tipo de intervención y con qué resultado?

Akenatón no fue responsable del declinar del poderío egipcio. No obstante, tampoco supo detenerlo.

Poseemos un vestigio tenue, pero sorprendente, que data de este duodécimo año de reinado: dos sellos para jarras de vino con la mención del nombre de Amón. ¿Qué puede deducirse de ellos, salvo el hecho de que no hubo supresión total y a ultranza del antiguo dios del Imperio? La *paz* de Atón no se apoyaba en una guerra contra Amón.

25

LOS DRAMAS DEL AÑO 14

Los acontecimientos relatados en los textos amarnianos son raros, y difícil el trabajo del historiador que intenta encontrar la huella de algunos hechos concretos en los textos y las representaciones religiosas, que se ocupan sobre todo del culto, de los ritos, de los símbolos.

El año 14 del reinado fue testigo de dos acontecimientos dramáticos, uno seguro, el otro hipotético.

Muerte de una niña

En el año 14 cayó enferma Meket-Atón, la segunda hija de la pareja. ¿Qué edad tenía? Imposible decirlo con exactitud. Por lo menos doce años. A pesar de los cuidados que se le prodigaron, la chiquilla sucumbió. Fue enterrada en la tumba real que Akenatón había hecho preparar para su familia.

Excepcionalmente, los artistas recibieron orden de representar las escenas rituales del duelo, lo que nos permite participar en la inmensa tristeza de Akenatón y Nefertiti. Los bajorrelieves de la tumba de Al-Amarna muestran al rey y la reina llorosos. Se ve también a una mujer que trata de calmar a un niño, lo cual hizo suponer a algunos que Meket-Atón había muerto de parto.

En todos estos cuadros, reina una desesperación que nos conmueve todavía. El golpe del destino se abatió sobre Akenatón de la manera más violenta, turbándole profundamente. ¿Por qué Atón, el dios de la luz, el dios al que amaba con toda su alma, se había mostrado tan cruel, hiriéndole en su más tierno afecto?

En las estelas fronterizas que delimitan el territorio sagrado de la ciudad del sol, las hijas de la pareja real se hallaban situadas bajo la protección directa de Nefertiti. Lo lógico es que se les conceda una larga vida. Y sin embargo, Meket-Atón muere. En cuanto a las tres hijas más pequeñas, desaparecen de los anales. ¿Acaso murieron también?

¿Hay que creer en la hipótesis según la cual una epidemia de peste asoló en aquella época el Oriente Próximo, afectando incluso a la corte real egipcia?

El drama tenía forzosamente que conmover hasta lo más profundo a la pareja real. Perder a una hija a la que se había puesto bajo la protección de Atón significaba una desdicha que la población entera podía considerar como una especie de rechazo divino.

A partir de entonces, todo se desdibuja. La documentación se hace rara, cada vez más difícil de descifrar. Imposible determinar la sucesión de los acontecimientos.

Con el fallecimiento de Meket-Atón, en el decimocuarto año del reinado, se quiebra el destino de la pareja real.

¿Muerte de Nefertiti?

La desaparición de su segunda hija supuso sin duda una prueba insuperable para la reina Nefertiti. Es difícil saber si continúa apareciendo en las ceremonias oficiales después del año 14 o si la reemplaza su hija Mery-Atón, la primogénita, secundada por su hermana Ankhesenpa-Atón.

En el templo «abanico» reservado a Nefertiti, su nombre es sustituido por el de su hija mayor, que parece suceder a su madre en las prácticas culturales.

En el año 12, o quizá a finales del año 14, Nefertiti ocupa un palacio situado al norte de la ciudad del sol. ¿Por qué razón?

Se han formulado varias explicaciones posibles intentando levantar el velo que cubre los últimos años de la existencia de Nefertiti.

Según una teoría, la reina tomó conciencia de los graves peligros que la política de Akenatón hacía correr a Egipto y a fin de salvar el país de la rutina, abandonó más o menos la religión de Atón.

Nefertiti logró entonces ponerse en contacto con los sacerdotes de Amón, quienes durante sus entrevistas, le demostraron el carácter perjudicial de la experiencia emprendida por su marido. Convencida por sus advertencias, se retiró a un palacio en compañía del joven Tutankatón, que reinará más tarde con el nombre de Tutankamón.

Ayudada en su tarea por el «Padre Divino» Ay, preparó al niño para tomar el poder a expensas de Akenatón, enfermo y cada vez más desconcertado por el cariz de los acontecimientos. En el espíritu de Nefertiti, era el único medio de preservar la continuidad monárquica y asegurar un necesario retorno al orden.

Viendo que la salud del rey «herético» declinaba, Nefertiti buscaba así evitar una venganza brutal del clero de Tebas contra todos aquellos que se habían declarado en favor de Akenatón. Dada su personalidad, Nefertiti aseguraba una posible «unión» entre la revolución de Akenatón y el conservadurismo de los partidarios de Tebas.

Los hechos se ajustaron a las esperanzas de la reina. Akenatón murió, ella educó de acuerdo con sus designios al joven Tutankatón y lo presentó como candidato al trono a los sacerdotes de Amón, que le aceptaron como tal. El muchacho se convirtió así

en el rey legítimo Tutankamón, el restaurador del poderío de Amón.

Esta historia, con sus múltiples peripecias, implica una especie de traición por parte de Nefertiti, que olvidó los años de felicidad compartida para volver la espalda a la religión de Atón.

¿Hay que tomar, pues, en cuenta la hipótesis de John R. Harris y Julia Samson? Para ambos eruditos, combatidos por otros egiptólogos, se impone una observación preliminar. No fue el nombre de Nefertiti el reemplazado por el de su hija mayor, sino el de la esposa secundaria, Kia. El detalle, más algunos otros, tendería a demostrar que el corregente llamado Smenker no existió jamás. En realidad, según Harris y Samson, se trata de otro nombre de Nefertiti. Ostentando poderes muy extensos ya desde el principio del reinado, Nefertiti se convirtió simplemente en faraón después de la muerte de su marido.

Todo esto, en mi opinión, resulta muy poco convincente. No existe ningún argumento lo bastante claro que nos induzca a aceptarlo.

Hay aún otra explicación de los acontecimientos. La discordia entre la pareja real no se debió a la iniciativa de Nefertiti, sino a la de Akenatón, que, aterrorizado por el fracaso de su empresa «revolucionaria», decidió volverse hacia los sacerdotes de Amón y pactar con ellos.

Fiel a la ortodoxia atoniana, Nefertiti se opuso entonces violentamente a esta línea de conducta. Abandonó a su esposo para vivir en el aislamiento y preservar su fe en el disco creador, esa fe que seguía siendo la única razón de su vida.

Akenatón envió a Tebas a su corregente Smenker para iniciar las negociaciones. Una entrevista semejante no podía por menos que ser tormentosa. Ofendidos, los sacerdotes de Amón obligaron al enviado del «herético» a aceptar todas sus condiciones, incluso al precio de una humillación.

Nefertiti se había dado cuenta de que el joven corregente Smenker la había reemplazado en el corazón de Akenatón. El amor que unía al rey y la reina y que les permitía afrontar las pruebas se estaba debilitando.

Al enterarse de la decisión de su marido y comprobar los resultados de la deplorable embajada del corregente, Nefertiti se volvió loca de rabia e hizo incluso asesinar a Smenker. Según Pendlebury, uno de los célebres excavadores del emplazamiento de Al-Amarna, Nefertiti no murió hasta el año 3 del reinado de Tutankamón, tras haber ejercido una regencia perfectamente fiel al culto de Atón. Fue la reina la que impidió al joven faraón, que tenía una decena de años, responder a los avances del clero de Amón y regresar a Tebas. Por lo tanto, la «herejía» sólo finalizó con la muerte de la reina.

Si aceptamos esta versión de los hechos, está claro que fue Akenatón quien traicionó su propio ideal, por desaliento o por cobardía. El rey carecía ya de las fuerzas necesarias para continuar su tarea, pero Nefertiti se negó a renunciar a su obra común. Tomando sola las riendas del poder, «La bella ha venido» obtuvo del dios sol una energía extraordinaria y negó toda concesión al clero tebano.

Al continuar reinando tras la muerte de Akenatón, observó la línea de conducta definida por la revolución amarniana y preservó la pureza de la nueva fe hasta su último día. Hizo incluso más, educando al joven Tutankatón e intentando transmitirle la antorcha.

Esta reconstrucción de los acontecimientos me parece en extremo fantástica. Se basa, como siempre, en el mismo e inverosímil postulado: la necesidad de negociar con el clero de Amón, opuesto al régimen.

La verdad es probablemente mucho más sencilla y mucho más trágica. En el año 14, o poco después, la reina Nefertiti, demasiado quebrantada por la muerte de una o varias de sus hijas,

murió a su vez en el palacio norte de Aketatón, al que se había retirado a causa del estado de su salud.

En Egipto, la muerte no es un acontecimiento que deba traducirse en primer lugar por un certificado de fallecimiento debidamente registrado por un funcionario, sino una transformación del ser, una metamorfosis como muchas otras. Por eso, cuando se produce la desaparición de un personaje importante, se acostumbra a proceder a un cierto número de actos rituales, que prolongan su personalidad inmortal, sin celebrar, no obstante, su memoria de manera directa.

Tras la muerte de la reina, los escultores de Al-Amarna modificaron por este motivo diversas representaciones de la reina, con objeto de hacerla parecerse a su hija Mery-Atón, convertida en la primera dama del reino.

Si se suprimió el nombre de Nefertiti en su «pabellón sombreado» para reemplazarlo por el de Mery-Atón, no fue porque la reina hubiese caído en desgracia o se hubiera rebelado. La sustitución de nombres era puramente simbólica. Como señala Aldred, el «pabellón sombreado» estaba destinado a renovar diariamente la potencia vital y las fuerzas creadoras de la reina. Muerta Nefertiti, se «transfirió» el santuario a su hija, que tomó legítimamente posesión de él y se benefició desde entonces de una regeneración diaria, de acuerdo con los ritos secretos de las comunidades femeninas de Al-Amarna.

En el espacio de unos meses, Akenatón pierde a su esposa y a una o varias de sus hijas. Herido ya su corazón por el fallecimiento de Meket-Atón, el rey tiene muy pronto que afrontar la prueba de la soledad del poder. Desde el principio de la aventura atoniana, Nefertiti había permanecido siempre a su lado, compartiendo con él deberes y poderes y ofreciéndole su consejo en toda circunstancia.

La luz de Atón se expresaba a través de la pareja divina. Privado de Nefertiti, Akenatón no puede llenar la función teológica y simbólica que exige el culto del sol divino.

Por consiguiente, no le queda más remedio que buscar un corregente.

26

DEL ANO 15 AL AÑO 17: EL FINAL DE UN REINADO

Los dos últimos años del reinado de Akenatón son muy oscuros. La documentación se hace rara, dispersa. No existe ningún documento datado con una precisión segura, lo que impide toda reconstrucción histórica continuada.

¿Qué es lo que sabemos?

A finales del año 14 o a principios del 15, Akenatón asocia a su trono a un hombre que lleva el nombre de Smenker, «El *ka* de Ra está firmemente establecido».[31] Se observara que se trata de nuevo de una referencia a Ra, no a Atón. La corregencia durará alrededor de tres años, hasta la desaparición de Akenatón.

La elección de un corregente constituía un acto esencial de gobierno. Akenatón tuvo sin duda razones poderosas para elegir a Smenker. Desgraciadamente, no las conocemos.

¿Quién era? ¿Un hijo de Amenofis III y de una esposa secundaria, o un hermano de Tutankatón, el hijo de Kia? No disponemos de ningún dato que precise su origen. No se da ninguna indicación ni sobre su familia ni sobre sus padres.

En las estelas de piedra calcárea procedentes de Al-Amarna y conservados en el Museo de Berlín, se ve claramente a dos reyes, uno al lado del otro. Se supone que se trata de Akenatón y su corregente. Por desgracia, seguimos en el estadio de las suposiciones, ya que esos monumentos no están determinados. Se

ha grabado la forma de los cartuchos, pero no se han inscrito en el interior de los óvalos los nombres de los personajes.

En el campo simbólico, se obtienen indicaciones mucho más claras. Akenatón y Smenker son corregentes en el plano político, pero forman sobre todo una verdadera pareja, simbolizando el primero el principio masculino y el segundo el principio femenino. Smenker aparece claramente designado como «el amado de Akenatón» y, a fin de que no haya ninguna ambigüedad en la situación, recibe uno de los nombres de Nefertiti y representa simbólicamente el papel de la reina difunta. Dicho nombre es el de Nefer-Neferu-Atón, «Perfecta es la Perfección de Atón», que, en efecto, precedía de ordinario al de Nefertiti.

Julia Samson, apoyándose en este indicio y en algunos otros, defiende una tesis extrema. Para ella, Smenker no ha existido jamás. En realidad hubo una mala interpretación de la documentación, ciertos errores que se repitieron de erudito en erudito. ¿Un ejemplo? Nicholson denominó «adoradores del disco» a dos personajes no identificables figurando sobre un bloque descubierto en Menfis en 1854. Ahora bien, en ese bloque, no hay ni disco, ni rayos, ni mención de Atón y, por lo tanto, no existe ningún lazo evidente con el periodo amarniano. Sin embargo, en 1928, Newverry, siguiendo a Borchardt, adjudicó a esas figuras los nombres de Akenatón y Smenker, lo que se tomó como una verdad definitiva. Conclusión de Julia Samson: Smenker no es otro que Nefertiti, convertida en corregente de su marido.

Redford y otros egiptólogos juzgan la idea inaceptable. Nefer-Neferu-Atón no es el nombre de Nefertiti, sino un epíteto teológico, escrito además con una ortografía diferente cuando se aplica a Smenker. Akenatón llevó simplemente a cabo una transferencia simbólica de la reina difunta a su corregente, de manera que una parte del ser de Nefertiti permanezca presente en el ejercicio del poder. Durante todo su reinado, Akenatón insistió sobre el tema de la androginia primordial y sobre el carácter divino

de la pareja real, única capaz de percibir el principio en toda su realidad.

El papel exacto de Mery-Atón, la primogénita de la pareja real, plantea asimismo muchos problemas. En ciertos relieves, su nombre aparece grabado por encima del de Kia, incluso del de Nefertiti. En el año 15, se la ve cumpliendo los actos culturales en compañía de su padre. ¿Es ella quien habita «la casa de la favorita»? ¿Se puede considerar que no sólo sucedió a su madre en sus funciones religiosas, sino que reinó sola después de la muerte de Akenatón?.[32]

Se cree que Smenker y Mery-Atón fueron matrimonio. Una tumba de Al-Amarna parece mostrarles juntos, en tanto que soberanos reinantes.[33] Puesto que Akenatón está ausente de la escena, ¿se puede admitir que ha muerto y que nos encontramos en presencia de sus sucesores?

En el año 16, mientras que Akenatón vivía todavía, su corregente visitó probablemente Tebas. En la ciudad de Amón, existía un templo de Smenker, quien, pese a conservar sus nombres «atonianos», hacía ofrendas a Amón. Un *graffito* datado en el tercer y último año del reinado de Smenker reproduce una plegaria a Amón, recitada por un sacerdote y escriba de la ofrenda del dios Amón en la morada de Ankh-Kheperu-Re en Tebas, nombre que designaba al corregente de Akenatón.

¿Por qué ese viaje? Sin duda para preparar el retorno de la corte real a Tebas. O Akenatón está muy enfermo o ha muerto ya. Había llegado la hora de poner fin a la experiencia atoniana, y de hacerlo sin tropiezos especiales.

El traslado de la corte, de los ministerios y de los altos funcionarios exigía tomar disposiciones administrativas. Es de imaginar que la tarea fuese atribuida a un corregente. Una vez terminada, desaparece de la escena. ¿Fallecimiento o simple cese de función?

En el año 16, el ejército egipcio interviene en Siria del norte por orden de Akenatón.[34] El faraón continúa gobernando. Juzgando que los hititas van demasiado lejos, se decide por fin a reaccionar. Incluso es posible que las tropas del general Horemheb hayan atacado Karkemish. La campaña militar tuvo efectos beneficiosos para la seguridad de Egipto. Si los hititas habían trazado proyectos de invasión, renunciaron a ellos al comprobar que los soldados del faraón estaban dispuestos a combatir.

Fue el último acto oficial conocido del reinado de Akenatón.

27

LA MUERTE DE AKENATON Y SU SUCESIÓN

Según Redford, Akenatón murió apaciblemente en su capital durante el verano de 1359 a. de C. Aunque la fecha sea muy discutible, es en cambio probable que el esposo de Nefertiti regresase a la luz divina de la que había nacido sin que estallase ningún disturbio en Aketatón.

Ningún documento habla de la muerte de Akenatón. En efecto, el dato no es específico. Los textos egipcios se refieren muy raramente a la desaparición física de un rey. Lo que cuenta es el paso a la inmortalidad gracias a los ritos.

Akenatón fue probablemente enterrado en la tumba real de Aketatón, que albergaba ya los cuerpos de Meket-Atón y Nefertiti. Por lo demás, sorprende el hecho de que ni los textos ni las escenas se referían al fallecimiento de la reina.

Después de tres años de corregencia, Smenker desaparece del primer plano de la escena. Y Mery-Atón, la primogénita de la pareja real, no vuelve a ser mencionada.

Aparece en la historia entonces un nuevo personaje, el joven Tutankatón, «Símbolo viviente de Atón», que probablemente tenía una decena de años. Había vivido en la ciudad del sol, donde gozaba, al parecer, de la protección de Nefertiti. Fue ese niño el que se convirtió en el nuevo faraón, con el nombre de Tutankamón, «Símbolo viviente de Amón».

El acto mágico se realiza ahora en sentido inverso. Akenatón había modificado su nombre, abandonando a Amón en favor de Atón. El nuevo rey abandona a Atón en favor de Amón, puesto que residirá en Tebas, después de haber sido coronado en Karnak.

¿Quién eligió a Tutankamón como sucesor de la «pareja» Akenatón-Smenker? No lo sabemos, tal vez el mismo Akenatón. O quizá un colegio de sabios, que habían adivinado en el niño capacidades para el gobierno. Pudo ocurrir incluso que Nefertiti, como «Gran esposa real», designase a Tutankamón antes de morir.

El retorno a Tebas y al culto de Amón no se efectuó con brusquedad. Una estela de Berlín muestra a Tutankatón, antes de su cambio de nombre, en adoración delante de Amón-Ra. No imaginemos, pues, una querella de dioses, una revancha acerba de Amón sobre Atón. La transición, correctamente preparada tanto en Aketatón como en Tebas, siguió un proceso ritual, que terminó por la restauración de los antiguos cultos.

No obstante, un célebre edicto parece lanzar las más graves acusaciones contra Akenatón:

Los templos de los dioses han pasado por tiempos detestables. Sus patios se habían convertido en caminos por los que todos podían pasan El país estaba agotado por las plagas, y los dioses eran descuidados. Su Majestad [es decir, el nuevo rey, Tutankamón] *buscó lo que podía ser útil a Amón... Los dioses habían vuelto la espalda al país: los dioses y las diosas no acudían cuando se les pedía consejo.*

¿Realidad histórica o fantasía? Ni una cosa ni otra. Los santuarios de los dioses tradicionales no fueron destruidos ni sufrieron ninguna degradación durante el reinado de Akenatón y los breves años de la experiencia atoniana. Pero a la muerte de un rey, peligra siempre el equilibrio de las Dos Tierras. El país atraviesa por un periodo de caos. Es como si un viento destructor

soplase sobre Egipto. Para rechazar el peligro, una sola solución: que un nuevo rey suba al trono. Gracias al advenimiento de Tutankamón y de acuerdo con el proceso simbólico habitual, se expulsa el desorden del país, que vuelve de nuevo a los tiempos primordiales, a la edad de oro.

Cada comienzo de un reinado corresponde a «la primera vez», al origen de la vida, a la manifestación pura de la armonía.

El clero tebano no emprendió ninguna guerra contra los adoradores de Atón. Al fin y al cabo, Tutankamón había formado parte de ellos. El soberano cuyo reinado señala el retorno de Amón como dios del Imperio había vivido en la ciudad de Atón.

«Aquellos cuyo nombre es conocido», dicho de otro modo, los miembros estimados de las ricas e influyentes familias tebanas, recuperaron los puestos de responsabilidad en la administración civil y religiosa. Los hombres elevados a funciones capitales por Akenatón retornaron a su anonimato.

Existe otra prueba de la paz civil y religiosa que reinó entre la capital de Akenatón y Tebas. Al morir Tutankamón tras algunos años de reinado, era de esperar que el nuevo faraón fuese un tebano que no hubiese participado para nada en la experiencia atoniana.

Y sin embargo, se produce exactamente lo contrario. El hombre que sube al trono es Ay, el confidente más íntimo de Akenatón, el cortesano en cuya tumba se había grabado el «gran himno» a Atón.

Ciertos eruditos ven en Ay el ejemplo perfecto del oportunista que supo adaptarse a las situaciones más difíciles y que, tras disfrutar de los favores de Akenatón, se conquistó también los favores de los tebanos. Diabólicamente hábil, tramó intrigas lo bastante sólidas para que su renombre amarniano no se opusiese a su toma de poder.

Se trata de una versión muy modernista y muy política, en el mal sentido de la palabra, una visión que no comparto. Ya de edad y

hombre experimentado, Ay estaba considerado como un sabio, ya que había respetado durante «su carrera» la ley de Maat. Sucesor de un hombre muy joven, Ay carecía ya de ambiciones personales. Conciliador, ponderado, con un perfecto conocimiento de la administración y de la corte, el reinado de Ay, que duró alrededor de dos años, fue breve y apacible.

El general Horemheb estuvo primero al lado de Tutankamón, luego junto a Ay. A la muerte de este último, subirá al trono, prolongando el linaje amarniano.

Después de haber guerreado en Asia bajo las órdenes de Akenatón, al que había servido fielmente, Horemheb aparece como un «hombre fuerte», que había tenido tiempo para entrenarse en la práctica del poder. Sin embargo, no se comporta como un militar, sino como un jurista. Promulga un importante decreto reformando unas leyes retrógradas, convertidas en caducas e injustas.

Probablemente casado con una hermana de Nefertiti, Horemheb no demuestra ninguna hostilidad con respecto a su antiguo señor. Nombra gran sacerdote de Ra en Heliópolis a un antiguo dignatario amarniano, manteniendo así la tradición solar.

Si bien es exacto que se vinculó directamente el reinado de Horemheb al de Amenofis III, borrando de la historia a Akenatón, Tutankamón y Ay, hemos de precisar que lo hicieron los analistas ramesidas, muchos años más tarde.

Horemheb adoptó una actitud intransigente frente a los hititas, pero no emprendió ninguna guerra, aunque hizo ejecutar a uno de los hijos del rey hitita, que se dirigía a Egipto para casarse con Ankhesenpa-Atón, hija de Akenatón y Nefertiti y viuda de Tutankamón, la cual, al solicitar su matrimonio con un extranjero, había cometido un acto de traición.

Como se ve, la sucesión de Akenatón se desarrolló sin violencia.

No hubo ni guerra civil ni enfrentamiento entre los partidarios de uno y otro dios. E incluso fueron allegados del rey difunto los que reinaron en Egipto durante varios años.

28

DOS TUMBAS MISTERIOSAS

Las tumbas de la ciudad del sol fueron excavadas en el acantilado que dominaba la capital de Akenatón. De este modo, sus ocupantes podrían contemplar eternamente el territorio sagrado del dios Atón.

El lugar es comparable a los de Beni Hassan, El Bersheh o Meir. Posee la misma grandeza y la misma nobleza. El número de las sepulturas excavadas en él, cuarenta y tres, plantea un problema, puesto que es muy pequeño en comparación con el de los nobles que tenían su residencia en Aketatón. ¿Cómo resolver el enigma, salvo suponiendo que se trataba de una élite designada por el rey, que concedía a los demás signatarios la autorización para preparar en otros lugares su morada de eternidad?

La tumba real fue descubierta en 1891 por Barsanti, lejos de la capital. En efecto, hay que alcanzar un barranco, a seis kilómetros de la desembocadura del vadi Abu Hasah al-Bahari, hacia el este. Imposible imaginar un lugar más agreste, más desolado, con una soledad más profunda.

La tumba es de un acceso tan difícil que hubo que esperar muchos años antes de que un egiptólogo inglés, Geoffrey Martin, pudiese proceder a una publicación científica, que ha hecho su aparición todavía recientemente.

¿Por qué tal elección? Los textos no nos dan ninguna indicación. ¿Hemos de suponer que la familia real, a la cual estaba destinada esta tumba extraña, se mantenía obligatoriamente lejos

de sus súbditos y de la capital de los vivientes? ¿Había una voluntad de secreto? ¿O este emplazamiento geográfico formaba parte de un dispositivo simbólico, cuyos motivos se nos escapan?

Al-Amarna se compone de tres elementos que se diferencian netamente: la capital de Egipto, asentada junto al río, en la orilla oeste, mientras que el territorio de Atón termina en la otra orilla, en Tunah al-Gebel; en segundo lugar, el conjunto de las tumbas de los nobles, excavadas en el acantilado que domina la ciudad y, por último, la tumba de la familia real, perdida en el desierto, fuera de la vista de los vivientes, en el corazón de la «tierra roja».

Desde los comienzos de la XVIII Dinastía, los faraones eran enterrados en el célebre Valle de los Reyes, indisociable de los templos tebanos. Dichos templos, las «moradas de millones de años», tenían como sanctasanctórum la propia tumba. Los dos elementos, templo real y tumba real, aunque disociados geográficamente, formaban una unidad simbólica.

Al trasladarse la capital a Aketatón, Akenatón no podía ya elegir el Valle de los Reyes como lugar de sepultura. Su morada de eternidad debía ser excavada hacia el oriente simbólico de la ciudad de los vivientes. ¿Constituía también el verdadero sanctasanctórum del gran templo de Atón?

Desgraciadamente, Barsanti no descubrió una tumba intacta. Los saqueadores la habían mutilado atrozmente. Tras llevar a cabo un estudio minucioso, Geoffrey Martin ha podido formular algunas hipótesis sobre las escenas que aparecían representadas en las paredes, cuyo decorado fue destruido prácticamente por completo.

Se desarrollaban allí los grandes temas de la religión atoniana, el más importante de los cuales era la adoración del dios Atón por la familia real. En una baldosa de piedra calcárea pintada, descubierta en una de las cámaras de la gran tumba, se ve al rey, seguido por la reina y las dos hijas, ofreciendo flores al disco resplandeciente. Los rostros y los cuerpos están muy deformados, llegando hasta la fealdad. Nefertiti resulta irreconocible,

horrorosa. Podría incluso calificarse el retrato de caricatura. ¿Se trata de un modelo de escultor, de una especie de exvoto?

Esta tumba solitaria no estaba destinada exclusivamente al rey. Contenía varias cámaras reservadas para las hijas de la pareja real. Allí fue depositado el cuerpo de la princesa Meket-Atón, para la que se había reservado una pieza. En sus paredes, las escenas de duelo evocan el dolor de la pareja real.

No se observa ninguna huella de las figuraciones tradicionales en la mitología funeraria osiriana. Esta morada de eternidad está eternamente consagrada a Atón y constituye, de hecho, un verdadero complejo arquitectónico, una entidad sagrada, en que la familia real es transmutada por la luz divina.

Una sorpresa esperaba a Geoffrey Martin. Detrás de la tumba real, había otra. El monumento está demasiado derruido para poder sacar una conclusión definitiva. Sin embargo, se puede suponer que esta segunda sepultura había sido prevista para Nefertiti. La morada de eternidad atoniana estaba, pues, formada por dos elementos, imagen arquitectónica de la pareja real, encargada de transmitir a los vivientes la luz divina.

La tumba 55 del Valle de los Reyes

En torno a la tumba 55 del Valle de los Reyes gira una de las más sombrías peripecias de la arqueología egipcia. Fue excavada en 1907 por la misión Davies, muy cerca de la tumba de Ramsés IX y de la actual Rest House.

Los excavadores descubrieron un corredor tapiado con escombros de todo tipo, entre ellos los de capillas de oro muy frágiles. El techo estaba agrietado. Las aguas de infiltración habían estropeado los paneles dorados.

Desgraciadamente, las excavaciones estuvieron muy mal dirigidas. A pesar de la presencia de egiptólogos cualificados, no

se llevó ningún diario correcto y preciso. Los relatos de las distintas personas que penetraron en la tumba resultan contradictorios. Da la impresión de que algunos objetos fueron robados. No se recurrió a un especialista para que efectuase los trabajos indispensables de restauración. Antes de la llegada de los fotógrafos, se procedió a una especie de «arreglo» de la tumba, lo que nos impide conocer el emplazamiento original de los objetos.

Probablemente el lugar no había sido saqueado de manera sistemática, puesto que se recogieron varios objetos de oro. Además, la sepultura había sido tapiada cuidadosamente mediante una pared de piedras, que se mantuvo intacta. La tumba 55 hubiera podido decirnos muchas cosas sobre la aventura amarniana, si las excavaciones no se hubieran realizado de un modo tan lamentable.

En un panel de madera dorada del santuario, se ve una escena de adoración de Atón por parte de Akenatón y de Tiyi, su madre. El personaje del rey ha sido martillado. Sólo subsiste su contorno. La capilla, que tiene las esquinas de cobre, fue creada por Akenatón con motivo de los funerales de su madre. Hay también cuatro vasos canopes que fueron atribuidos a Tiyi, Mery-Atón o Smenker. En realidad, no llevan ningún nombre. Algunos sellos de tierra muestran el cartucho de Tutankamón, y ciertos ladrillos mágicos, el de Akenatón.

La tumba contenía también un sarcófago, posado sobre un lecho adornado con cabezas de león. Dado que este último acabó por pudrirse, el sarcófago había caído al suelo. Los nombres inscritos en el sarcófago habían sido destruidos. Un ladrón se había apoderado de la máscara de oro.

El estudio de los textos parecía indicar que el verdadero «propietario» de la sepultura no era un hombre, sino una mujer. Por consiguiente, la momia no podía pertenecer a Akenatón. Un especialista identificó efectivamente el cuerpo como

correspondiente a una mujer. La conclusión se imponía por sí misma: se acababa de descubrir la última morada de la reina Tiyi.

En 1907, otro especialista, Elliot Smith, demuestra que su colega se ha equivocado. La momia pertenece a un hombre, que tenía alrededor de veinticinco años en el momento de su fallecimiento y que padecía hidrocefalia. Conclusión inevitable: se estaba en presencia de la momia de Akenatón. Se disponía por fin de un cuerpo que mostraba deformaciones coincidentes con las del arte amarniano.

Ahora bien, un tercer especialista, Derry, tras proceder asimismo a un estudio a fondo, demostró que la momia no presentaba ningún síntoma de hidrocefalia. Por lo tanto, el muerto no era Akenatón. Además, la edad aproximada de la momia en el momento de la muerte no correspondía. En efecto, el creador de Aketatón había muerto con seguridad después de los treinta años.

Cierto que las inscripciones de la tumba sólo mencionaron a Akenatón y a Tiyi. Parece, pues, indiscutible que, en su origen, fue preparada por el rey para su madre. ¿La inhumaron verdaderamente a ella? Lo ignoramos.

Con mucha probabilidad, la momia pertenece al corregente, Smenker. El contexto «femenino» del sarcófago no tiene nada de extraño, puesto que Smenker, ya lo hemos visto, estaba considerado como la «esposa mística» de Akenatón. La actitud ritual de la momia resulta muy reveladora a este respecto, puesto que tiene el brazo izquierdo doblado sobre el pecho y el brazo derecho extendido a lo largo del cuerpo, la postura tradicional de las reinas de Egipto.

El descubrimiento de la momia de Smenker confirma la importancia que Akenatón concedía al simbolismo de la pareja real. Los amarnianos que enterraron al corregente no lo perdieron de vista y adoptaron una disposición ritual muy notable, que, a pesar de los siglos transcurridos, no deja subsistir ninguna duda.

El sarcófago se encuentra todavía expuesto en el Museo de El Cairo, donde lo he examinado recientemente. Construido en madera dorada, está adornada con incrustaciones de cornalina y de pasta de vidrio.

El flagellum sostenido por el rey está hecho de abalorios de vidrio azul y de madera dorada. Veamos la traducción del texto inscrito al pie:

Palabras dichas por... (el nombre que se encontraba en el interior del cartucho ha sido suprimido). Ojalá pueda respirar el dulce aliento que viene de tu boca, ojalá pueda ver tu belleza diariamente. Mi deseo es oír tu dulce voz, semejante a la brisa, y que mis miembros regenerados se mantengan en vida gracias a tu amor Ojalá puedas extender hacia mí tus brazos trayendo tu potencia espiritual, afín de que yo la reciba y viva de ella. Ojalá puedas llamarme por mi nombre para la eternidad, para siempre... Tú que eres... eternamente viviente, como el disco solar... El rey del Alto y del Bajo Egipto, que vive de la rectitud, el señor de las Dos Tierras... tú, el hijo perfecto de Atón, que vivirá eternamente...

Ni una sola vez se ha respetado el nombre del faraón que figuraba en la inscripción. En su lugar, no subsiste más que un vacío irritante. Como se observa, el texto se ocupa exclusivamente de eternidad, no de los detalles históricos.

Correctamente explorada, la tumba 55 pudo esclarecer los últimos tiempos de la aventura amarniana. No nos queda otro remedio que contentarnos con indicios dispersos. La única certeza, a mi modo de ver, es que la momia conservada pertenece efectivamente a Smenker, el hombre que se ocupó de preparar el retorno a Tebas de la corte real.

El inglés Sayce, hablando de las excavaciones de la tumba real de Al-Amarna, hace alusión al cadáver de un hombre que fue quemado después de su momificación. El informe oficial de los

trabajos no dice una palabra sobre el tema. Nada demuestra, claro está, que se trate de la momia de Akenatón. Si tal fuera el caso, la profanación sería la obra de los saqueadores, que, en el siglo XIX, acostumbraban a quemar las momias y a incendiar las tumbas, después de haberlas devastado.

La tumba 55 del Valle de los Reyes, destinada en principio a la reina Tiyi, correspondió después al rey Smenker, que descansaba muy cerca de su sucesor, Tutankamón.

29

DESAPARICIÓN DE UNA CAPITAL

En contra de lo que se ha escrito con frecuencia, la desaparición de Akenatón no fue seguida por un retorno a la ortodoxia. Y eso por una razón esencial, que es preciso dejar bien sentada: nunca existió una ortodoxia religiosa en el Egipto antiguo. Ninguna ciudad detenta un dogma absoluto. Ningún colegio de sacerdotes posee la verdad. La unicidad divina se formula por una multiplicidad de cultos y de templos que, todos juntos, reconstruyen la unidad.

Una vez que Akenatón y Nefertiti desaparecieron, la experiencia atoniana había finalizado. La nueva capital había cumplido ya su misión. La existencia en Tebas de un templo del corregente Smenker demuestra que el retorno de la corte real a la antigua capital estaba programado.

Hay artesanos trabajando en los templos atonianos de Karnak, donde se sigue adorando a Atón. Según Redford, todos los templos atonianos Permanecieron abiertos todavía durante tres años después de la muerte de Akenatón. Los colegios de sacerdotes continuaron sirviendo al dios solar. Durante diez años como mínimo, se celebró el culto de Atón en Tebas, en Menfis y en Heliópolis, las tres principales ciudades teológicas de Egipto.

Cierto que la situación religiosa había cambiado. Atón volvía a ser una divinidad como las demás. El dios del Imperio era de nuevo Amón. El nombre del faraón ya no estaba mágicamente protegido por Atón, sino por Amón: Tutankamón. También la gran esposa real

ha modificado su nombre, cambiando Ankhesenpa-Atón, «La que vive para
Atón», por Ankhesenpa-Amón, «La que vive para Amón».[35]

Por lo tanto, es completamente inexacto afirmar que se inició una oleada de persecuciones contra la memoria de la pareja solar y contra los adoradores de Atón inmediatamente después de la desaparición de Akenatón. No existía una secta atoniana situada al margen de la sociedad egipcia, ni una minoría militante en favor de esta divinidad. La religión egipcia no funcionaba en términos de creencias o de relaciones de fuerza entre dos convicciones. Atón había sido el genio de un reinado, no la expresión de una verdad revelada de una vez para siempre.

Si se cerraron los templos de Atón unos años después de la desaparición de la pareja real, se debió a que habían perdido su razón de ser. Atón, Akenatón y Nefertiti habían formado una tríada divina, reemplazando el Panteón tradicional de las antiguas divinidades. Desvanecida la tríada, el conjunto de los demás cultos recobró su plena actividad.

Se ha acusado con frecuencia a Horemheb de haber destruido Aketatón y de haber traicionado a su antiguo señor, haciendo pasar a Akenatón por un herético y un mal rey. La verdad difiere mucho de esta versión imaginaria de los acontecimientos.

Una vez que subió al trono, es decir, unos diez años después de la muerte de Akenatón, Horemheb, como todo faraón de la XVIII Dinastía al acceder al poder supremo, empezó por cumplir sus funciones de maestro de obras. Emprendió una serie de grandes trabajos en Karnak, en especial la construcción del noveno pilono. De acuerdo con la tradición, utilizó elementos arquitectónicos de los reinados anteriores para incluirlos en sus propios monumentos, elementos que, en su caso, le serán proporcionados por las piedras de los templos atonianos de Karnak.

Por lo tanto, los templos construidos en Tebas por Akenatón fueron desmontados y cortados en bloques, uno por uno, con gran

orden y método. No se trató de una destrucción incontrolada, perpetrada por fanáticos y excitados, sino de un desmantelamiento ritual, que se efectuó con todo cuidado. A continuación, los bloques -los talatates, a los que nos hemos referido con frecuencia- fueron introducidos en el interior del segundo y el noveno pilonos, en capas sucesivas, constituyendo así un relleno eficaz.

Desgraciadamente, los arqueólogos que descubrieron los bloques no comprendieron su significado. De lo contrario, se hubieran dado cuenta de que los antiguos egipcios los habían colocado en el orden inverso al que habían sido desmontados. Por lo tanto, no tomándolos al azar, sino ajustándose a la lógica del sistema, les hubiera sido fácil reconstruir las paredes que formaban anteriormente. Lo malo fue que algunos de ellos quedaron expuestos al aire libre, sufriendo después desplazamientos o siendo colocados al azar En resumen, los eruditos se ven obligados hoy a buscar las piezas de un gigantesco rompecabezas. Un grado mayor de atención e inteligencia hubieran permitido ahorrarse un trabajo de titanes, que está muy lejos de haberse terminado y que se complica todavía más por el hecho de que toda tentativa de reconstrucción se atrae inevitablemente las críticas.

En el nombre de Horemheb se incluye el de dios Horus, cuyo protegido era. Horemheb residió con tanta frecuencia en Menfis -donde se había excavado la primera tumba, la correspondiente a su rango de general- como en Tebas. No inició ninguna persecución ni contra Akenatón ni contra Atón, pero sí practicó una «política» arquitectónica conforme con la tradición faraónica.

¿Y qué fue de Aketatón, la capital creada por la pareja solar? Al comienzo del reinado de Tutankamón, la ciudad estaba todavía habitada, aunque su actividad había empezado ya a reducirse. El traslado de los ministerios y de las distintas administraciones exigió sin duda varios meses. Según Redford, se puede calcular

que la ciudad de Atón no fue abandonada definitivamente por lo menos hasta tres años después de la muerte de Akenatón.

Weigall, basándose en el descubrimiento de esqueletos de perro en la perrera real y de cadáveres de animales en las granjas, supuso que Akenatón había sido abandonada bruscamente. Además, la casi totalidad de las tumbas quedaron inacabadas. Pocas de ellas, si hubo alguna, llegó a albergar una momia.

No obstante, estas observaciones no prueban que se produjera un éxodo masivo y precipitado. Los notables y los altos funcionarios fueron los primeros en partir. Los artesanos y los obreros, los últimos. Durante el reinado de Tutankamón, continuaban trabajando en el lugar algunos fabricantes de loza. En cuanto a los nobles, habían tomado la precaución de tapiar los accesos a sus suntuosas propiedades.

Y luego, llegó el último día, el último amanecer en una capital moribunda, de la que salía el último convoy. Los viajeros subieron a bordo de los barcos, dirigiéndose unos hacia el norte, en dirección a Menfis, otros hacia el sur, en dirección a Tebas.

Se había dado definitivamente la vuelta a una página de la historia egipcia.

Miriam Lichtheim, especialista en la literatura egipcia, ha dado una explicación decisiva de la experiencia atoniana y del inevitable abandono de Aketatón, la ciudad del sol divino. Para sobrevivir -nos recuerda-, un egipcio ha de pasar por el conocimiento y la enseñanza de los dioses, especialmente de Osiris. Ahora bien, los dioses no estuvieron nunca presentes en Aketatón. ¿A quién pedir la inmortalidad? A la familia real. Ella sola podía ofrecer a sus súbditos la vida eterna. El *ka de* cada persona subsistía gracias a su comunión con la familia real, que adoraba a Atón.

Al morir Akenatón, su capital, Aketatón, muere con él. Estaba consustancialmente unida a él, era indisociable de su ser. Atón, la ciudad y el faraón no formaban más que uno.

Desaparecida la familia real, su expresión concreta, la ciudad santa de Atón, no podía ya existir. Se hacía obligatorio un retomo a las demás formas divinas y a las demás formas de existencia.

¿Akenatón el maldito?

Según algunos autores, unos cincuenta años después de la muerte del rey, surge una poderosa corriente contraria a Akenatón, que le convierte en un «perverso», un «criminal». Se suprime su nombre de los documentos oficiales, haciéndolo desaparecer también a martillazos de los monumentos en que estaba grabado. Al mismo tiempo, se arrasa por completo la ciudad del sol.

El examen atento de la documentación induce a matizar el análisis. Cierto que dos ilustres faraones de la XIX Dinastía, Seti I y Ramsés II tomaron la iniciativa de reducir a la nada la ex periencia atoniana. Pero se trata, subrayémoslo bien, de una toma de posición por parte del faraón, no de un levantamiento popular o de una manifestación masiva en contra de Atón.

Los términos perverso y criminal podrían inducirnos a error. Los documentos designan a Akenatón como «El caído *(kheru)* de Aketatón», es decir, el que ha dejado de existir. El término no implica ninguna idea de hostilidad, menos todavía de falta.

El asunto parece todavía más extraño si se piensa sobre todo que Ramsés II lleva en su nombre el de la divinidad solar por excelencia, Ra. Lo mismo que había hecho Horemheb, Ramsés II elimina a Akenatón, Tutankamón y Ay de los anales reales, como si Horemheb hubiera sucedido directamente a Amenofis III, pese a haber sido uno de los personajes más destacados de la experiencia amarniana.

¿Ocultar una forma del dios solar, Atón, para hacer destacar su manifestación más antigua, Ra? Probablemente, ésa fue la motivación principal de Ramsés II.

Hay que señalar también que el nombre de Akenatón no se borró en todas partes. Incluso se reutilizaron piedras de los templos de Al-Amarna, sacralizándolas por lo tanto, en el pilono del templo de Ramsés II en Heliópolis. Otros fragmentos arquitectónicos fueron igualmente preservados en el templo del mismo faraón en Antinoe, algunos de los cuales incluían representaciones del culto de Atón.

Ramsés se comporta como Horemheb. Desmantela monumentos atonianos sin destruirlos, a fin de aprovechar los bloques para rellenar sus propios monumentos. Pero esta vez equipos de artesanos desmontan los templos de Atón en el emplazamiento mismo de Al-Amarna, abandonado desde hace muchos años. Numerosos bloques son transportados a Hermópolis, al otro lado del Nilo. Algunos, sin embargo, se volverán a utilizar en distintos templos ramesidas, en Karnak e incluso en Abydos. En todo Egipto, todos los templos de Atón sufrirán la misma suerte. Sin embargo, no hay que hablar de destrucción, sino de un desmantelamiento ritual y sistemático, correspondiente, como ha señalado Redford, a un plan preciso.

Los edificios profanos de Aketatón fueron destruidos hasta los cimientos. Las ruinas que restaban se convirtieron en una cantera. Abandonada por los vivos, la ciudad ya no tenía ninguna razón de existir.

El nacimiento de la ciudad obedeció a motivaciones teológicas. Su desaparición también. No obstante, fue una desaparición al estilo egipcio, es decir, una transformación de los elementos antiguos, que serán integrados en una construcción nueva. Por consiguiente, la acción de los ramesidas no debe ser considerada como un movimiento de odio en contra de un Akenatón maldito, sino

como una disposición simbólica normal, inscrita en la norma faraónica.

Por lo demás, numerosas formulaciones atonianas se prolongaron en los textos ramesidas. Los liturgistas emplean sus imágenes y símbolos. Algunos de los himnos dirigidos a Thot, Osiris o Ptah están próximos a la formulación amarniana.

El Akenatón histórico y su capital material desaparecen, mientras que el mensaje del sol divino subsiste. A los ojos de Egipto, lo esencial había sido preservado.

30

¿UNA POSTERIDAD BIBLICA?

La experiencia espiritual de Akenatón y los textos de la época amarniana suscitaron más de una vez el asombro de los científicos cristianos que estudiaron el periodo, ¿Cabe pensar que, en cierto sentido, la fe de Akenatón fue una prefiguración del futuro cristianismo, una visión 1 tan profunda de la unicidad divina que se tradujo forzosamente en el monoteísmo?

Atón, en efecto, se presenta como una esencia puramente espiritual, que engendra la vida. Daniel-Rops, impresionado ante la amplitud de tal concepción, termina por formular esta pregunta: «¿Se trata de la divinidad tal como nosotros creemos conocerla? ¿Se trata de Dios?».

Si se considera que las religiones antiguas, y más particularmente las de Oriente Próximo, no hacían más que preparar inconscientemente la venida de Cristo, no puede negarse que el dios de Akenatón presenta extrañas semejanzas con el Dios de los primeros cristianos. Pero esta posición se basa únicamente en una creencia evolucionista, que yo no comparto.

Examinemos, pues, el caso desde otras perspectivas.

Tal vez la experiencia atoniana ejerció su influencia, a distancia, sobre el cristianismo naciente. En este caso, habría que suponer una transmisión de ideas y de símbolos, lo cual es perfectamente plausible.

Un papiro de Oxirrinco registra estas palabras de Cristo:

¿Preguntáis quiénes son los que nos conducen al Reino? ¿Preguntáis si el Reino está en los cielos? Las aves del aire, y todas las bestias que hay bajo tierra y sobre tierra, y los peces del mar, son ellos los que os conducen, y el Reino de los cielos está en vosotros.

Extraño eco de los textos amarnianos, a decir verdad.

En sus palabras, Cristo no cede a un naturalismo sentimental, sino que enseña a sus discípulos que los secretos de la divinidad están insertos en la naturaleza. Observándola, comulgando con ella, el hombre descubre que el secreto de la vida se halla oculto en su propio corazón. Toda la enseñanza de Akenatón converge hacia esa toma de conciencia.

Se podrían citar otros textos cristianos inspirados, más o menos directamente, por el pensamiento de Akenatón. Recordemos, por ejemplo, el más célebre de ellos, el salmo 104. Algunas de sus partes son incluso traducciones del gran himno de Atón. Al principio de su obra, el salmista pide a Yahvé que le bendiga «vestido de fasto y de esplendor, envuelto en luz como en un manto».[36] Ese Dios resplandeciente toma a los vientos como mensajeros, instala a la tierra sobre sus bases y la hace inquebrantable. Él establece la armonía en el universo, como un gran dios creador del Egipto antiguo. Yahvé, como Atón, impone límites precisos a su obra, a fin de que las fuerzas naturales sean las componentes de una obra maestra de belleza y rigor.

El salmista compone después estos versos, que no sorprenderán a los lectores que conocen ya el gran himno de Atón:

Haces brotar las fuentes en los barrancos.
Las aguas avanzan en medio de las montañas,
abrevan todas las bestias del campo,
los onagros calman en ella su sed,
el ave de los cielos se posa junto a ellas,

bajo el follaje, eleva su voz.

Desde tus altas cámaras, abrevas las montañas.
La tierra se sacia con el fruto de tus obras.
Tú haces crecer la hierba para el ganado,
y las plantas para el uso de los humanos. (…)
(…)

El [Yahvé] hizo la luna para marcar los tiempos,
el sol conoce su poniente.

Tú traes la tiniebla, y es la noche,
todos los animales de los bosques se agitan,
los cachorros del león rugen tras la presa
y reclaman a Dios su comida.
Cuando sale el sol, se retiran
y van a acostarse en sus guaridas;
el hombre sale para la labor,
a hacer su trabajo hasta el ocaso.
¡Cuán numerosas son tus obras, Yahvé!
Todas las hiciste con sabiduría,
la tierra está llena de tu riqueza...
(...)
Si ocultas tu rostro, se espantan,
si apartas tu aliento, expiran,
a su polvo retornan.
Si envías tu aliento, son creados,
tú renuevas la faz de la tierra.

El autor de este salmo conocía muy bien la espiritualidad amarniana y juzgó su ideal digno de ser registrado en un texto a la gloria de Yahvé. Así, a través de la Biblia, el pensamiento de Akenatón se convirtió en inmortal.

Se sabe con certeza que los escribas hebreos, tradujeron numerosos textos egipcios, especialmente las «sabidurías», conservando con frecuencia su fondo religioso.

¿Quién no conoce en sus grandes líneas la historia de Moisés, el prodigioso conductor de hombres que, a los ochenta años, osó enfrentarse a un faraón que reducía a la esclavitud a sus hermanos hebreos? El conflicto entre el líder de los hijos de Israel y el rey de Egipto, en el que intervinieron un gran número de actos de magia, terminó con el éxodo que permitió a los judíos salir de Egipto y partir en busca de la Tierra prometida. Moisés consiguió convencer a los hebreos, cuya condición social no era tan mala como afirma el polémico texto de la Biblia, para que se convirtiesen de nuevo en nómadas.

Moisés tuvo que emplear toda su autoridad para persuadir a sus hermanos de raza de que debían abandonar las «Dos Tierras» y lanzarse a la aventura. Por lo demás, sufrió muchas decepciones, agravadas por el hecho de que algunos proscritos y personajes dudosos vinieron a mezclarse con el clan hebreo.

¿Cuándo se produjeron estos acontecimientos? Después de haber vacilado durante mucho tiempo, se admite generalmente hoy en día que el éxodo tuvo lugar hacia el año 1220 a. de C., es decir, durante el reinado de Merneptah, hijo y sucesor de Ramsés II. La única posibilidad que resta sería situar el éxodo en 1290 a. de C. Cualquiera que sea la solución, está claro que Moisés llevó a cabo sus hazañas en el Egipto de los ramesidas, los «liquidadores» de la experiencia atoniana.

Ahora bien, toda una tradición compara a Moisés con Akenatón, como si el primero hubiese recogido elementos de la herencia espiritual del segundo.

Moisés, dice la Biblia, poseía toda la sabiduría de los egipcios, una sabiduría nada de despreciar, puesto que concernía a los misterios del cielo y de la tierra, las leyes de la creación, las ciencias sagradas enseñadas en el secreto de los templos. Moisés,

cuyo nombre es egipcio, fue probablemente educado en la corte de Egipto. Según la leyenda, una princesa le salvó de las aguas y le adoptó legalmente. Hay que señalar, además, que, en el simbolismo egipcio, el «salvado de las aguas» es aquel que alcanza la inmortalidad.

Reivindicado por la tradición judía como el profeta que despertó la conciencia de los hebreos. Moisés es también, de acuerdo con la tradición faraónica, un sabio tributario de la ciencia egipcia. Dos papiros ramesidas hacen alusión a un extraño personaje, llamado Mosé. Muy influyente, tenía derecho a castigar a los funcionarios que cometían faltas y, detalle increíble, podía incluso destituir a un visir. Si Moisés y Mosé fueron el mismo hombre, podríamos preguntarnos si no hubo un faraón que tuvo como brazo derecho al futuro héroe del Éxodo.

Otro relato, en el que es difícil separar el folklore de la historia, revela que Moisés participó en una expedición victoriosa contra los etíopes. Fue él quien dominó la rebelión, y los informes elogiosos sobre él le valieron grandes honores. Este éxito se transformó en triunfo cuando el faraón decidió asociarse al poder, nombrándole corregente.

La tradición esotérica judía parece confirmar estos datos, por lo menos dentro del mundo simbólico. En efecto, según ella, Moisés fue a veces considerado al mismo tiempo como un dios y como un rey, en otras palabras, como un auténtico faraón. «Cuando Dios le hizo rey, Moisés recibió un nombre sagrado. Fue coronado de luz y se revistió con una túnica de claridad. Instalado en un trono celeste, se convirtió en depositario de un cetro de fuego divino.» Convengamos en que no se puede evocar mejor el coronamiento simbólico de un faraón.

De todo esto hay que retener que Moisés, jefe guerrero y conductor de pueblos, debe mucho a la civilización y al pensamiento del Egipto antiguo. Íntimo de los grandes del reino, conocía desde

el interior el gobierno de Egipto y supo servirse de sus competencias y de su influencia para sacar a los hebreos de Egipto.

¿Qué puntos comunes se han observado entre Akenatón y Moisés?

En primer lugar, ser el instigador de una revolución social. Ahora bien, como hemos visto, la calificación es inexacta en el caso de Akenatón.

En segundo lugar, tener un contacto directo con Dios. Dios habló directamente a Moisés, con toda claridad. Como señala el Deuteronomio: «No se ha alzado en Israel otro profeta como Moisés, que Dios había elegido con amor, cara a cara». El dios Atón había concedido los mismos privilegios a Akenatón. El faraón recibió una revelación directa, a partir de la cual edificó su religión.

Moisés, príncipe de los profetas, enseña personalmente la palabra que ha recibido de Dios. Verdadero maestro espiritual, comparte primero la revelación con el gran sacerdote, luego con sus dos hijos y, por fin, con los ancianos. Tras lo cual, se dirige al pueblo para comunicarle la sabiduría. Ahora bien, hemos visto la gran importancia que Akenatón concede a su papel de maestro espiritual, dedicando una gran parte de su tiempo a educar personalmente a su entorno.

Las relaciones con la divinidad son las mismas para Akenatón y Moisés, y ambos tienen la misma manera de ofrecer a los demás la revelación que se les ha comunicado.

Sin embargo, la comparación es artificial, ya que todo faraón, al estar en contacto directo con la potencia divina a la que representa en la tierra, es también un maestro espiritual para todo Egipto.

Se ha querido asimismo encontrar analogías entre Moisés y Akenatón en cuanto al fondo de su doctrina. Dios habló a Moisés para que propagase por el mundo una verdad precisa: «Yo soy el Dios único, me muestro a ti en mi esplendor único».

Para André Neher, la aventura de Moisés consiste en el «conocimiento de un Dios distinto a todos los demás, de un Dios único, Creador y Posesor de la tierra y del cielo, cuya voluntad manifiesta se confunde con un ideal de justicia y rectitud». Neher, que detesta la civilización egipcia, se ve, no obstante, obligado a admitir que la vida de Akenatón es una «búsqueda apasionada de unidad, unidad del bien y de lo verdadero, unidad de las fuerzas contrariantes de la naturaleza en el solo disco solar, unidad de la vida y de la muerte en el poder creador de ese disco». Pero toda esta teoría se basa en el supuesto de una creación del monoteísmo por Akenatón. Y como hemos visto, eso es un error. El concepto de un Dios único radicalizado por los hebreos, existía ya en el pensamiento egipcio desde sus orígenes.

Dios dijo a Moisés: «Yo soy el Dios de todos los pueblos, pero sólo me alío con Israel, para que Israel me alíe con todos los pueblos». Se ha querido ver en ello una prolongación del gran proyecto universalista de Akenatón. ¿Acaso Atón no debía «aliarse» también con todos los Pueblos? ¿No resucitó Moisés, heraldo del Dios hebreo, el mismo ideal sobre otras bases religiosas? Hay que responder negativamente. Como hemos visto, Akenatón no desarrolló ningún proyecto de tipo universalista, puesto que no había ninguna nación a la que convertir.

¿Se inspiró Moisés en el personaje de Akenatón y en sus enseñanzas? Nada lo demuestra, aunque está claro hoy en día que los orígenes del cristianismo resultan incomprensibles sin hacer referencia a la espiritualidad egipcia.[37]

CONCLUSIÓN

UN SOL PARA LA ETERNIDAD

Akenatón no fue ni un humanista, ni una figura crística, ni un romántico humanitario, ni un místico desencarnado. No tuvo que luchar contra su pueblo, que no se rebeló contra él. Ni Akenatón ni Nefertiti fueron los apóstoles fanatizados de una religión sectaria. No emprendieron ninguna «guerra santa» contra el clero de Amón. La pareja solar tuvo un reinado apacible, durante el cual gozó de la fidelidad habitual de los cleros, el ejército, la policía y las diversas administraciones.

Formado por maestros venerados, educados en el conocimiento de los símbolos antiguos, Akenatón es ante todo un faraón, heredero de la sabiduría egipcia. No cambió nada ni en el funcionamiento o el estatuto de la monarquía faraónica, expresión terrestre de la regla divina, ni en la naturaleza de un Estado sacralizado, ni en la sociedad egipcia, ni en el papel decisivo del templo y de la Casa de la Vida, centros de conocimiento. Como los demás monarcas, Akenatón se preocupó exclusivamente de una cuestión: la fuente de vida. El arte amarniano es una descripción de la realeza como una fuerza sobrenatural, fuera de las normas humanas y encarnada en formas misteriosas, que escapan a la lógica y a lo razonable.

«La imagen que se destaca poco a poco de la investigación actual -escribe Claude Traunecker- es la de un soberano responsable y enérgico, un rey valiente y lógico que -y quizá ahí estuvo su error- llevó su pensamiento hasta el final; un rey que

quiso restablecer un poder divino próximo a lo que era al comienzo de la historia de Egipto.»

Se puede admitir, siguiendo a B.G. Trigger, que Akenatón no pensó jamás en imponer una doctrina monoteísta, que no se proponía el menor objetivo político cuando puso en primer plano el culto de Atón, que no padecía ninguna tara psicopatológica y que era completamente apto para cumplir su misión.

Akenatón fue un soberano fuerte desde el punto de vista político. Cierto que llevó a cabo una especie de innovación al nombrar a nuevos altos funcionarios, pero la cosa no tiene nada de extraordinario. Mantuvo el poder en su absoluta realidad y fue un jefe del ejército lo mismo que sus predecesores.

Más aún, Akenatón actuó efectivamente como un rey-dios, recobrando las prerrogativas simbólicas del Antiguo Imperio. Magnificó el poder faraónico en tanto que formulación terrestre de lo divino. El disco solar era el símbolo de la creación espiritual, pero también el garantizador del poder sacralizador del rey.

Como prueba citaremos esta magnífica oración por Akenatón, grabada en una tumba de Al-Amarna:

Tú, el sol divino, haz que viva eternamente contigo Akenatón, según el deseo de tu corazón, y permítele contemplar tu perfección. Dale la vida, la alegría, la plenitud. Que todo cuanto abarcas esté bajo sus pies cuando él presenta la ofrenda a tu ka, él, tu hijo al que has engendrado. Sur y norte, este y oeste, las islas del centro del mar gritan de alegría por tu ka. La frontera del sur va tan lejos como sopla el viento, la del norte va tan lejos como brilla el sol Todos sus príncipes son abatidos e impotentes a causa de tu poder, la potencia vital perfecta que suscita la fiesta en las Dos Tierras y crea aquello que la tierra entera necesita. Que el rey permanezca para siempre contigo, ya que gusta de contemplarte. Concédele numerosas fiestas de regeneración, con años de paz. Permítele cumplir lo que su corazón desea mientras

haya arena en la orilla, mientras que los peces del río tengan escamas y mientras el ganado tenga pelo. Permítele permanecer aquí hasta que el cisne se vuelva negro y el cuervo blanco, hasta que las montañas se muevan, hasta que el agua remonte hacia su fuente, mientras que yo continúo sirviendo al dios perfecto [el rey], hasta que él me designe la tumba que me atribuye.

Nefertiti y Akenatón, pareja solar, símbolo de la divinidad, fueron los intermediarios entre la luz del origen y el pueblo egipcio. El rey y la reina celebran a diario en el templo el culto de Atón, y Egipto entero comulga con ellos. Invitan a todos los seres a comulgar con todo lo que vive, a incorporarse a la eclosión de la flor, el movimiento rítmico del agua, la alegría instintiva del animal, a reconocer en todas partes la obra divina.

Nacida del sol divino y regenerada cotidianamente por él, la pareja real celebra su amor. Al manifestar el amor que une el rey a la reina en su aspecto espiritual, la pareja humana prolonga la creación luminosa de la primera mañana.

La experiencia atoniana corresponde fundamentalmente a una pareja. La gran esposa real, Nefertiti, no fue una compañera pasiva, sino, muy al contrario, una animadora permanente del reinado. Cuando su voz se dejaba oír, los hombres lanzaban gritos de alegría. Las palabras pronunciadas regocijaban el corazón de los vivientes. Sus bellas manos trazaban en el espacio los gestos rituales que complacen a Dios. Se la comparaba con una estrella brillante. La imagen más vívida de Nefertiti nos viene dada por un texto de las estelas fronterizas.

Clara de rostro,
felizmente ataviada con la doble pluma.
Soberana de felicidad
dotada de todas las virtudes,
con cuya voz todos se regocijan.

Señora de gracia, grande de amor,
sus sentimientos regocijan
al Señor de los Dos Países...
La princesa hereditaria,
grande de favor,
dueña de la felicidad,
resplandeciendo con sus dos plumas,
regocijando con su voz a quienes la oyen,
hechizando el corazón del rey en su casa,
satisfecha de todo cuanto se dice.
La gran y muy amada esposa del rey,
señora de los Dos Países,
«bellas son las bellezas de Atón».
«La bella ha venido».
Viva por siempre.

Una luz para la eternidad. Es lo que resalta en la experiencia atoniana, que, en mi opinión, encaja perfectamente en el marco de la espiritualidad egipcia.

«Concédeme -pide Ay al rey-, oh, construcción de Atón, el sentirme siempre colmado con tu vista.» Esta dimensión de la meditación está presente en el culto de Atón. Contemplar el sol, tomando conciencia de que transmite lo divino, es un acto sagrado. Intentar comprender la aventura amarniana exige, en cierto modo, la meditación sobre una luz que, más allá de la historia, es de orden eterno.

BIBLIOGRAFÍA

Dada la abundancia de las investigaciones de detalle, los estudios amarnianos se han convertido en una verdadera rama de la egiptología, como demuestra la publicación por el Centro Nacional francés de Investigaciones Científicas de las comunicaciones presentadas en 1973, durante el Congreso de Egiptología de Grenoble. H.A. Schlögl ha publicado, con el título *Echnaton-Tutanchamun,* una bibliografía considerable sobre el periodo, completada después por E.K.Werner *-The Amarna Period o Eighteenth Dynasty-* en varios números (95,97/98, 101/102, 110, 114, 120, 126) de *Newsletter of the American Research center in Egypt.*

He citado además algunos otros estudios en las notas del presente libro.

Así pues, me contentaré con indicar aquí algunas obras de síntesis y ciertos artículos que ejercieron una influencia señalada en la historia de la investigación sobre la experiencia amarniana.

ALFRED, *C*., *Akhénaton, le pharaon mystique,* París, 1973.
ASSMANN, J., «Die "Háresie" des Echnaton. Aspekte der Amarna Religion», in *Saeculum* 23, 1972, pp. 109-126.
ASSMANN, J., «Die "Loyalistiche Lehre" Echnatons», SAK 8, 1980, pp. 1-32.
BADAWY, A., «Le symbolisme de l'architecture á Amarna», en*1'Égyptologie* (coloquios del C.N.R.S., 1979), 2, pp. 187-194.
BEHRENS, P., *Nofretete,* Lexikon der Agyptologie IV, 519-524.

BOURIANT, U., LEGRAIN, G., Y JEQUIER, G., *Monuments pour servir á l'étude du culte d'Atonou, I,* Institut français d'archéologie orientase, El Cairo, 1903.

COONEY, J.D., *Amarna Reliefs from Hermopolis,* Brooklyn Museum, 1965.

DAVIS, N., DE GARIS, *The Rock Tombs of El-Amarna,* 6 volúmenes (1903-1908), The Egypt Exploration Fund, Londres.

DORESSE M. y J., «Le culte d'Aton sous la XVIII'dynastie avant le schisme amamien», *Journal asiatique, 1945.*

ENGELBACH, R.E., *Material for a Revision of the History of the Heresy Period of the XVIIIth Dynasty,* Annales du service des Antiquités égyptiennes, tomo XL, El Cairo, pp. 133.

GILES, F.J., *Iknaton, Legend and History,* Londres, 1970.

GUNN, B., «Notes on the Aten and his Names», *Journal of egyptian Archaeology IX,* pp. 168-176.

HANKE, R., *Amarna-Reliefs aus Hermopolis,* Hildesheim, 1978.

KEMP, B.J. y cols. *Amarna Reports I,* Londres, 1984.

KEMP, B.J., *Ancient Egypt, Anatomy of a Civilization,* Londres y Nueva York, 1989, p.261 («Egypt in microcosmo the city of El-Amarna»).

KEMP, B.J., *Tell El-Amarna,* Lexikon der Ágytologie VI, pp. 309-3 10.

KRAUSS, R., *Das Ende der Amarnazeit,* Hildesheim, 1978.

Lettres d'El Amarna (les). Correspondance diplomatique du pharaon (traducción de L. Moran, con la colaboración de V. Haas y G. Wilheim), París, 1987.

MANNICHE, L., «A la cour d'Akhénaton et de Néfertiti», *Dossiers de l'archéologie 142,* 1989, pp.24-3 1.

MARTIN, G.T., *the Royal Tomb of El-Amarna,* Egypt Exploration Society, Londres.

PEET, T.E., WOOLEY, C.L., FRANKFORT, H., PENDLEBURY y cols. *The City of Akhenaton,* parte 1 a 111 (1 923-195 l), Egypt Exploration Society.

PENDLEBURY, J.D.S., *Les Fouilles de Tell el-Amarna et l'époque amarnienne,* París, 1936

PETRIE, W.M.E, *Tell el-Amarna,* 1894, reimpreso en 1974, Warminster.

REDFORD, D.B., *Akhenaton, The Heretic King,* Princeton University Press, Nueva Jersey, 1984.

Régne (le) du soleil, Akhénaton et Nefertiti, exposición realizada en Bruselas, 1975.

REEVES, C.N., «A Reappraisal of Tomb 55 in the Valley of the Kings», *Journal of egyptian Archaeology* 67, 198 1, pp. 48-55.

ROEDER, G., *Amarna-Reliefs aus Hermopolis,* Hildesheim, 1969.

SAMSON, J., *Amarna, City of Akhenaten and Nefertiti: Nefertiti as Pharaoh;* Warminster, 1978. *Nefertiti and Cleopatra,* Londres, 1985.

SANDMAN, M., *Texts from the Time of akhenaten,* Bruselas, 1938.

SCHAFER, H., *Amarna in Religion und kunst,* Leipzig, 193 1.

TRAUNECKER, *C.*, *«Akhénaton et sa légende», in Égypte* (París, Bordas) 1984, pp. 159-187.

TRAUNECKER, C., «Aménophis IV et Néfertiti: le couple royal d'aprés les talatates du IX' pylone de Karnak», *Bulletin de la société française d'egyptologie 107,* 1986, pp. 17-44.

TRIGGER, B.G., «Akhenaton and Durkheim», *Bulletin du centenaire de l'I.F.A.O., pp.*165-184.

TRIGGER, B.G., KEMP, B.J., O'CONNOR, D., LLOYD, A.B., *Ancient Egypt. A Social History,* Cambridge University Press, 1983.

WENIG, S., *Amenophis* IV Lexikon der Agyptologie 1, 210-219.

LISTA ALFABÉTICA DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES CITADOS

AKENATÓN, «El espíritu eficaz de Atón», nombre adoptado por el faraón Amenofis IV el sexto año de su reinado.
AMENOFIS III, faraón, padre de Akenatón y esposo de Tiyi.
AMENOFIS IV, faraón, hijo de Amenofis III y de Tiyi, esposo de Nefertiti. Cambió de nombre para convertirse en Akenatón.
ANKHESENPA-ATÓN, tercera hija de Akenatón y Nefertiti. Se casó con Tutankamón.
AY, alto dignatario de la corte de Akenatón. Fue nombrado faraón a la muerte de Tutankamón.
BEK, maestro escultor de Akenatón.
HOREMHEB, general, alto dignatario de la corte de Akenatón. Fue nombrado faraón a la muerte de Ay.
KIA, esposa secundaria de Akenatón.
MEKET-ATÓN, segunda hija de Akenatón y Nefertiti. Murió en el año 14 del reinado.
MERY-ATÓN, primogénita de Akenatón y Nefertiti.
SMENKER, corregente de Akenatón. Reinó a su lado durante alrededor de tres años.
TIYI, gran esposa real de Amenofis III, madre de Akenatón.
TUTANKAMÓN, llamado Tutankatón en Al-Amarna. Sucedió a Akenatón y a su corregente Smenker con el nombre de Tutankamón y devolvió la capitalidad a Tebas.

LISTA ALFABÉTICA DE LOS PRINCIPALES LUGARES CITADOS

AKENATÓN, «La región de luz de Atón», nombre egipcio de la capital creada en el Medio Egipto por Akenatón. Su nombre árabe es Al-Amarna.

AL-AMARNA, nombre árabe de Aketatón.

HATTI, nombre del reino de los hititas.

HELIÓPOLIS, la más antigua ciudad sagrada de Egipto, consagrada al sol divino. Casi destruida por completo, se alzaba a la altura de El Cairo actual.

HERMÓPOLIS, ciudad santa del dios Thot, situada en la orilla este, casi enfrente de Aketatón.

KARNAK, nombre moderno del lugar en que se alzaba el gran templo de Amón-Ra.

MALGATTA, palacio de Amenofis III en la orilla oeste de Tebas, donde nació Akenatón.

MENFIS, la «Balanza de las Dos Tierras», ciudad sagrada del dios Ptah. Se encontraba al sur de El Cairo actual.

MITANNI, país de Asia oriental.

TEBAS, gran ciudad del Alto Egipto. Karnak y Luxor fueron edificados en la orilla este de Tebas. La orilla oeste está poblada de templos y tumbas.

CRONOLOGÍA

Las fechas que se dan son aproximadas.

IMPERIO NUEVO: 1552-1070

XVIII DINASTÍA: 1552-1306

Ahmosis: 1552-1527
Amenofis I: 1527-1506
Tutmés I: 1506-1494
Tutmés II: 1493-1490
Hatshepsut: 1490-1468
Tutmés III: 1490-1436
Amenofis II: 1438-1412
Tutmés IV: 1412-1402
Amenofis III: 1402-1364
Amenofis IV/ Akenatón: 1364-1347
Smenker: 1350-1347
Tutankamón: 1347-1338
Ay: 1337-1333
Horemheb: 1333-1306

XIX DINASTÍA: 1306-1186

Ramsés I: 1306-1304
Seti I: 1304-1290
Ramsés II: 1290-1224

NOTAS

1. Aketatón es el nombre egipcio de la ciudad; Al-Amama, su nombre árabe, citado con frecuencia erróneamente como Tell al-Amarna, o abreviado en Amarna, de ahí las denominaciones de «período amarniano», «arte amarniano», «religión amarniana».

2. La transcripción correcta es Amenhotep, pero, por razones técnicas, he adoptado a lo largo de esta obra la transcripción antigua.

3. A despecho de lo mal que soporta nuestro científico los rayos del sol divino, recordemos la existencia en el Egipto antiguo de parasoles y doseles, como se ven representados en las escenas de las tumbas de Al-Amama.

4. Véase el capítulo 9, p. 59.

5. El nombre se escribe de varias maneras: Tii, Teye, etc.

6. Se escribe también Tuya, Tuyu, etc.

7. Hay que señalar también que en Nubia, lejos de los grandes centros de Egipto, el dios halcón Horajty se situaba en una relación de igualdad con el dios Amón. Ahora bien, el futuro Akenatón pondrá precisamente en el pináculo a Horajty en los primeros tiempos de su reinado, a fin de preparar la venida de Atón.

8. De acuerdo con otra hipótesis, esas estatuas «andróginas» son simplemente obras inacabadas, a las que el escultor no había añadido todavía el taparrabos y el faldellín. Pero esto no explica la representación voluntaria de un cuerpo femenino. La acentuación de las caderas y la forma de la pelvis no dejan ninguna duda al respecto.

9. En cuanto a la atribución del busto al escultor Tutmosis, véase la discusión en R. Krauss, *Jahrbuch Preussischer Kulturbesitz,* Berlín 20, 1983, pp. 119-132. 10. En lo que se refiere a tal tocado, véase E. K. Werner, *Acta Orientalia 48,* pp. 324-331.

11. En Acta Orientalia 38, 1977, pp. 5-10.

12. Recordemos que esta transcripción, «Amenofis», constituye un error. Amenhotep es la única lectura correcta. Sería conveniente adoptarla desde ahora de manera definitiva.

13. Las dos diosas correspondientes al Alto y el Bajo Egipto.

14. La expresión puede traducirse también así: «Perfectas son las transformaciones de Ra».

15. Aleación de oro y plata.

16. Véase W. J. Murnane, *Newsletter* ARCE 128, 1984, pp. 40-52.

17. A. Kadry, *Officers and Officials in the New Kingdom,* Budapest, 1982.

18. O bien: «Tu movimiento [celeste] permanece ignorado». Akenatón quiere decir que la esencia de Dios sigue siendo

desconocida para los hombres, aunque se manifieste por el símbolo más deslumbrante, la luz del sol.

19. La «muerte» provocada por la ausencia del sol no es un aniquilamiento, sino una especie de privación de la energía. Durante este período, se prepara el renacimiento, siempre precario.

20. Para Akenatón, hay dos Nilos. Uno se encuentra en el cielo y da vida a los países extranjeros. El otro surge del «mundo inferior» y da vida a los egipcios. La palabra «inferior» puede dar lugar a problemas, ya que tal vez induzca a creer en una noción de jerarquía. En realidad, ese «mundo inferior» corresponde a las energías creadoras y potenciales.

21. Se puede comprender también así: «Todo ojo te contempla encima de él, ya que tú eres Atón del día sobre la tierra...". El pasaje resulta muy oscuro, y las traducciones no son más que hipotéticas.

22. O bien: «Como tú has creado a los hombres».

23. Davis, *The Rock Tombs of El-Amarna,* IV, XXXI.

24. Además de los lugares citados, se han encontrado huellas de construcciones emprendidas por Akenatón en Athribis Illahun, Asiut, Tod, Medamud, Armant, Amada, Sesebi, Sedeinga.

25. Véase Davis, *op. cit.,* V, 2 y VI, 25.

26. Véase W Helck, Kijé, MDAIK 40,1984, pp. 159-167.

27. H. W. Muller ha puesto de relieve el carácter sagrado del «paseo» que se ve representado en los relieves del Antiguo Imperio. El «paseante» recorre en realidad una naturaleza divinizada, a fin de regocijar su corazón y alcanzar el «lugar de eternidad». El mismo simbolismo es aplicable, en otras circunstancias, al paseo amarniano.

28. Se han encontrado tales «sombras del sol divino» en los templos funerarios tebanos. Se trata de plataformas destinadas a sostener altares.

29. Véase C. Traunecker, *JSSEA* 14, 1984, pp. 60-69.

30. Véase W. Helck, *Ein «Feldzug» unter Amenophis IV gegen Nubien,* SAK 8, 1980, pp. 117-126, y A. R. Schulman, en *Egyptologie in 1979* (CNRS), 1982, 2, pp. 229-316.

31. 0 «Aquel al que el *ka* de Ra ha hecho firme».

32. Sobre todos estos puntos, véase R. Krauss, *Das Ende der Amarnazeit,* Hildesheim, 1978.

33. Davis, *op. cit.,* 2, pls. 3 ss. Sin embargo, Julia Samson opina que no existe ninguna prueba del papel real de Mery-Atón, ni de su matrimonio con un joven llamado Smenker.

34. Véase A.R. Schulman, *JARCE* 15, pp. 43-48, y A.J. Spalinger, *Egyptian-Hittite Relations at the Close of the Amarna Period and Some Notes on Hittete Military Strategy in North Syria,* BES 1, pp. 55-89.

35. Véase R. Hari, *La «Damnation memoriae» amarnienne,* Mélanges Gutbub, 1984, pp. 95-102.

36. Utilizo la traducción de la *Biblia de Jerusalén,* edición de 1974.

37. Sobre Moisés y sus lazos con Egipto y Akenatón, véase J. Lehman, *Moses - Der Mann aus Agypten,* Religionstifter, Gesetzgeber, Staatsgründer, Hamburgo, 1983.